

The image is a book cover for Harlequin Bianca. It features a romantic scene of a man and a woman in a rustic setting. The man, with dark hair, is wearing a blue and white plaid shirt and is looking down at the woman. The woman, with curly red hair, is wearing an orange sleeveless top and blue jeans, looking up at the man. They are standing in front of a wooden structure, possibly a barn or a fence, with a rope hanging in the background. The bottom of the cover has a magenta curved banner with the author's name and title in white text.

HARLEQUIN

Bianca™

Janelle Denison
UNA CEREMONIA
PRECIPITADA

Andrew Fielding quería una nueva madre y una esposa para su padre, y encontró a la persona idónea: Megan Sanders. A ella le encantaron los Fielding. El más joven, era un niño encantador. El padre, era el hombre más sexy del planeta. Ambos formaban la familia que Megan siempre había querido tener.

Sin embargo, Kane Fieding estaba dispuesto a defender su independencia a toda costa, y a guardar el secreto que solamente desveló a su fallecida esposa. Desgraciadamente, sus suegros siempre lo habían culpado de la muerte accidental de su hija. Estaban dispuestos a todo con tal de separar a Andrew de su padre, del mismo modo que Kane haría cualquier cosa por conservar la custodia de su hijo. Incluso algo que siempre había descartado, como volver a casarse...

Prólogo

SU PADRE necesitaba una mujer y él una mamá. Andrew Fielding, de siete años, tenía la solución para los dos.

Sentado en la mesa de roble que le había hecho su padre con sus propias manos, Andy estaba escribiendo a Megan Sanders para invitarla a visitar su clase de segundo curso. Quería que acudiera para celebrar su octavo cumpleaños, que tendría lugar el mes siguiente.

Se habían estado escribiendo desde hacía un año y medio. Todo había comenzado cuando Andy le había contado por carta lo mucho que la admiraba por los libros que había escrito, de la serie *Las aventuras de Andy*.

Eran unas aventuras tan divertidas como las suyas. Y el niño de los dibujos se parecía mucho a él: rubio con ojos castaños. A Andy le encantaba imaginarse que él era el propio protagonista de los libros de la escritora, siempre luchando contra los piratas o escondiéndose de los indios.

Ella estaba soltera y no tenía hijos. Una vez incluso le había dicho, por correspondencia, que le encantaría tener un chico tan maravilloso como él.

Andy quería que ella fuese su madre, para cuidarlos a él y a su padre y hacerles galletas de chocolate los días de lluvia.

Su padre necesitaba una esposa, para hacerle reír más a menudo, alguien que lo convenciese para hacer las paces con sus suegros, el abuelo y la abuela Linden.

Megan podía cumplir ese papel con mucha soltura y el niño sabía que su padre acabaría queriéndola tanto como él.

Se trataba de un plan perfecto.

Ya todo lo que tenía que hacer era conseguir que su padre se enamorase de Megan.

Capítulo 1

VA A venir, papá! ¡Va a venir! —exclamó Andy, saliendo disparado por la escalera. Llevaba una hoja de papel en la mano, con una expresión de felicidad en el rostro.

—Viene el mes que viene, por mi cumpleaños —siguió diciendo el chico.

Kane Fielding miró a su hijo con curiosidad, mientras intentaba subir las escaleras de la puerta trasera de la casa.

—¿Quién viene por tu cumpleaños? —repuso él.

Andy se puso junto a su padre y le contestó.

—Megan.

Sorprendido, Kane enarcó las cejas.

—¿Megan Sanders, la escritora de los libros que tú lees?

—Sí.

El padre sabía perfectamente quién era esa escritora: la responsable de que su hijo se pasara horas hablando de ella y sus narraciones. A veces, se había arrepentido de ir a una gran librería de la ciudad y pedir un buen libro para su hijo, que acababa de empezar a leer. El dependiente le había dicho que *Las Aventuras de Andy* era el libro de aventuras con mayor éxito del mercado. De ese modo, el niño se aficionó a la serie y se dirigió a la autora para contarle lo mucho que le gustaban sus historias. Y así empezó su amistad.

—Te importa decirme cómo se te ha ocurrido esa idea —repuso Kane, con cierta sospecha de que no le iba a gustar nada.

—Le escribí una carta invitándola a venir a vernos por mi cumpleaños —dijo Andy, orgulloso de sí mismo—. Le dije que podía quedarse con nosotros y que no te iba a importar nada.

El padre abrió la puerta de la cocina, dejando pasar antes al niño. Una cosa era mantener una relación por carta y, otra muy distinta, invitar a esa persona a Linden y tener que conocerla personalmente.

—Pero, Andrew, si ni siquiera la conoces.

—Claro que la conozco, y tú también —exclamó el chico frunciendo el ceño—. Llama por teléfono muy a menudo, y tú has hablado con ella muchas veces.

Kane se quedó callado, incapaz de negar la evidencia. Solía intercambiar unas palabras con ella antes de pasarle el aparato a su hijo, cuando ella telefoneaba. Y siempre se quedaba impactado por su voz, pensando cómo sería al natural. Nunca le había importado que aquella mujer llamase a casa, por lo contento que se ponía su hijo.

—Pero Andy, hablar por teléfono y escribir cartas a una persona, no es lo mismo que conocerla personalmente —intentó hacer comprender el padre al niño.

La alegría desapareció como por encanto de los ojos del chico.

—Entonces, ¿no quieres que venga?

Kane se frotó la barbilla molesto por la decepción de Andy.

—No es eso, es que...

—Al menos podrías leer su carta —sugirió el niño, con un hilo de esperanza en la voz.

—¿Por qué no me la lees, mientras friego los cacharros?

Kane oyó a su hijo leer el comunicado de su visita inminente. Por fortuna, la escritora dejaba la última palabra de la invitación al padre de Andrew.

Una vez terminada la carta, el chico se quedó expectante, mirando a su padre.

—Entonces, papá, ¿puede venir, o no?

Secándose las manos con un paño, Kane repuso:

—No creo que sea una gran idea.

—¿Por qué no?

—Porque no es algo muy apropiado.

Kane se quedó pensando en los años que hacía desde que no salía con una mujer. Desde que murió Cathy, su esposa. Los chismosos del pueblo se iban a quedar atónitos de pensar que una mujer iba a dormir en su casa... ¡Por muy etérea que fuese la relación con ella!

Lágrimas de tristeza resbalaron por las mejillas de Andy, mientras que se le hacía un nudo en la garganta.

—Es el único regalo que quiero por mi cumpleaños. Pensaba llevarla al colegio y presentársela a mis amigos. Ahora pensarán que se trataba de una mentira.

El padre vaciló. El niño no solía pedir cosas de modo caprichoso y le dolía negarle algo que le hacía tanta ilusión.

Al fin y al cabo, no era la primera vez que lo criticaban en Linden.

—Por favor, papá —insistió el crío, susurrando.

Cómo iba a decirle que no. Hacer feliz a su hijo era su objetivo principal. Estaba decidido a aceptar con tal de que la invitada no esperase mucha dedicación por su parte.

—De acuerdo. Se puede quedar en casa —repuso finalmente, Kane, dando un gran suspiro.

—¡Yupiii! —exclamó Andrew, con los ojos llenos de alegría y bailando alrededor de su padre—. Llamémosla ahora mismo.

Ambos se encaminaron al cuarto de estar, pero el adulto lo hizo de una manera mucho menos festiva.

Megan Sanders se quedó de piedra cuando vio a Kane por primera vez. Era todo un pedazo de hombre, que estaba trabajando en el cobertizo, de espaldas a ella. Llevaba unos vaqueros desgastados que dejaban adivinar las largas y musculosas piernas y una vieja camiseta azul que marcaba su tórax. Su pelo, largo y rizado por la nuca, era negro y estaba lleno de virutas de madera.

En seguida, pensó que se trataba de Kane Fielding. Notó cierto malestar en el estómago, como había ido padeciendo durante el viaje de dos días. Eran nervios...

Ocupado como estaba en la carpintería, no había oído llegar el coche de Megan ni sus pasos. En aquel lugar olía a hombre, a serrín y a aceite de linaza. Kane estaba lijando una superficie lisa de madera, y cuando terminó la acarició con sus largos dedos. Se volvió para observar a contraluz cómo había quedado la pieza de roble. Megan pudo ver los armoniosos rasgos de su rostro y su boca sensual. Era el hombre más sexy que había visto en su vida.

La escritora decidió aclararse la voz, para hacer notar su presencia.

—Perdone...

Él se dio media vuelta, escudriñando con sus brillantes ojos verdes de quién se trataba.

Megan había esperado ver a alguien parecido a Andy, pero no a ese renegado...

—No quería asustarlo —expuso ella—. He llamado a la puerta de la casa pero nadie me ha abierto.

A continuación, la escritora se acercó a la puerta del cobertizo, mientras Kane la miraba avanzar, sin sonreír.

Megan se dijo que aquello no parecía una bienvenida muy hospitalaria. Quizá se había confundido de casa.

—¿Puedo ayudarla en algo? —repuso el hombre, con una voz rica y profunda, que casaba perfectamente con su mirada.

—Eso espero —dijo ella sonriendo—. ¿Es usted Kane Fielding?

Dejando a un lado la pieza de madera, sobre una mesa llena de herramientas, se puso las manos en las caderas de modo amenazante y dijo:

—Sí, soy yo. ¿Qué quería?

Ignorando su actitud, ella caminó hasta él y le tendió la mano.

—Soy Megan Sanders.

Cierto alivio aflojó sus músculos, pero no anuló su distancia totalmente.

—Pues no se parece nada a la foto de sus publicaciones.

En seguida, él le tomó la mano con sus dedos envolventes y la estrechó educadamente. Una ola de calor irradió el brazo de Megan, al mismo tiempo que su corazón se puso a latir alborotadamente. Aunque aquel hombre la había cautivado tanto en persona como por teléfono, no se podía imaginar que su atractivo sexual fuese tan contundente. Para colmo, le daba la impresión de que le conocía de toda la vida, en vez de hacía tan sólo diez minutos. Era algo estúpido, pero indudable.

—Es increíble lo que puede hacer la peluquería y el maquillaje —dijo ella, intentando reponerse.

Kane pensó que era mucho más guapa al natural, que en la pequeña foto en blanco y negro que le mostraba Andy en cada uno de sus libros.

Megan tenía una bella melena lisa de color cobrizo y los ojos azules, llenos de vida. Llevaba muy poco maquillaje, y tenía un aspecto sano y agradable, no muy acorde con la imagen que tenía él de una escritora

consagrada. Era de menuda estatura pero estaba bien provista de curvas, que se adivinaban bajo su vestido lila, y unas bonitas piernas.

El tensó todos sus músculos. Le ponía de mal humor encontrar una respuesta tan rápida, por parte de sus hormonas, ante la vista de aquella mujer.

—No la esperaba hasta tarde —repuso Kane, irritadamente.

La había confundido con una asistente social, enviada por sus suegros para comprobar sus competencias como padre.

—Tardé menos de lo que había calculado y pensaba no encontrar a nadie en la casa —dijo Megan sonriendo, a pesar de la actitud hostil del anfitrión.

Normalmente, a esa hora la escritora no le habría encontrado. Sólo trabajaba media jornada los viernes en el aserradero. A la una ya estaba en casa, y empleaba el resto del tiempo en estar con su hijo o hacer tareas y recados para la casa y ellos dos. El horario funcionaba bien y le proporcionaba mucho tiempo para compartir con Andrew.

Como Kane no contestaba, se irguió ligeramente y siguió diciendo:

—¿Andy ha vuelto ya del colegio?

—Todavía, no —repuso él, consultando su reloj—. Pero el autobús está a punto de llegar.

—No se puede imaginar lo mucho que supone para mí compartir unos días con Andrew.

—¿Hace esto con todos sus admiradores?

—Es que Andy es mi preferido, y no podía decepcionarlo cuando me pidió que viniera a verlo por su cumpleaños.

—Pero, ¿por qué mi hijo? —preguntó Kane, sorprendido.

La expresión de Megan y el color azulado de sus ojos se volvieron aún más dulces.

—Es que le tengo mucho cariño.

—Pero si apenas lo conoce —respondió él, con cierta agresividad.

—Le sorprendería saber hasta qué punto lo conozco. Sé un montón de cosas suyas y de usted, por las cartas que me ha escrito durante un año y medio. Seguramente, las habrá leído usted.

Aunque Kane no lo había hecho, si le decía la verdad a aquella mujer, iba a pensar que se ocupaba muy poco de su hijo. Lo cual era absolutamente falso. La respuesta no era tan sencilla.

Al cabo de unos instantes, el padre de Andy propuso:

—¿Qué le parece si vamos a casa para estar más frescos y esperar tranquilamente al chico?

«Y de paso pienso lo que voy a hacer con usted y sus preguntas», pensó Kane, hecho un lío.

Ambos salieron del aserradero, notando la luz del sol y el aire fresco. Cuando llegaron a la casa, entraron por la puerta principal y se dirigieron al cuarto de estar y a la cocina.

—¿Le apetece algo de beber? —le ofreció el anfitrión, abriendo el refrigerador—. Tengo zumo de manzana o cerveza.

—Un poco de zumo de manzana, gracias —dijo ella, sentándose en una silla de madera, junto a la mesa.

Kane se lo sirvió en un vaso, y tomó una lata de cerveza para él, dándole un buen trago.

—¿Cuánto tiempo piensa pasar en Linden, con nosotros?

Megan le miró a los ojos y respondió.

—Por lo menos una semana, si no hay ningún inconveniente.

La mirada del hombre se fijó en cómo se mordía ella el labio inferior. ¿Sería tan suave como parecía? Maldita sea, una semana se haría eterna.

Kane dio otro trago a la cerveza, esperando refrescar el ardor que le corría por las venas. Pero fue en vano.

—¿Acaso tiene vacaciones? —preguntó él.

—Es una de las ventajas de ser una escritora independiente. Haces tu trabajo y no tienes que darle explicaciones a nadie; únicamente al editor, de vez en cuando. ¿Entonces, está de acuerdo?

—¿A qué se refiere? —se extrañó el padre de Andrew.

—Si me quedo una semana —repuso ella, borrando el vaho condensado en la parte inferior del vaso.

La verdad era que empezaba a arrepentirse de haberle dicho que sí a su hijo. No tenía ganas de compartir toda una semana con aquella escritora, ni con cualquier otra mujer.

—Linden no es un pueblo muy turístico —intentó disuadirla él—. No va a necesitar más que un par de días para conocerlo completamente.

—No he venido aquí para hacer turismo, sino para estar con su hijo, si no le importa que me quede.

Kane se quedó pensando que la escritora estaría probablemente acostumbrada a vivir en casas más lujosas y confortables.

—La casa es pequeña y nada elegante —repuso finalmente.

Allí vivían una vida sencilla y le daba rabia tener que considerarla pequeña ante una extraña. La había heredado a los diecisiete años, cuando murió su padre, y en ella había cuidado de Diana, su hermana de doce. Había intentado hacer de ella el hogar más cálido y protector del mundo. Sin embargo, no resultó lo suficientemente bueno para su esposa. Nada había sido suficiente para Cathy Linden, después de conocer el secreto que había guardado Kane en su vida de adulto.

—No necesito nada fuera del otro mundo: sólo un sofá donde poder dormir —dijo Megan, depositando el vaso vacío en el fregadero—. Había pensado ocuparme, a cambio, de las comidas.

—No será necesario... —farfulló Kane, mientras una ligera fragancia femenina le invadía el cerebro.

—Insisto —lo interrumpió Megan, antes de que él dijera que no era una buena idea que se quedara—. Además, por lo que me ha contado Andrew, no es usted un buen cocinero.

Kane dejó su lata vacía sobre la mesa, algo molesto.

—Andy habla demasiado. Y acerca de lo de quedarse aquí...

Pero en ese momento se oyó el ruido del autobús que estaba frenando, y atrajo la atención de la escritora. Con los ojos brillantes de emoción, miró por la ventana y dijo:

—¿Es ése Andrew?

—Sí —murmuró su padre, maldiciendo por lo bajo.

—Quiero conocerlo —repuso ella con excitación.

Y salió corriendo hacia la puerta principal, dejando al padre solo en la cocina, maldiciendo de nuevo sobre la brillante idea de su hijo, a la que él había accedido.

Un minuto después salió al exterior. Allí estaba Megan esperando a que el chico bajara las escaleras del autobús.

Andy iba con su mochila subiendo la cuesta, hasta que vio las figuras de los adultos. Se quedó mirando a uno y luego a otro.

Ella esbozó una deslumbrante sonrisa.

—Aquí estoy —susurró, e inmediatamente se puso a reír.

—¡Megan! —chilló Andrew, rasgando con su voz el aire. Empezó a correr hacia ella a toda velocidad hasta que la abrazó con todas sus fuerzas por la cintura.

—¡Por fin has venido! —siguió diciendo el niño entrecortadamente, acolchonado por el pecho de la escritora.

Ella le devolvió el abrazo y con lágrimas en los ojos dijo:

—Claro que estoy aquí, tontín. Te prometí que vendría a verte.

Y a continuación, le acarició los cabellos rubios con la mano.

Andy retrocedió un paso y vio lágrimas en sus ojos.

—¿Por qué estás llorando, Megan?

—Porque estoy muy contenta de estar contigo —repuso ella, observándolo con pasión—. Eres mucho más guapo que en la foto del colegio.

Andrew sonrió.

—Y tú eres muy guapa.

Y volviéndose a su padre con ojos de excitación, siguió diciendo:

—¿No crees que Megan es muy guapa, papá?

Kane hubiera asesinado a su hijo. Sin embargo, su mirada encontró la de la escritora que enrojeció, aumentando sensiblemente su saludable aspecto puesto en entredicho.

—Sí, hijo, es muy guapa —admitió el padre.

Con un leve gesto de orgullo, Megan miró a otro lado. Pero a Kane le dio tiempo de descubrir cierto brillo en su mirada. El sol iluminaba su melena, realzando el cabello de color canela. El padre de Andy se preguntó si sería tan lisa y suave como parecía.

Todos se dirigieron hacia el interior de la casa. El chico cargó el peso de su mochila de los Power Ranger sobre el otro hombro.

—¿Desde cuándo estás aquí? —le preguntó el niño a su amiga.

—Desde hace un ratito. El tiempo justo de conocer a tu padre — confesó la escritora, posando maternalmente su mano sobre la coronilla de Andy.

El chico los miró de uno en uno.

—Bueno, entonces, ¿os gustáis?

—Sí, claro —respondió su padre, discretamente.

—Estaba seguro de que así sería —contestó Andy, con una pícaro sonrisa que hizo aparecer un hoyuelo en su mejilla.

Y tomando a su amiga de la mano, se la llevó hacia su cuarto.

—Vamos, Megan. Quiero enseñarte mi habitación y dónde guardo todos tus libros.

Y en ese preciso instante, al ver la cara de satisfacción de su hijo, Kane supo que ya no podía librarse de Megan.

Al traspasar el umbral de la entrada, la escritora volvió la cabeza y, mirándolo, dijo suavemente:

—Gracias, Kane.

Y esbozó una sonrisa tan encantadora, que la temperatura del cuerpo del hombre se elevó por lo menos diez grados.

El padre de Andy se quedó en el porche, dándose cuenta de que Megan le había dado las gracias por dejarla estar junto al chico. Sin embargo, tenía la sensación de que su gratitud se debía además a otras razones.

Soltando una carcajada, Kane se encaminó hacia su taller, preguntándose quién se había creído que era. Verdaderamente, era difícil creer que una mujer como aquella iba a fijarse en un tipo rudo como él.

De repente, toda la amargura acumulada en su interior salió a la superficie. Una vez una mujer le había odiado por sus carencias, y no iba a dejar que eso ocurriera de nuevo, por muy tentadora que fuera la candidata.

—Mira lo que me ha hecho mi padre —exclamó Andy, enseñándole a Megan los sujetalibros de madera que mantenían de pie toda una fila de ejemplares—. El morro y el final de una locomotora. ¿Chulo, eh?

—Sí, la verdad es que son preciosos —comentó la escritora, admirada por la habilidad y el gusto de su creador.

—Se trata de mi colección de *Las aventuras de Andy*. Están en un lugar singular porque son especiales. En el cajón de la cómoda guardo el resto de todos mis libros. No tengo otro sitio donde ponerlos.

Ella miró los títulos con curiosidad, entre los cuales había una gran variedad.

—Te debe de gustar mucho la lectura, ¿verdad?

—Mi padre está muy orgulloso de que me guste tanto leer. Siempre me está trayendo libros nuevos de una gran librería que hay en la ciudad. Pero los tuyos son mis favoritos.

—Me alegro mucho —repuso Megan, disfrutando ante la vista de un niño con tanto entusiasmo y energía.

Hacía tiempo que no disfrutaba de tiempo para ella, como unos simples días de vacaciones. Necesitaba hacer algo espontáneo, tener alguna aventura... Lo mejor que se le había ocurrido era ir a Linden a conocer a Andy y a su padre, ya que habían estado presentes en su mente durante un año y medio.

—Y mira esto —dijo Andrew—. Un caballo de madera, con silla y todo. Me lo regaló por navidad hace dos años.

Megan se quedó sorprendida de la calidad del trabajo: no había visto nunca en ninguna tienda un juguete tan bello. Se trataba de una pieza única.

—Es casi tan grande como tú —exclamó ella.

—Sí. Papá lo hizo así para que no se me quedara pequeño rápidamente. Y también ha hecho el fuerte y los columpios del colegio.

Sonriendo, la escritora siguió escuchando la enumeración de cosas maravillosas que sabía hacer el padre de Andy.

Capítulo 2

SÓLO habían pasado dos días y la casa ya olía a su perfume, una fragancia ligera y floral que envolvía el cerebro de Kane de forma contundente.

En esos dos días, la casa se había llenado de risas y muestras de cariño para Andrew. Megan estaba en todas partes, sonriendo y charlando animadamente con su dulce voz, y para colmo, hacía un estofado de carne y un pan de maíz deliciosos.

No iba a ser fácil sobrevivir una semana sin considerarla algo más que una amiga de su hijo. Le recordaba lo mucho que le había gustado estar casado y tener a su mujer junto a él para compartir la noche. Lo triste era que ese estado de felicidad conyugal sólo había durado seis meses. ¡Qué desilusión más grande!

Con una sensación de frustración, Kane se puso a lijar una tabla de madera para hacer una estantería. Fue consciente de que, cuando llegó la escritora, apenas le había dado un apretón de manos. Lo mejor sería mantenerse así, guardando las distancias y evitando cualquier implicación sentimental. Esa actitud le había resultado muy útil en los últimos años.

Sacudiendo la cabeza, se asomó desde el cobertizo para ver la casa. La cálida luz que salía por las ventanas lo atrajo con verdadera insistencia. Había intentado hacer su vida durante el viernes por la noche y el sábado, para que la escritora y Andrew pudieran conocerse mejor. Pero, como era imposible permanecer ajeno a ambos, decidió dejar sus herramientas en el taller y se dirigió hacia la casa.

Entró en la cocina y oyó una conocida melodía acompañada de las risas de Megan y Andy. Caminó un poco más hasta llegar al cuarto de estar donde los encontró bailando. Si los movimientos de su hijo eran torpes y carentes de gracia, los de la amiga resultaban fluidos y armoniosos. Cada vez que el chico perdía el ritmo, los dos se reían a la vez, volviendo a empezar de nuevo. Abstraído por lo insólito de la escena, Kane se quedó mirándolos apoyado contra el quicio de la puerta. Ella llevaba unas mallas negras que resaltaban sus piernas largas, y una camisa blanca atada con un nudo, dejando al descubierto la cintura. Se había hecho una cola de caballo y le colgaban algunos cabellos sueltos fuera del flequillo. De pronto, Kane

la deseó intensamente, sintiéndose vigoroso y saludable como cualquier hombre capaz de extasiarse ante la belleza de una mujer.

Al final de la canción, a Andrew le fallaron las piernas y se enredó entre las de Megan. Ambos acabaron cayendo en el sofá, en plena carcajada. La risa era tan contagiosa que Kane se unió al jolgorio general.

Cuando la escritora descubrió su presencia, se incorporó dejando de reír.

—No te había oído entrar —dijo ella, apartándose los cabellos sueltos de la cara.

La franja existente entre la camisa y las mallas de Megan se le antojó suave como la piel de un bebé.

Intentando apartar de su mente esos pensamientos, el padre de Andy comentó:

—Parece que os lo estáis pasando bien.

—Megan me estaba enseñando a bailar —repuso su hijo, con una gran sonrisa—. Es muy divertido. ¿Por qué no pruebas tú, papá?

Kane se puso tenso.

—Yo no bailo.

De joven, no había tenido tiempo de asistir a las fiestas del colegio: por eso no sabía bailar. Esos momentos los había tenido que dedicar al cuidado de su hermana.

La única vez que lo había hecho fue en su boda y además se había tratado de un ritmo lento, fácil de ejecutar sin tener demasiada experiencia.

—Pero papá, todo el mundo puede bailar —exclamó Andrew, tomando de la mano a su padre y acercándolo hacia su amiga—. ¿No es verdad, Megan?

—Por supuesto —repuso ella, levantándose del sofá con los pies descalzos.

Pero Kane, imaginándose lo que le esperaba se rindió diciendo:

—Hijo, soy muy patoso.

—Y Megan es muy hábil. Vamos, papá, ámate; lo único que tienes que hacer es dejarte llevar.

Siguiendo las indicaciones de su hijo, Kane tomó a su pareja por la cintura con una mano, y juntó la otra contra la suya.

Sin saber cómo, se encontró frente a la escritora y aprovechó la ocasión para deslizar levemente el pulgar por su cintura desnuda. Era tan suave como la piel de un melocotón.

Ella tuvo un escalofrío y el bailarín fue consciente de su mirada profunda.

Kane sintió su delicado perfume y, precavidamente, decidió mantenerse a distancia de aquella mujer.

Megan le indicó cómo eran los pasos a seguir, con la precisión de una profesora de danza.

Sonó una nueva canción y comenzaron a moverse al son de la música. Tras una primera vuelta por el cuarto de estar, el padre de Andy consiguió memorizar la coreografía, y al cabo de unos breves instantes, ya evolucionaba por la habitación sin fijarse en los pasos.

—¡Muy bien, papá! Estás llevando el paso tú solo.

—Sí, hijo, ya lo veo.

A continuación sonó una balada romántica, y Kane se sorprendió de lo fácil que le resultaba bailar con la escritora. La tomó por la cintura con mano firme dándose cuenta de que no quería dejarla marchar de su vida. Hacía mucho tiempo que no lo pasaba tan bien con una mujer.

—¿Bailando lento hay que seguir manteniendo las distancias? —preguntó él, con interés.

Megan se quedó mirando a su pareja de baile con aire soñador.

—Bueno, lo normal es acercarse un poco más...

La mirada de Kane era muy intensa y sexy. Pero estaba teñida de cierta tristeza que él no estaba dispuesto a mostrar, a menos que alguien estuviese interesado en compartirla. Y ella estaba dispuesta a ello.

—... en el caso de que tuviéramos más confianza —siguió diciendo Megan, tragando saliva y atreviéndose a terminar la frase.

El bailarín deslizó suavemente una mano por la espalda de su pareja, juntando su boca con la oreja de ella.

—¿Así está bien? —quiso saber Kane, con interés.

La escritora cerró los ojos, concentrándose mientras tocaba la espalda musculosa de su acompañante.

—Sí, estupendo.

Megan disfrutó con el aroma a madera y a aire fresco que despedía su acompañante, posando su mano en la nuca masculina y acariciándole los cabellos. Ambos cuerpos se movían como un todo pleno y sensual.

—Me has engañado —repuso la escritora.

—¿De verdad? —contestó Kane.

Ella se quedó mirándolo. A pesar de que él era mucho más alto que ella, eso no intimidaba a Megan. Al contrario, se sentía muy femenina contando con la delicada protección de su pareja de baile.

—Sabes seguir el ritmo perfectamente.

Él enarcó una ceja, divertido por ese comentario tan provocativo.

—Estás muy bien dotado para bailar —siguió diciendo la escritora, sonriendo con picardía.

—Suelo aprender rápidamente cuando el tema me interesa —repuso Kane, apretando ligeramente la cintura de Megan, cuyo corazón comenzó a latir desordenadamente.

La canción terminó y la pareja se paró, disfrutando unos segundos más de la erótica vibración que recorría sus cuerpos. Kane se quedó mirando la boca de su acompañante, mientras humedecía su labio inferior con la punta de la lengua. Lleno de excitación, el bailarín notó cómo el deseo circulaba ardientemente por sus venas.

De pronto, la voz de Andrew surgió del silencio proponiendo:

—Vamos, bésala, papá.

La mirada de Kane estaba llena de pasión y los labios de Megan se entreabrieron, al ritmo alborotado de sus pulsaciones.

Pero, de pronto, él dio un paso hacia atrás, rechazando cualquier contacto con ella, lo que decepcionó al niño enormemente.

De alguna manera, Megan también se quedó desilusionada, esbozando una sonrisa amarga.

El padre se volvió a su hijo y, con una mirada inexpresiva, le dijo:

—Es hora de que te vayas a la cama, Andrew. Has tenido un día lleno de emociones.

—Pero papá, mañana no tengo colegio. ¿Puedo quedarme con vosotros un poco más?

Kane apagó la radio y miró el reloj de la chimenea.

—Son las nueve y media. Deberías estar acostado hace una hora. Además, mañana por la mañana tenemos que ir a la iglesia.

Andy se levantó del sofá sin rechistar, y le sugirió a su amiga:

—¿Vendrás a arroparme, Megan?

—Claro que sí —repuso ella.

La escritora le retiró de la frente un mechón de cabellos rubios* dándose cuenta de que haría cualquier cosa por aquel niño. También fue consciente de que el padre también sentía cierto interés por ella, quisiera admitirlo o no.

—Ve a lavarte los dientes y a ponerte el pijama. Iré a verte en seguida.

Entusiasmado, Andrew salió corriendo en dirección al cuarto de baño.

Una vez que el chico se marchó, Megan se acercó al padre, tocándole el brazo.

Inmediatamente, Kane se puso rígido y la escritora retiró su mano con rapidez. Tenía el ceño fruncido, debatiéndose entre el deseo y el rechazo.

—Kane... —murmuró ella.

—Pero Megan, si sólo era un baile —repuso el padre con voz ronca.

Pero había sido algo más que eso, y los dos lo sabían perfectamente. Después de unos segundos en silencio, la escritora salió en busca del dormitorio del chico.

Andrew empezó a dar saltos en cuanto la vio llegar. Se había puesto un pijama de franela y tenía el aliento fresco y con sabor a dentífrico.

Se metió entre las sábanas y no pudo evitar dar un largo bostezo.

Megan se sentó a un lado de la cama y le deseó buenas noches.

—Te quiero —dijo el niño, tomándola por la cintura.

—Yo también —respondió ella, notando cómo el calor del abrazo impregnaba las zonas de su corazón más necesitadas de cariño.

Kane se había quedado con el hombro apoyado en el quicio de la puerta, sin atreverse a interrumpir la escena entre los dos amigos.

Andy agradeció a la escritora por haber ido a visitarlo y Megan esbozó una sonrisa llena de afecto.

Finalmente, ella lo cubrió con la manta y cuando se iba a marchar, el chico le susurró:

—Megan, ¿querrías ser mi madre...?

Desde la puerta, Kane se quedó tan sorprendido que no pudo intervenir en la conversación.

—Me encantaría serlo, cariño —dijo ella acariciándole la mejilla—. Pero no resulta tan fácil, ¿sabes?

—¿Por qué no?

—Porque algún día, tu padre se volverá a casar y tendrás otra mamá.

En ese momento, Kane se sintió culpable por no haber intentado buscar, tras el fallecimiento de Cathy, una nueva esposa que llenara de afecto el corazón de su hijo. Según él, no hacía ninguna falta, y durante seis años y medio habían vivido de ese modo los dos solos. Todo había ido bien, hasta que apareció Megan Sanders...

El padre no podía negar la positiva influencia que tenía la escritora sobre el niño. Sin embargo, el hecho de casarse de nuevo no entraba dentro de sus planes. Ni siquiera con una mujer tan bella como ella.

Kane intentó apartar de su mente esos pensamientos. Sin duda, la sensualidad del baile le había trastornado el cerebro.

—¿Y si yo te pido que tú seas mi madre? —insistió el chico, testarudamente.

Tras reflexionar unos segundos, Megan contestó.

—¿Qué te parece si soy una amiga especial, para toda la vida?

Pero Andrew frunció el ceño, sin quedarse contento con la propuesta.

—¿Te vas a quedar aquí para siempre?

Ella rió alegremente, batiéndole la almohada.

—No creo que a tu padre le haga mucha gracia la idea.

—A papá le gustas —contestó Andy abrazando a su oso de peluche—. ¿No te fijaste en cómo te sonreía mientras bailabais?

—¿Eso era una sonrisa? —le tomó el pelo Megan.

Andy rió pero a continuación se quedó muy serio.

—No habría permitido que te quedases si no le hubieses gustado. No está siempre malhumorado. Lo que pasa es que los abuelos Linden...

—¡A dormir! —exclamó su padre desde la puerta, antes de que el chico la pusiera al corriente de las pugnas existentes entre los suegros y él.

Pero la escritora se podía imaginar qué tipo de relación mantenían ambas partes, siempre con el fin de que Andy siguiera viendo a sus abuelos.

Lo cierto era que los Linden culpaban a Kane de la muerte de su hija.

Después de apagar la luz de la habitación del chico, los dos adultos se dirigieron hacia el cuarto de estar. Allí permanecieron en silencio, hasta que Kane recordó las buenas maneras que le había enseñado su madre.

—¿Te apetece tomar algo o quieres ir directamente a la cama?

La propuesta hizo que Megan se sonrojara

—¿Ir a la cama? —repitió ella, desconcertadamente, pensando que se refería a la cama del hombre.

A Kane no le disgustó la idea de dormir junto a ella, siendo consciente de que cada vez era más difícil ignorar el deseo que sentía por aquella mujer. Pero era obvio que Megan no era el tipo de chica con quien tener una aventura de un solo día.

—La verdad es que no estoy muy cansada —siguió diciendo la escritora.

—Entonces, ¿qué te apetece? Un café, una taza de cacao o un trago de whisky.

Él se inclinó por el whisky: de ese modo podría dormir tranquilo sin tener fantasías eróticas protagonizadas por Megan.

Ella reflexionó un momento y con un pícaro guiño de ojos, dijo:

—Me gustaría tomar un poco de cacao caliente.

—Estupendo. Calentaré un poco de agua.

—¿Calentar agua? El cacao no se hace con agua caliente.

—Pues Andy nunca se queja.

—Lo más probable sea que tu hijo no se queje porque no sabe cómo es el cacao de verdad.

Kane se puso a reír.

—Pues enséñame a prepararlo.

Ella aceptó el desafío y se dirigió hacia la cocina, a toda velocidad.

—¿Tienes cacao en polvo?

—Pero, ¿cuál es la diferencia? —quiso saber Kane.

Megan soltó una carcajada, pensando que su acompañante le estaba tomando el pelo. Pero él estaba muy serio.

—Hay que seguir las instrucciones del paquete —le aconsejó la escritora.

Kane se dispuso a sacar todos los ingredientes necesarios para preparar la reconfortante bebida caliente. Megan comprobó que su anfitrión se movía con soltura por la cocina, pero lo obligó a quedarse quieto y mirando. Ella era la que se iba a ocupar de la cuestión.

—Me gusta más la noche que el día —comentó animadamente la escritora—. Muchas veces estoy despierta hasta la una o las dos de la madrugada.

—Pues ya somos dos —replicó el padre de Andrew.

Ambos se sintieron cómodos compartiendo la intimidad.

Mientras tanto, Megan encontró una cuchara para remover la leche.

—De hecho, siempre escribo mis mejores relatos por la noche.

—Entonces, puedes instalarte aquí, en la mesa de la cocina, mientras yo me voy a mi taller...

—Oh, no. Estoy aquí para pasar unas vacaciones y para conoceros a Andy y a ti —repuso la escritora llena de entusiasmo—. De momento no pienso trabajar: eso lo puedo hacer en cualquier momento y en cualquier lugar. Además, acabo de terminar un libro. Se trata de una historia en la que a Andy se le cae un diente y al Ratoncito Pérez se le olvida traerle una moneda.

—Ah, ¿Sí? —exclamó Kane, con interés.

—Me esforcé especialmente para narrar un relato que le gustase a todos los chicos y las chicas —explicó Megan, tomando dos tazas de un armario.

—Espero que en el libro el Ratoncito Pérez se haya desquitado, regalándole al protagonista más dinero de lo habitual.

Ambos rieron a la vez, mientras ella vertía la leche humeante en las dos tazas con cacao.

—¿Tienes canela por algún sitio? —solicitó la escritora.

—En el caso de que así sea, estará en el armario con las otras especias.

Finalmente, la invitada encontró un frasco pequeño y lo fue a poner en la mesa cuando de pronto los dos cuerpos chocaron, y estuvieron en contacto durante unos segundos.

Ella estaba desconcertada por el encontronazo y se puso a hablar de su última narración.

—Le he traído a Andy una copia del original por su cumpleaños —siguió diciendo Megan.

A Kane también lo impactó la unión de sus cuerpos. Estaba claro que las esbeltas curvas de aquella mujer le gustaban enormemente.

—Estoy seguro de que le va a encantar —repuso él, sujetando la mano de su acompañante y dándole el frasco de canela, con más entusiasmo de lo debido.

—Eso espero —dijo la escritora, mientras espolvoreaba la especia en las dos tazas—. Me gustaría que tú también lo leyeras y me dieras tu opinión.

—¿Todas las historias tratan de mi hijo?

—Sí —respondió Megan—. Pero la serie empezó cuando yo experimenté la necesidad de llenar mis ratos libres. Con el tiempo, Andrew se ha convertido en una buena fuente de inspiración.

—¡Qué curioso! Siempre pensé que te basabas en tu infancia para narrar esas historias.

—Sí, en cierto modo tienes razón. Lo que pasa es que intento revivir esas experiencias a través de los ojos de Andy. La ingenuidad de los niños es maravillosa. Muchos de mis éxitos se los debo a tu hijo.

La escritora le tendió la taza de cacao a Kane.

—Es el chocolate más rico que he probado en mi vida.

Y siguiéndola, ambos se fueron al cuarto de estar. El anfitrión posó su taza sobre la chimenea, mientras ponía un par de leños más entre las brasas. En un par de minutos en el hogar ardía un hermoso fuego, que calentaba hasta el último rincón de la habitación.

—¿Es ésta la madre de Andy? —preguntó Megan, tomando una fotografía enmarcada, regalo de los abuelos, para que el chico no la olvidara nunca.

Se trataba de una mujer joven y rubia, con unos ojos castaños llenos de vida, los mismos que lo cautivaron cuando se enamoró de ella.

—Sí, es Cathy —asintió Kane.

—Andy se parece mucho a ella —comentó la escritora, posando el retrato en su sitio—. Es muy guapa.

—Sí que lo era.

Megan se hizo un ovillo en el sofá, bebiendo el chocolate y mirando por encima a su anfitrión, con la intensidad de sus vibrantes ojos azules.

—Andrew debe echarla mucho de menos —murmuró la joven.

Tras unos segundos de silencio, en los que sólo se oía el fuego chisporrotear, Kane dijo:

—Murió cuando Andy tenía dos años. Apenas recuerda algo de ella.

Megan sintió tristeza por los dos, y eso quedó reflejado en la expresión de su rostro.

—¿Cómo murió?

Al padre de Andy se le había olvidado que la escritora no vivía en Linden y, por lo tanto, no conocía la macabra sospecha que se había cernido sobre la cabeza de Kane Fielding.

—Mi intención no era ponerme a fisgar —repuso la invitada, viendo el sombrío semblante de su anfitrión.

—Murió en un lago cercano.

—Lo siento mucho.

Nadie en el mundo podía sentirlo tanto como él.

—Ocurrió hace muchos años —murmuró Kane, agachándose para reavivar el fuego.

No quería revivir el triste y lluvioso día en que murió Cathy una vez más. Ya lo hacía cada vez que veía a sus suegros, y que pasaba por el maldito lago que se la tragó.

Desde el sofá, Megan se preguntó si aún la echaba de menos. Eso explicaría el comportamiento hosco que mostraba de vez en cuando.

—¿Has pensado alguna vez en casarte de nuevo? —le preguntó la escritora, con el alma en vilo.

Era extraño; le había visto por primera vez hacía dos días, pero le daba la impresión de que lo conocía desde que empezó a intercambiar correspondencia con Andy. Por eso sabía que tras esa fachada brusca, se escondía un hombre bueno y sensible.

—La verdad es que no —repuso él, poniendo más leña en la chimenea y haciendo revivir el fuego.

—¿Acaso no has encontrado a la mujer adecuada?

—Es que no me ha interesado el tema.

Por su propia experiencia, sabía que el desamor era terrible, pero ella, al fin y al cabo, aún pensaba poder encontrar la felicidad con otro hombre.

—¿Y qué va a pasar con Andy?

—Todavía es joven para casarse —dijo Kane, haciendo gala de su desconocido sentido del humor.

Megan le hizo una mueca y él le contestó con otra a su vez. El anfitrión podía ser agradable y divertido cuando quería, lo que quería decir que apenas se tomaba la molestia de serlo.

—No era eso a lo que me refería. Andy se merece una madre.

Aunque la escritora intentaba defender los intereses del niño, también estaba interesada personalmente en la cuestión. No le habría hecho gracia ver a otra mujer, que no fuese ella, al lado de aquel hombre.

—¿Acaso eres una candidata al puesto? —le preguntó irónicamente Kane.

A pesar de aquel tono ridiculizante, Megan estuvo a punto de asentir. ¡Por supuesto que tenía muchas ganas de formar parte de la vida diaria de Andy!

—Yo sólo digo que debería beneficiarse de la influencia de un padre y una madre —replicó la escritora.

El fuego hacía brillar el cabello negro de Kane y sus ojos verdes, dándole un aspecto brutal y bello al mismo tiempo.

—No tengo la intención de volver a casarme —estalló el hombre violentamente—. Andy y yo nos las hemos arreglado solos perfectamente todos estos años, hasta que apareciste tú...

A Megan le sentaron mal las palabras de Kane, pero sabía que si quería estar bien con Andy, tenía que ser aceptada por su padre, cosa que era bastante difícil. Aquel hombre era desagradable con todas las personas que intentasen acercarse a él y a su hijo.

Al cabo de un rato, y tras dar un profundo suspiro, Kane murmuró:

—Lo siento.

La disculpa fue breve y arisca. Pero Megan lo comprendió.

—No te preocupes.

En efecto, la escritora le había tocado la fibra más sensible de su atormentado corazón. Sintió la necesidad de acariciarlo y reconfortarlo entre sus brazos, pero, finalmente, se abstuvo de mostrar su compasión.

—Ya sé que Andrew te importa mucho, pero, ¿qué te parece si eres para él simplemente una buena amiga? —le propuso Kane.

Megan se preguntó si para su anfitrión ella también sería simplemente una amiga más. Desde luego ella tenía sus dudas, sobre todo por el modo que tenía de mirarla.

—¿Y tú, has estado casada alguna vez? —siguió diciendo el hombre, con curiosidad.

—Sí, estoy divorciada.

La escritora recordó a su marido, tan preocupado por su carrera como abogado y tan carente de interés para tener hijos y formar una familia.

—¿Quién fue el tonto que te dejó escapar? —repuso Kane, con cierta agresividad.

Megan no pudo evitar reír a carcajadas. Phillip Sanders no era tonto, sino insensible. Al fin y al cabo, había sido claro con sus intenciones, en vez de engañarla retrasando constantemente el momento de ampliar la familia.

—Me sorprende bastante que pienses eso —dijo ella.

Elevando los hombros, Kane replicó:

—Puede que no piense casarme otra vez, pero no estoy ciego.

El cumplido, aunque fuese en cierto modo retorcido, hizo sonreír a Megan.

Era mejor andarse con cuidado o iba a enamorarse de aquel hombre tan temeroso de mostrar sus sentimientos.

Ella tampoco estaba ciega.

Capítulo 3

EL BEICON crujiente y los huevos revueltos en su punto estaban mucho más buenos que los cereales que desayunaba Kane con su hijo todas las mañanas. Con el estómago satisfecho, el padre de Andy miró a la mujer que había elaborado ese desayuno tan delicioso. Era consciente de que tenía que advertirla de algo antes de salir.

—Megan, debes saber que la gente va a murmurar al vernos en el pueblo.

Ella, que estaba aclarando un plato, se secó las manos con un paño y se sonrojó ligeramente.

—¿Es por mi vestido?

Kane retrocedió para mirarla y comprobó que el delicado vestido de color melocotón que llevaba le daba el aspecto más casto del mundo. Era el más idóneo para ir a la iglesia.

Sin embargo, el hombre sabía que su ropa interior no era tan sobria. La había visto por la puerta entreabierta de su habitación, al caminar por el pasillo. Llevaba unas braguitas increíblemente pequeñas, con aspecto de ser muy suaves, y un sujetador de encaje que mostraba generosamente sus senos.

Kane notó cierto calor por la parte baja de su cuerpo, y se congratuló de tener puestos sus amplios pantalones de color caqui.

—No, el vestido está bien.

Megan miró a su anfitrión con mirada astuta y burlona.

—Entonces, ¿se trata de mi pelo? —adujo ella, tocándose el moño que se había hecho con la melena de color canela.

A pesar de que su aspecto era impecable, Kane pensó que lo más aconsejable era ponerla al corriente de las murmuraciones que se cernían sobre su propia persona, entre la gente del pueblo. De ese modo, no le pillarían desprevenidas las miradas hostiles y los cuchicheos a la salida de la iglesia.

Una vez frente a él, Megan siguió preguntando:

—¿Tengo huevo o beicon entre los dientes?

—No, estás estupenda.

—¿Me quieres decir por qué van a cuchichear cuando me vean aparecer con vosotros en el pueblo?

—Megan, tienes que comprender que esta localidad es muy pequeña. Todos nos conocemos y alguna gente no se molesta en disimular su rechazo hacia otras personas. Les da igual herir los sentimientos ajenos. Y me da la impresión que hoy van a tener una nueva víctima.

Apoyándose la mandíbula en la palma de la mano, Megan le preguntó:

—¿Eso te molesta, Kane?

—Ya estoy acostumbrado —respondió el viudo, a pesar de no haber conseguido inmunizarse completamente del rechazo general.

—Entonces, es verdad eso de que en los pueblos los chismes se expanden como la pólvora.

—Estás en lo cierto —dijo él, fastidiado porque siempre era él el centro de los comentarios hostiles.

Llena de desprecio Megan replicó:

—¿Es que no tienen otra cosa que hacer?

—Depende del objeto de las murmuraciones. Desde luego, tu estancia aquí va a ser un buen bocado para esa manada de lobos.

—Pero, por favor, que somos todos adultos...

—Eso es precisamente lo que va a ser objeto de comentarios.

La expresión del rostro de Megan le recordó a Kane a una leona defendiendo a su carnada.

—No quiero que Andy sufra por culpa de mi estancia en Linden —adujo la escritora.

—Él no va a sufrir.

—Pero, ¿no me acabas de decir que son todos una panda de chismosos?

—El niño no va a oír nada: es el nieto de los Linden, y por eso lo respetan.

Al principio, a Kane le había preocupado que su hijo oyera los rumores que lo acusaban de la muerte de su esposa. Pero afortunadamente todos los habitantes del pueblo habían guardado silencio, protegiendo al

pequeño de las habladurías. De ese modo, Andy era completamente ajeno a la mala reputación de su padre.

—Megan, quiero que, pase lo que pase hoy, no consigan herirte o molestarte.

—Gracias por la advertencia, pero creo que podré arreglármelas con todos ellos. Vayamos a darles conversación... —repuso ella animadamente.

Cuando llegaron a la iglesia de Linden, el padre de Andy oyó una voz que decía:

—¿Quién es la mujer que está con Kane?

Llegaron con retraso porque el chico no encontraba sus mocasines de piel, y los asistentes al servicio religioso ya estaban de pie, esperando la aparición del reverendo Paul.

Encontraron un banco vacío, y se sentaron los tres, mientras Andy saludaba a Corey, su mejor amigo, que estaba detrás.

Megan miró a Kane y esbozó una sonrisa que lo dejó sin respiración. El delicado perfume femenino estuvo a punto de dejarlo sin control.

De pronto una familia quiso sentarse en el hueco que sobraba en el banco. Los Fielding y Megan se levantaron para dejarles paso, y al estirarse, las piernas de la escritora y las de Kane se tocaron unos segundos.

—Lo siento —se excusó ella rápidamente.

Él no lo sentía en absoluto, era más, no le había importado ese contacto en absoluto. No obstante, estaban demasiado juntos y eso podía atraer la atención de su suegra, que estaba sentada delante de ellos, en la zona opuesta. Iba peinada con un moño austero, que recogía sus rubios cabellos. En cualquier momento, podía girar la cabeza hacia la izquierda y tener una panorámica perfecta de los tres, cosa que hizo al cabo de unos segundos. Fijó sus fríos ojos azules sobre Megan y frunció los labios despectivamente.

Los cuarenta minutos pasaron lentamente, hasta que por fin el reverendo les dio la bendición. Poco a poco, los asistentes fueron saliendo de la iglesia a la plena luz del día. Se formaron corrillos en los cuales se saludaban unos a otros animadamente.

Kane tomó a Megan por el codo y los tres se dirigieron hacia donde estaba Corey con su familia. El padre era el dueño del aserradero donde trabajaba Kane y estaba acompañado de su mujer y sus dos hijos.

—Megan, se me había olvidado decirte que Andy pasa los domingos con sus abuelos —repuso Kane.

—Me parece muy bien que pase un día a la semana con ellos —adujo la escritora.

Para el padre, era algo a lo que no se podía negar.

—Volverá a casa esta noche.

—No te preocupes por mí —dijo Megan—. Puedo pasar el rato perfectamente sola con mis cosas, sin que tengas que preocuparte por mí.

—Estupendo —murmuró Kane.

Pero, no pudo evitar sentir cierta curiosidad por lo que iba a hacer la escritora durante el resto del día. Era inau—dito: debería quedarse tranquilo sin que ella dependiese de él, trabajando en su taller.

A continuación, el padre de Andy saludó a su jefe.

—Hola, Jeff.

Se trataba de un hombre rubio de gran estatura, que era su único gran amigo. Kane besó en la mejilla a su mujer.

—Hola, Karen. Estás tan guapa como siempre.

Ella contestó riendo, y agitando su suave melena:

—De ese modo llegarás muy lejos. Por cierto, ¿quién es tu acompañante?

—Os presento a Megan Sanders. Megan, éste es mi jefe: Jeff Gibas. Posee el aserradero donde trabajo en la ciudad. Su mujer se llama Karen y los chicos son Tanner y Corey.

Sonriendo, Megan les dio la mano.

—Encantada de conocerlos.

—El placer es nuestro —aseguró Karen, y luego miró a Kane—. Deberías avergonzarte de no habernos hablado de ella antes.

—No estamos saliendo juntos. Se trata de una amiga de Andy, con la que mantiene una correspondencia desde hace un año y medio.

—¿No me digas? —se sorprendió Jeff.

—Soy escritora de una serie de aventuras para niños que se llama *Las aventuras de Andy*. Andrew y yo nos hemos hecho amigos y he venido para celebrar su cumpleaños.

—Ah —susurró Karen, no queriendo aceptar que entre Megan y Kane no existiera nada más—. Bienvenida a Linden. Un día de estos os invitaremos a cenar a casa a los tres.

—No creo que tenga tiempo —repuso él, antes de que Karen insistiese.

Conocía bien a la mujer de su jefe: siempre le estaba diciendo que por qué no tenía compañía femenina y estaría encantada de cuchichear con Megan.

—¿Ves? Te dije que vendría —le comentó Andy a Corey, acercándose a la escritora.

—¿Eres realmente tú Megan Sanders, la escritora para niños? —le preguntó el amigo de Andrew.

Se trataba de un chico rubio con ojos de color ave—llana.

Megan rió porque la estaban poniendo en un pedestal.

—Sí, soy yo.

—¿Y crees que podrías escribir un libro sobre un niño llamado Corey?

Megan se quedó pensando unos segundos y dijo finalmente:

—Bueno, estoy muy ocupada con la serie de Andy, pero puedo introducir a otro personaje: un amigo del protagonista que se llame Corey.

Con los ojos como platos, el chico le dijo a su amigo:

—¿Has oído, Andy? ¡Voy a ser tu amigo en su próximo libro!

—Ya te dije que era fabulosa —replicó Andrew.

Estuvieron hablando unos minutos más, cuando de pronto, Andy tomó la mano de Megan y le dijo:

—Mira, éstos son mis abuelos. Quiero que los conozcas.

Kane se metió las manos en los bolsillos y los vio caminar hacia sus suegros.

Patricia Linden no iba a decir nada bueno sobre sí mismo, y eso lo fastidiaba tremendamente.

—Vas a dejar que la despelleje viva —comentó irónica—mente Karen observando las presentaciones.

—No te preocupes. Megan es mayorcita y sabe cuidarse perfectamente.

Kane se había dado cuenta rápidamente de ese rasgo de la escritora. Megan tenía carácter y era fuerte de espíritu.

—Además, Patricia es mala persona conmigo pero no tiene por qué serlo con ella.

—Pues la está asesinando con la mirada —repuso Karen.

El padre de Andy se negó a seguir las indicaciones de su vecina. Nunca había sido un buen príncipe azul salvando a damiselas en apuros.

Megan se volvió hacia Kane antes de llegar al lugar donde los esperaban los abuelos de Andy. Los Linden hacían muy feliz a su nieto y muy desgraciado a su yerno. La escritora no sabía todavía cuál era el problema pero le daba la impresión de que no era algo fácil de solucionar.

—Abuelos, quiero presentaros a mi mejor amiga: Megan Sanders —dijo educadamente Andy, con un hoyuelo en la mejilla.

Patricia Linden miró desdeñosamente a la escritora y se limitó a decir:

—Por fin ha venido...

Megan decidió que era mejor llevarse bien con aquella pareja de ancianos y sonrió abiertamente.

—Encantada de conocerla, señora Linden.

La abuela se quedó mirando su mano extendida como si fuera una serpiente e hizo caso omiso del saludo. Pero Megan no se iba a dar por vencida fácilmente. Mantuvo la mano tendida sosteniéndole la mirada a Patricia durante unos segundos interminables. Cómo ninguna de las dos se daba por vencida, una mano de hombre la sacudió y se presentó.

—Yo soy Harold, el abuelo de Andy. Bienvenida a Linden.

Patricia miró a su esposo, extrañada, pero él la sonrió como si no ocurriera nada.

—Megan está viviendo en casa con nosotros —exclamó Andrew—. Es muy divertida; nos ha enseñado a bailar.

—¿Está viviendo en vuestra casa? —repitió maliciosamente la abuela.

Antes de que la escritora pudiese defender la respetabilidad de su situación, Andy intervino:

—Papá dijo que podía quedarse.

—¿De verdad? —contestó la harpía con toda su mala intención.

Su marido intentó suavizar la situación tomando a su mujer por el brazo, pero ella se soltó y lanzó una mirada de odio en dirección a Kane.

—¿Y cuanto tiempo piensa quedarse, señora Sanders?

—Por lo menos una semana —respondió Megan.

—Su estancia no es muy recomendable para mi nieto...

Harold la interrumpió para quitar hierro al asunto.

—Bueno, Andy, ¿estás preparado para ir de pesca con tu abuelo?

—¿Puede venir Megan con nosotros? —preguntó el chico.

—Recuerda que es nuestro día para estar contigo —repuso la anciana, sonriendo fríamente—. ¿Acaso no quieres estar con tu abuelo?

Andy estaba confuso por el tono que estaba empleando su abuela.

—Sólo quería que viniera ella también.

A Megan se le partió el corazón en dos. Le dedicó una sonrisa llena de confianza.

—No te preocupes, Andy, tengo un montón de cosas que hacer. Cuando llegues a casa te estaré esperando.

La escritora le dio un beso, detestando tener que ver debatirse al niño entre el deber y su auténtico deseo. También detestó comprobar cómo los ancianos abuelos mantenían a Kane al margen de sus vidas. Lo normal habría sido que él se fuera también de pesca con Andy y ellos dos.

Megan compadeció a su anfitrión. Ella sabía lo que era vivir como un intruso, ya que había pasado gran parte de la niñez en orfelinatos.

Patricia le tendió la mano a su nieto, diciéndole:

—Vamos, Andy, empieza a hacer calor y sabes que a tu abuelo le sienta muy mal.

Harold se pasó los dedos por el cabello gris y se excusó ante Megan con la mirada, ya que de palabra no se atrevió a rechistar a su esposa.

«¿Qué habrá ocurrido entre Kane y sus suegros, para que su relación esté tan deteriorada?», se preguntó la joven escritora.

Finalmente, Andy le dijo adiós agitando la mano, con lágrimas en los ojos.

—Adiós, cariño. Tráeme una buena pieza —respondió su amiga, lanzándole un beso al aire, lo que al menos le hizo sonreír.

Cuando Megan volvió junto a Kane, le sorprendió verle solo. El resto de los asistentes a la iglesia había desaparecido: al parecer, la diversión dominical se había terminado.

Para ella era indignante pensar que cada vez que su anfitrión veía a sus suegros la situación fuese tan desastrosa. Los abuelos deberían tener en cuenta que esa ma—nera de actuar era perjudicial para Andy.

Kane parecía un chico rebelde, apoyado en el único gran árbol del patio. Se había aflojado la corbata y tenía el pelo revuelto.

Colocándose frente a él, Megan le comentó irónica—mente:

—Los Linden son encantadores, ¿no es cierto?

—Estoy de acuerdo contigo —repuso él, mientras veía alejarse el Cadillac color vainilla de sus suegros.

A continuación, ambos se dirigieron hacia el coche de Megan. Mientras ella sacaba las llaves del bolso, se atrevió a preguntarle:

—¿Qué es lo que ocurrió entre tú y los abuelos?

Kane estuvo a punto de contestar pero en vez de dar una explicación, se limitó a esbozar una sonrisa amarga.

—Es una historia muy larga, Megan, y a ti sólo te quedan cinco días para estar aquí.

Viendo que aquella forma de actuar equivalía a un ocúpate de tus asuntos, Megan se puso al volante, decidida a sacarle un gran partido a esos cinco días.

Lo mínimo que podía ofrecerle a Andy como regalo de cumpleaños era contar con una auténtica familia al completo.

Tres bocinazos del Cadillac señalaron el final del domingo para Andy, y para su padre el final del aislamiento en el taller para evitar a Megan. Después de la breve conversación que habían mantenido los dos adultos, Kane tenía la sensación de que la escritora no se iba a dar por vencida. Estaba seguro de que intentaría averiguar más cosas acerca de su relación

con los Linden. Y él no tenía ganas de revivir el pasado ni de que Megan lo mirara con repugnancia.

Como todas las semanas, el hombre salió de su taller retirándose el sudor y el serrín de la frente con el dorso de la mano. Vio a Megan que había salido a recibir a su amigo. El chico se lanzó a sus brazos y los abuelos desaparecieron en su coche, sin molestarse en saludar a Kane, como era habitual. La escritora apenas podía creer lo que había visto.

Megan le dijo algo a Andy, que inmediatamente entró en la casa, y se encaminó hacia el cobertizo de Kane. Al verla llegar, el hombre supo en seguida que quería hablar seriamente con él. Por eso no se escondió entre las máquinas y las maderas.

—La cena estará lista dentro de unos minutos —anunció ella, metiéndose las manos en los bolsillos traseros de sus vaqueros desgastados.

Al hacer ese movimiento, la camiseta de algodón que llevaba se ciñó más aún a su piel, poniendo en evidencia la rotundidad de sus pechos.

—Debes de estar hambriento, teniendo en cuenta que no has comido nada al mediodía —siguió diciendo Megan.

—Lo estoy —repuso Kane, sin poder disimular su intención de esconderse de nuevo en el taller—. Ahora mismo termino con esto y en seguida subo a casa.

—¿Siempre dejan al chico tocando la bocina y sin despedirse de ti? —preguntó ella, asombrada.

—Semana tras semana —admitió él con mala cara.

—Y, ¿nunca salen a charlar un rato antes de marcharse?

—Nunca.

Dando rienda suelta a la frustración del día, Megan estalló:

—Los tres sois igual de testarudos y egoístas.

Inmediatamente después, la mirada de Kane se llenó de odio, aunque su voz permaneciese tranquila.

—No tienes ni idea de lo que estás hablando —repuso el hombre.

—Lo que sé es que el que sale perdiendo en este conflicto es el pobre Andy.

La sombra de Kane que proyectaba la luz del taller entreabierto parecía amenazar a Megan como un monstruo infernal.

—Andy es lo único que me une a esos malditos Linden.

«¿Por qué?» pensó la escritora. Pero en seguida supo que su pregunta no iba a ser contestada.

—Los abuelos son la única familia que tiene el chico, aparte de ti —arguyó ella.

—Andy tiene una tía.

Megan recordaba haber oído hablar de la tía Diana, que era hermana de Kane, pero vivía en Idaho con su marido. También sabía que los abuelos Fielding habían muerto antes de que Andy naciera. Y aunque tenía curiosidad por saber más cosas de la relación entre Kane y su hermana, no era el momento oportuno para averiguarlo.

—Pero no es lo mismo —replicó Megan—. Los Linden son y siempre serán una parte importante de su vida, teniendo en cuenta que viven en la misma ciudad. Entonces, ¿vais a trataros los unos a los otros como si fuerais el perro y el gato hasta el final de vuestros días?

Pero Kane no contestó: se limitó a mirarla fijamente, con las manos en las caderas.

—No es justo para Andy —siguió diciendo la escritora—. Esta falta de comunicación tiene que afectarlo de alguna manera.

Una risotada desagradable se le escapó al padre del chico.

—Debes de tener una familia realmente maravillosa...

Le había asestado un duro golpe a Megan.

—Todo lo contrario, Kane —repuso ella con voz tranquila—. Desde los ocho años, cuando mis padres se murieron en un accidente de tráfico, me crié en varios orfelinatos. Y siendo adulta no pude tener mi propia familia.

Kane sintió lástima por ella y con un suspiro murmuró:

—Lo siento, Megan.

—No lo hagas. Por eso es tan importante tener una familia unida. Sea cual sea el problema, seguro que tus suegros y tú podréis llegar a reconciliaros.

—Esa palabra no figura en el vocabulario de los Linden —dijo el hombre, tensando la mandíbula.

—Pero, ¿por qué? Por lo menos, deberíais intentarlo...

—No.

La respuesta de Kane resonó en todo el cobertizo.

—No sabes nada del asunto —añadió el padre de Andy, lleno de rabia y de ira—. Megan, es mejor que te ocupes de tus asuntos.

Dio media vuelta y salió del taller.

Si hubiera sido lista, le habría hecho caso. Pero, por desgracia, conocía demasiado al padre y al hijo como para ignorar su sentido común. Por muy estúpido que pareciese, se estaba enamorando de Kane Fielding.

Megan estaba quitando las malas hierbas que habían crecido en la franja de tierra que bordeaba la casa. El aire era fresco y la escritora estaba contenta con su ocupación. De pronto, se acordó de Judi Melvin. Había sido su mejor amiga desde que eran estudiantes y la había apoyado y aconsejado siempre, incluso después de divorciarse de Phillip.

Sin embargo, a la escritora le gustaba vivir sola. Pero después de pasar varios días con Andrew, le parecía que su vida carecía de emociones. A Megan no le apetecía volver a su céntrico apartamento de Seattle, donde tan sólo hablaba de vez en cuando con su editor, o con alguna visita ocasional. No tenía ganas de reanudar la correspondencia semanal o las escasas llamadas con el chico y su padre*. Después de haber convivido con ellos, privarse de su compañía era algo doloroso.

Estaba removiendo la tierra con el fin de plantar algunas flores, que iría a comprar al día siguiente, en cuanto tuviese ocasión. Quería darle un aspecto más hogareño a la casa y, así, se mantendría ocupada hasta que volviese Andy del colegio.

Se retiró un mechón de pelo con el dorso de la mano, mientras recordaba la visita que le había hecho por la mañana al chico y sus amigos en el colegio. Andrew estaba entusiasmado y sus compañeros, en vez de mostrarse tímidos, le habían hecho muchas preguntas sobre sus libros. La mayoría de ellos los habían leído, influenciados por el estímulo de Andy. La profesora, la señorita Graham, había estado simpática pero ligeramente reservada, mirándola del mismo modo que lo habían hecho los habitantes del pueblo el día anterior en la iglesia.

Había sido una mañana muy estimulante comparada con la tarde del domingo. Kane se había refugiado en su cobertizo hasta bien entrada la noche. De hecho, Megan se había dormido esperándolo. Estaba claro que no le gustaba nada hablar de sus suegros. Intentando hablar del tema, la

escritora había levantado la herida, aún no cicatrizada, de lo que le enemistaba con ellos. Hasta que no saneara la situación, la herida seguiría sin curarse y le dolería.

El sonido de un coche acercándose la apartó de sus pensamientos.

Mirando por encima del hombro, Megan guiñó los ojos escrutando a la persona que había salido del vehículo. Se trataba de una mujer alta y esbelta que llevaba unos vaqueros desgastados y rotos por los lugares más estratégicos. Por arriba, tenía puesta una camiseta ajustada que dejaba adivinar las curvas generosas de su cuerpo. Su melena era oscura y abundante.

Debía tener apenas veinte años y resultaba claramente más joven que ella con sus treinta y uno, pero podía ser perfectamente una novia de Kane. El corazón de Megan dio un vuelco. El había dicho que no tenía intención de volver a casarse, pero eso no quería decir que viviera como un monje.

—Hola —dijo la recién llegada con una sonrisa, que destacó aún más su mirada exótica y profunda.

A pesar de estar celosa, la escritora decidió ser amable con la joven.

—Si está buscando a Kane, no se encuentra en casa ahora —dijo Megan, aún arrodillada y consciente de su aspecto sucio y desordenado.

—¿Está de broma? —replicó la desconocida—. Kane no suele estar cuando vengo. Estoy segura de que prefiere no verme.

—¿Cómo dice? —preguntó Megan, sin entender sus palabras.

—Soy Joyce, la profesora particular de Andy. Vengo los lunes y los jueves por la tarde, durante una hora.

—Ah...

Andy nunca había mencionado a su profesora particular, ni su padre tampoco.

—Andrew debe estar a punto de llegar. ¿Quiere entrar y tomar algo fresco?

—No quiero ser una molestia —respondió la joven, con cierta curiosidad mal disimulada.

—No lo es en absoluto —repuso Megan—. De hecho ya iba a meterme en casa.

La escritora se dijo que se trataba de una buena ocasión para saber por qué necesitaba Andy una profesora particular, teniendo tan buenas notas en el colegio.

Una vez en la cocina, Megan se lavó las manos, y sacó una jarra de limonada del frigorífico. Joyce se sentó en una silla y con una sonrisa artificial, dijo:

—Entonces, ¿es cierto lo que dicen en el pueblo?

La escritora dio un brinco, pero comenzó a poner limonada en dos vasos largos.

—¿Qué es lo que se dice, y quién lo dice?

—En el pueblo se rumorea que está usted viviendo con Kane.

Megan ya estaba advertida por el padre de Andrew de lo que—iba a ocurrir.

—No estoy viviendo aquí, sólo he venido a visitar a Andy.

—Ah... —murmuró la joven, sin cambiar un ápice su opinión predeterminada sobre la estancia en Linden de la escritora.

Intentando cambiar de tema, Megan se sentó frente a Joyce y le preguntó:

—¿Va mal en el colegio Andrew?

—Tiene las mejores notas de la clase —explicó la joven—. Pero Kane insiste en que yo lo ayude y a mí me viene bien el dinero.

La escritora se quedó pensando por qué querría el padre ayuda extraescolar para su hijo, si el chico tenía tan buenas notas.

—¿Y qué es exactamente lo que hacéis en esas dos horas semanales?

—Teniendo en cuenta lo extraño que es Kane, no me choca que me haga esa pregunta —repuso Joyce.

Kane era agradable, sensible y mucho más vulnerable de lo que parecía. Además era increíblemente sexy cuando se decidía a sonreír.

—Es un buen padre —arguyó Megan, para defender a Kane de tanto cotilleo.

—Sin duda, lo ve usted como algo más que un padre —replicó la joven sin poder evitar una risita.

Pero Megan adujo ingenuamente:

—No estoy segura de entenderla.

—No me dirá que no se ha fijado en que Kane es muy guapo —dijo la retorcida joven.

—Por supuesto, es un hombre increíblemente atractivo.

La escritora era plenamente consciente de ello, pero cuando lo miraba no sólo se fijaba en su físico, sino también en su calidad humana.

La joven hizo un gesto de desaprobación.

—He intentado por todos los medios atraer su atención, pero ha sido en vano —explicó Joyce—. La mayoría de las mujeres solteras del pueblo estarían dispuestas a salir con él. Pero es tan raro y distante. Y luego está lo que ocurrió con su mujer...

—¿Qué es lo que ocurrió? —preguntó Megan, seriamente.

—¿Acaso no lo sabe?

Con la certeza de que lo que iba a oír no era agradable, pero sí importante para conocer mejor a Kane, la escritora respondió:

—No.

Esbozando una sonrisa de despecho, Joyce se acercó a Megan y le susurró al oído:

—El mató a su esposa.

Capítulo 4

EL HABÍA matado a su esposa. El corazón de Megan se puso a latir desordenadamente. Aquella frase tan terrible le puso la carne de gallina.

Sin duda tenía que haber una explicación lógica para esa acusación. Eso era lo que se repetía una y otra vez la escritora desde que los malvados labios de Joyce le susurraron la maldita afirmación.

Andy llegó del colegio y se puso a estudiar con la pr—fesora particular, mientras que Megan seguía debatiéndose entre el horror y la incredulidad.

A la hora de la cena, apenas pudo probar bocado hasta que, finalmente, descartó la posibilidad de que Kane fuese un asesino. Si lo fuera realmente, en aquellos momentos se encontraría en la cárcel. Pero lo que la preocupaba era por qué la gente de Linden lo acusaba de la muerte de su esposa y, sobre todo, por qué permitía que circulara ese rumor sin defenderse.

—Ya he quitado la mesa, Megan —le dijo Andy a su amiga, una vez que hubieron terminado de comer.

La escritora se dispuso a lavar los platos con la ayuda del chico. Mientras secaban los cacharros, Megan le preguntó a su ayudante:

—¿Dónde está tu padre? ¿Ya se ha escapado a su santuario?

—Se está duchando. Me prometió que jugaríamos una partida de ajedrez antes de que me fuera a la cama.

—¡Estupendo! —exclamó ella—. Andy, ¿por qué no me dijiste que tenías una profesora particular?

El niño se puso colorado y desvió la mirada.

—Porque no quería que pensaras que soy un estúpido.

Megan lo tomó por la barbilla y mirándolo con sus bellos ojos le dijo:

—Andy, jamás hubiera pensado que lo eres.

Sonriendo y reconfortado, el niño se dispuso a explicar el porqué de sus clases extraescolares.

—Joyce me ayuda con la ortografía y los deberes, aunque la mayoría de las veces lo sé hacer todo yo solo. También leo en voz alta para ella.

Papá quiere que lea por lo menos dos capítulos cada día. Pero puedo hacerlo solo perfectamente.

Megan se quedó más contenta con su explicación.

—¿Por qué no le preguntas a tu padre la razón por la que das esas dos horas extras de clase a la semana? —sugirió ella.

—Ya lo he hecho. Papá cree que con eso tendré ventaja sobre el resto de los alumnos.

—Pues está en lo cierto —le aseguró Megan, acariciándole el pelo.

—Pero detesto que venga Joyce —confesó el chico—. ¿Le podrás pedir a papá que no venga más?

—Andy, yo no soy quién para decirle a tu padre lo que debe hacer: eso sólo le incumbe a él. Ya sé que te fastidian enormemente las clases con Joyce, pero piensa que Kane lo hace por tu bien.

—Eso es lo que dice siempre papá...

—Por qué no vas colocando las piezas del ajedrez y mientras tanto termino de secar los platos. En cuanto termine, os llevaré un trozo de tarta de manzana que he hecho hoy para los dos.

—De acuerdo —repuso él, sonriendo de nuevo y dirigiéndose hacia a su habitación.

Tan pronto como Andy estuvo metido en la cama, Kane se fue a la puerta principal para salir a su taller y pasar allí un par de horas. Por lo menos, hasta que Megan se fuese a su cuarto.

Su intención era evitarla, pero aun así no conseguía olvidarse de su atractivo. Al contrario, era más consciente todavía de su presencia, como en ese momento, caminando tras él, y embriagándolo con su suave pero persistente perfume floral.

Kane tenía que hacer verdaderos esfuerzos para no hacer una tontería, como tocar su cuerpo o besarla en los labios intempestivamente.

Distraído por sus pensamientos, tomó su cazadora vaquera del perchero del vestíbulo y abrió la puerta.

De pronto, la voz de Megan lo hizo detenerse.

—¿Kane?

—¿Sí?

—¿Puedo hablar contigo, por favor? —sugirió la escritora con una voz ligeramente trémula.

El hombre temía tener que hablar de nuevo de sus suegros, pero sabía que algo en contra suya la preocupaba a la invitada. Ella se había pasado toda la cena mirándolo de reojo.

—Si se trata de los Linden...

—No es eso —replicó Megan, interrumpiéndolo.

Con las manos en las caderas, Kane le dijo:

—Entonces, ¿qué ocurre?

—¿Podríamos ir al porche un momento?

El elevó una ceja de modo interrogante.

—Hay algo que quiero preguntarte —repuso Megan, mirándolo con sus ojos aterciopelados—. Es algo muy personal.

Sin duda, se trataba de algo que ella no quería que oyese Andy.

—De acuerdo, pero ponte esta chaqueta. Hace frío fuera de casa.

Megan se puso la cazadora rellena de piel de borrego y se la cerró con una cremallera. Kane sabía que luego la prenda conservaría su aroma a flores. De ese modo, cada vez que se la pusiese recordaría a aquella mujer tan atractiva.

El hombre encendió la luz del porche y Megan se sentó en el balancín que él mismo había construido como regalo de boda para Cathy. El columpio empezó a chirriar con el peso de la escritora y, sobre todo, por falta de uso.

En vez de sentarse al lado de Megan, Kane se quedó de pie sin querer bajar la guardia.

—¿Hay algún problema?

—Me he enterado de un chisme sobre ti —repuso ella, en un susurro.

El padre de Andy se puso tenso, pero al cabo de unos segundos se relajó nuevamente.

—A ver si lo adivino. Dicen por ahí que soy un mal padre y que no me ocupo de mi hijo. O que soy un hombre solitario y extraño. O mejor todavía, que no tengo un duro.

—Más bien... que has matado a tu esposa —dijo Megan, mirándolo con calma e intentando dominar sus nervios.

Kane se quedó hundido. Estaba dispuesto a rechazar todo tipo de calumnia, pero ésa, precisamente ésa, era la única de la que no podía retractarse.

—Es cierto, no se trata de ningún chisme —aceptó él, con la voz ronca.

De pronto, Megan sintió miedo e inmediatamente después se indignó, diciendo:

—Me gustaría que no me tomases el pelo.

Kane se dio cuenta de que ella creía que era mentira. Por eso lanzó una carcajada absurda y amarga.

—No sabes nada de mí, Megan. Sólo lo que te ha contado Andy. Y lo que desconoces no te va a gustar. Lo único que puedo decirte, como con el tema de los Linden, es que te ocupes de tus propios asuntos.

—No —exclamó ella—. Lo que quiero saber es por qué la gente dice esas cosas horribles de ti.

Él la miró a los ojos y guardó silencio. A continuación, dijo:

—Quizá tengan un poco de razón...

—Pues no lo creo —repuso con determinación la escritora, hasta el punto de que Kane la tomó en serio.

Lleno de ira, el hombre replicó:

—Pues entonces eres tonta.

Ella sonrió desafiante.

—Los tontos son ellos si piensan que tú eres capaz de hacerle daño a alguien.

Kane se quedó con el semblante sombrío. La verdad era que él había herido a Cathy, si no físicamente, sí emocionalmente.

Y además, tenía miedo de hacer daño de nuevo a otra mujer, como Megan sin ir más lejos.

—Pues, créetelo —repuso lacónicamente el hombre, dando media vuelta para marcharse.

Pero, de pronto, Megan empezó a darle golpes con los puños en la espalda, diciendo:

—¡Maldita sea, deja de esconderte! A ellos les puedes hacer creer lo que quieras, pero a mí, no. Fuese lo que fuese lo que le pasó a Cathy, tú no eres responsable de ello. Ella se ahogó, me lo dijiste tú mismo, Kane.

—Pero fue por mi culpa —insistió él, con rabia.

—¿Acaso la hundiste en el lago? —le interrogó Megan.

—No, pero podría haberlo hecho —contestó Kane, de inmediato.

Retirándose el cabello del rostro, el hombre dio media vuelta. Ella no se merecía sus expresiones de furia ni sus gritos. Al revés, tenía que estar contento de que alguien lo escuchara, dando crédito a sus palabras.

De pronto, casi sin darse cuenta, se encontró volcando su alma delante de Megan. Le contó su versión de los hechos dando rienda suelta a su amargura, su sentimiento de culpa y el resentimiento que lo había carcomido hasta entonces.

—Conocí a Cathy cuando yo tenía veintitrés años y ella veinte —empezó a contar Kane, sin querer mirar a su interlocutora—. Yo le gustaba a Cathy, y sin saber que sus padres esperaban algo mejor para su hija única, acabé enamorándome de ella. Era joven, guapa y divertida. Y yo había disfrutado tan poco de la vida, madurando tan deprisa. Empezamos a salir juntos y al cabo de seis meses se quedó embarazada.

—Cosa que a los Linden no les debió de hacer ninguna gracia —comentó Megan desde el balancín.

Él esbozó una sonrisa llena de dolor.

—Por supuesto que no. Además, Cathy estaba aterrada por miedo a la reacción de sus padres. Se planteó la posibilidad de abortar, pero yo no quería perder a mi hijo, y le propuse que nos casáramos. Yo la amaba y quería ser su marido para cuidar de ella y del niño. Nuestro matrimonio fue perfecto durante seis meses. Luego, Cathy se cansó de jugar a ser una simple ama de casa y quiso algo más que una modesta casa, un camión, y un sueldo al que ceñirse. Se encaprichó de las cosas tan lujosas que le habían ofrecido sus padres, y que yo no podía proporcionarle con mi empleo del aserradero.

Kane miró al cielo y se quedó observando la luna por un tiempo. A continuación, siguió desahogándose con Megan:

—Cuando nació Andrew, el padre de mi esposa, que es el director del Banco Linden del pueblo, me prometió el puesto de subdirector comercial.

Tendría un buen salario, unas tres veces más grande que mi sueldo anual. Cathy le había rogado que me lo ofreciera.

Kane no pudo evitar emplear un tono despectivo.

—Era una oferta a tener en cuenta...

—Pero no pude aceptarla —repuso él, apretando la mandíbula—. No quería el trabajo.

—Tu orgullo te lo impidió —dijo Megan, comprensivamente.

—Sí. Además, era algo humillante para mí. No me gustaba llevar traje y corbata, y no tenía ninguna experiencia comercial, propia de un ejecutivo bancario.

—Pero podías haberla adquirido con la práctica —le sugirió ella.

—Eso es lo que decía Cathy, hasta que le dejé bien claro que no tenía la intención de aceptar el brillante puesto en el banco, para ser un triunfador como su padre. Era perfectamente capaz de mantener a mi familia trabajando en el aserradero.

Ésas eran exactamente las últimas palabras que le había dirigido a su esposa el día fatídico.

—Pero sin proporcionarle el lujo al que ella estaba acostumbrada —añadió Megan.

—Tampoco éramos pobres. Podíamos salir adelante sin la ayuda de los Linden.

—Y Cathy se lo tomó a mal.

—Se tomó a mal que no quisiera ser algo más que un trabajador, y le dio tanta vergüenza que no se lo explicó a sus padres. Ellos pensaron que yo era un inconsciente que no se había tomado en serio la oferta del banco. No se dieron cuenta de que estaban destruyendo nuestro matrimonio. Después de esto, nada fue igual en nuestras vidas. Ella empezó a detestar mi casa, se avergonzaba de estar casada conmigo y no lo ocultaba. Sus padres me culparon por no aceptar el trabajo, por causarle una depresión, y finalmente por su muerte.

—Pero eso es ridículo —exclamó Megan.

Kane no estaba tan seguro: había descartado una propuesta que podía haberla hecho feliz.

—Pidió el divorcio a los dos años de nacer Andy, pero yo no se lo concedí. No quería perder a mi hijo. Al final de aquella misma semana, la

encontraron muerta en el lago que linda con mi propiedad. Se había ahogado.

—¿Tú crees que se suicidó? —preguntó ella, estupefacta.

—No se sabe. No tengo la más remota idea de lo que estaba haciendo junto al lago, porque no sabía nadar. Puede que resbalara y se cayera al agua. O que se tirara a propósito. O que alguien la empujara... alguien como yo.

—¡Basta! —le cortó Megan, al instante.

Pero él no podía parar. Ella le había preguntado por los detalles, y él se los estaba dando. Quizá, de esa manera, guardaría las distancias con él.

—De algún modo tuve que ver con su muerte, directa o indirectamente —repuso Kane.

—Y también pudo ser un accidente —dijo Megan con énfasis.

—Sí, pero para los que conocían a Cathy, es más fácil pensar que, cómo yo era el culpable de su desgracia por estar casado con ella, la maté.

—Eso es absurdo.

—Puede que no. No se sabe lo que hacía Cathy un día lluvioso como aquél, en el lago.

Y nunca se sabría: él tan sólo debía limitarse a sufrir los comentarios acusatorios a sus espaldas.

Megan se levantó del balancín y se acercó hacia Kane, que trató por todos los medios de no rehuir su presencia. La luz del porche le daba a la escritora un aspecto aún más etéreo y receptivo. Pero, maldita sea, ella era tan tierna y comprensiva, comparada con Cathy...

—Pero, Megan, ¿es que no lo comprendes? —exclamó Kane, levantando la voz amenazadoramente, para que dejara de compadecerlo—. Pude haber matado a mi mujer, perfectamente.

La escritora se puso frente a él y le acarició la mejilla.

—Deja de culparte por algo de lo que no eres responsable.

El tacto de aquella mano era suave como un bálsamo para su corazón destrozado. A pesar de sentir una enorme necesidad de su calor, apartó la mano de Megan y ambos se miraron a los ojos. Ella era todo deseo y estuvo a punto de derribar los muros que había construido Kane para recluirse en solitario.

Maldita sea, ella había ido más lejos que cualquier mujer, recordándole que era un hombre de carne y hueso, necesitado de ternura y afecto.

—Kane —susurró Megan confundiendo su respiración con la de él.

—No —repuso él, intentando orgullosamente no dejarse ablandar por su calor angelical—. Podría hacerte daño.

—Pero si eres incapaz de matar una mosca.

¿Acaso Megan carecía de sentido común? Él estaba tratando de protegerla evitándole cualquier mal de amor y ella insistía en redimirlo.

—Podría destruirte, como lo hice con mi esposa. Además, mi reputación en el pueblo no puede ser peor.

Ella sonrió burlonamente, y se acercó aún más, metiendo la mano dentro de la cazadora de Kane para acariciarle el pecho.

Kane apenas pudo retener un murmullo de placer: ¿qué estaba haciéndole aquella mujer? Estaba a punto de perder el control.

—Megan, no pierdas el tiempo ocupándote de mí —siguió diciendo el hombre.

Pero ella hizo oídos sordos a su advertencia.

—Si estás intentando asustarme, no pierdas el tiempo. Es demasiado tarde: me importas y quiero tratarte como te mereces.

Y poniéndose de puntillas, acercó sus labios sensuales a la boca de Kane.

Fue el beso más tierno, sincero y honesto que había recibido Kane en toda su vida. A Megan no le importaba lo que decía la gente. Al contrario, sin pensarlo dos veces, juntó todavía más su cuerpo al del hombre y le rodeó el cuello con sus manos, acariciándole el cabello arrebatadamente.

Una ola de calor incendió sus venas, y tomándola por las caderas la acercó hacia él, diciendo:

—Megan...

—Deja de luchar contra lo que sentimos el uno por el otro —susurró la escritora, mirándolo a los ojos ardientemente, y recibiendo la respuesta apasionada de Kane.

Ella le estaba diciendo claramente que creía en él. Lleno de anhelo e inundado de ternura, la besó en los labios cálidamente.

Megan recibió la lengua de Kane como si de una caricia se tratase. Tenía sabor a canela y a manzanas y era tan seductora que su cabeza comenzó a dar vueltas.

El beso fue apetitoso, sexy y tan profundo, que los dejó a ambos sin respiración. Mirándola dulcemente, Kane estuvo a punto de llevársela a su cama, para culminar el acto de pasión. Pero al cabo de unos segundos, recuperando el control, la soltó y empezó a alejarse, para no dejarse llevar por la tentación de amarla ardientemente.

—¿Kane? —repuso Megan.

La incertidumbre de aquella voz lo dejó helado. Se paró y giró para mirarla. La confianza que había mostrado hacía unos instantes se había convertido en auténtica vulnerabilidad. De ese modo, Kane fue consciente de la necesidad que tenía Megan de ser amada... por él. Estaba preparado para hacerlo con su cuerpo. Pero, ¿y expresando claramente sus sentimientos? Tuvo miedo de exponerse a un nuevo desastre emocional. Tan sólo era capaz de querer a Andy plenamente.

Pero, por otra parte, tampoco quería hacerle daño a Megan.

—Te mentiría si te dijese que no te deseo, pero prefiero marcharme antes de que cometamos un error. Sin duda, serás capaz de distinguir lo que es perjudicial para ti.

Y levantando la barbilla desafiantemente, ella replicó:

—Sé perfectamente lo que es bueno para mí.

—Pues, está claro que no se trata de mí —murmuró Kane con una sonrisa amarga.

El padre de Andy estaba mirándose en el espejo del cuarto de baño. Tenía muy mal aspecto, y era evidente que era por culpa de Megan.

Kane se había pasado la noche dando vueltas, sin poder conciliar el sueño, de tanto como había deseado a la escritora. No recordaba haberse excitado tanto soñando con una mujer. El deseo había ido más allá del sexo en estado puro. Le había hecho vibrar una cuerda mucho más sensible y esencial, que apenas se atrevía a asumir. Se trataba de algo mucho más profundo y frágil, de lo que una buena ducha fría podía eliminar. Estaba claro que hasta que no se fuese Megan de Linden, ese sentimiento ardiente iba a estar presente en él.

Kane se preguntaba si podría sobrevivir los días restantes.

Maldiciendo, el hombre se puso unos vaqueros y la camisa para ir al trabajo. Decidido a dominar sus hormonas masculinas, se peinó el pelo hacia atrás con los dedos de la mano y salió del cuarto de baño. Notó un delicioso aroma a café recién hecho y se fue a comprobar que Andy se había levantado y estaba listo para el desayuno.

Entró en la cocina y se dirigió directamente hacia la cafetera. Megan estaba de espaldas apuntando cosas en una lista, y no se dio cuenta de la presencia de Kane. Cuando fue a abrir el frigorífico, por fin lo vio. Él tomó una taza y fue consciente de que la escritora lo estaba ignorando. Le fastidió que esa indiferencia lo afectara tanto.

—Te has levantado muy temprano esta mañana —dijo Kane, brevemente.

Ella sonrió con frialdad.

—No he podido dormir bien esta noche —repuso Megan comprobando lo que había en la nevera y apuntando algo en su lista.

Por lo menos no era el único que no había pegado ojo. A continuación, se sirvió el café que estaba muy cargado. Bebió un sorbo y siguió observando a la escritora evolucionar por la cocina.

Megan estaba abriendo los cajones y mirando los armarios. Al elevarse para buscar algo, se le levantó la camisola de dormir que llevaba puesta, hasta por encima de la rodilla. Las esbeltas piernas se quedaron al descubierto hasta por los muslos. A Kane le apeteció mucho tocar la piel tersa y suave de la escritora y los pechos coronados por dos puntitas, que se dejaban entrever a través del camión. Él hombre notó cómo su cuerpo respondía a esa excitación visual a la altura del abdomen, bajo sus pantalones vaqueros.

Pero, intentando dominar los efectos de la testosterona, se puso a preparar unos cereales con leche.

—Vas a tener que prescindir de los cereales. Se ha terminado la leche. Tengo que ir a hacer la compra esta mañana.

—No, déjalo, iré yo —rechazó Kane.

—No me importa —repuso ella levantando la mirada del papel que había escrito.

—A mí, tampoco —replicó el hombre, consciente de ser maleducado pero sin poder evitar sus palabras.

Megan frunció sus labios y sus ojos azules lanzaron chispas

—De acuerdo, ya que vas a ir tú, a ver si puedes traer estas cosas —le dijo ella, entregándole la lista que había elaborado.

—¿Pero, para qué son todas estas cosas?

—Bueno son algunas cosas que están a punto de acabarse y un par de condimentos que necesito.

—¡Un par significa únicamente dos ingredientes, y en este papel hay por lo menos quince!

—¿Hay algún problema? —preguntó Megan.

—Por supuesto. ¿Qué vas a hacer con todo esto?

—Quiero preparar galletas de chocolate para Andy.

—¿Acaso las que venden hechas no sirven? —quiso saber Kane.

—No. Y ya que es tan complicado para ti, iré yo a la compra —dijo ella, maldiciendo en voz baja.

El padre de Andy sintió alivio y furia al mismo tiempo, pero antes de pararse a analizar sus sentimientos, su hijo apareció por la cocina. El chico tenía cierta mirada de reproche hacia su padre.

—No queda leche para los cereales —expuso su padre, antes de que Andrew preguntara qué era lo que ocurría—. Te puedo hacer otra cosa para desayunar.

—De acuerdo —accedió el chico.

Sentándose en su sitio, Andy sacó de su mochila un papel rojo y lo puso a la vista de su padre.

—¿De qué se trata?

—Es una invitación para una jornada abierta que va a tener lugar en el colegio el mes que viene —expuso el niño, sin mostrar demasiado entusiasmo—. La señorita Graham necesita saber si vas a venir.

—Por supuesto que iré. No me he perdido ninguna jor—nada abierta del colegio.

—Es verdad

Kane se quedó pensando qué es lo que rondaría por la cabeza de su hijo.

—No pareces estar muy animado con la idea.

Finalmente, Andy añadió:

—Es que quiero que venga Megan también. Ahora sí que comprendía el semblante del chico. Andrew le había pillado haciéndole señas a la escritora cuando la invitó a aquella jornada especial del mes siguiente. Ahora lo sentía, entre otras cosas porque también había sido impertinente con ella. Pero había sido necesario. Una estancia de una semana en la casa era algo normal, pero tenerla cerca para el resto de sus vidas era otra cosa muy distinta. Sobre todo después de la discusión de aquella mañana.

Mientras el padre le preparaba el desayuno a su hijo, éste siguió hablando.

—Megan me ha dicho que primero tenía que ver los planes que tenía en su casa... Tú no quieres que venga, ¿verdad papá?

Kane se sirvió otra taza de café. —Andy, ella tiene su vida hecha en Seattle. «Y nosotros tenemos la nuestra en Linden, sin ella. Me gustaría que la situación no se alterara, con tal de conservar el juicio», pensó el hombre.

—No quiero que te pongas triste si no se queda aquí —siguió diciendo Kane.

—Pero ella es una amiga muy especial. —Ya sé que le tienes mucho cariño. —La quiero —sentenció Andy—. ¿Y tú, papá, la quieres a ella?

Kane bebió un sorbo de café y se quedó reflexionando sobre las palabras de su hijo. Quizá no era consciente de la profundidad de sus palabras, pero él sí notó cómo una serie de emociones confusas aunque vitales salieron a relucir dentro de su alma.

Sentía la necesidad de cuidarla, e incluso la deseaba con ansia... pero, afortunadamente, aquello no tenía nada que ver con el amor.

—No, hijo —respondió claramente el padre.

—¿Por qué, no? Es simpática, guapa y, además, cocina muy bien.

Kane sonrió pensando: como si no lo hubiera notado.

—Andy, Megan es agradable y guapa, pero eso no es lo mismo que el amor.

—No la conoces tan bien como yo —repuso el chico, elevando los hombros.

El hombre la conocía lo suficiente como para saber que, si él mismo se dejaba llevar, acabaría enamorándose perdidamente de ella. Pero tenía miedo del amor. Eso re—quería una entrega total compartiendo todo tipo

de secretos. Sin embargo, con la experiencia que él tenía, eso suponía correr un gran riesgo.

Notando cómo le embargaba la amargura, Kane vació el resto del café en el fregadero y tomó las llaves de su camión de la mesa. Antes de salir, sabía que le tenía que decir algo al niño, pero como lo que pensaba no le iba a gustar, prefirió despedirse sin más.

—Que tengas un buen día en el colegio y dile a la señorita Graham que asistiré a la jornada de puertas abiertas.

Atravesó el cuarto de estar y se marchó por la puerta principal, justo cuando Megan salía del cuarto de baño.

Capítulo 5

PAPÁ y tú estáis enfadados? —preguntó Andy. Megan miró al chico de reojo, sacando una bandeja de galletas de chocolate del horno. En efecto, las disensiones habían comenzado en el porche, la noche anterior. Ella se quitó el guante, lo metió en un cajón y apagó el horno.

—Tu padre y yo tenemos opiniones distintas.

—¿Respecto a qué? —quiso saber el niño, levantando una galleta de la bandeja.

—Respecto a lo que significa un beso, y la sensación de intimidad que tienen dos personas que se sienten a gusto juntas. Cosas de mayores, no te preocupes por eso —contestó Megan, alegremente.

—Pero papá apenas te dirige la palabra desde anoche.

—Me imagino que tiene otras cosas en que pensar —repuso la escritora—. Por ejemplo cómo evitarme el resto de la semana.

Ella no se arrepentía de lo que había hecho en el porche, si eso servía de alguna manera para convencer a Kane de que no era el monstruo que todos detestaban en el pueblo. Estaba claro que no había matado a su esposa, del mismo modo que quería y cuidaba a su hijo con locura. A sus ojos era tan evidente, que no comprendía cómo él podía dudarlo.

Pero la táctica de Megan había fracasado. Ella, con su beso, había jugado al descubierto, mientras que él se había retirado a tiempo. Kane le había advertido que se mantuviera a distancia, pero ella se había sincerado diciéndole que era imposible ignorar lo que sentía por él. Era más, con el paso del tiempo, esa sensación de fragilidad tan intensa iba en aumento, a pesar de los intentos de Kane por ignorarla. La discusión de aquella mañana era un claro ejemplo de su tozudez.

Andy estaba poniendo algunas galletas en un plato pequeño.

—Podrías llevarle estas galletas y hablar un rato con él —sugirió el chico, chupando el chocolate que le quedaba por los dedos.

—Más vale dejarlo solo —repuso la escritora, agitando la cabeza.

—Por favor, Megan. Papá adora las galletas de chocolate hechas en casa. Si le llevas este plato, puede que deje de estar de mal humor.

Ella sonrió, valorando la creatividad de Andy para re—conciliarla con su padre.

—Dudo mucho que eso le haga cambiar de actitud —arguyó la invitada, mientras se disponía a limpiar la mesa de la cocina.

Andrew la tomó por el brazo y esperó a que ella lo mirara a los ojos, diciendo:

—Por favor, Megan. Quiero que le gustes a papá tanto como a mí.

La escritora le acarició la mejilla pensando que era imposible forzar a alguien a querer a otro ser humano. Los sentimientos, o se tenían, o no. A juzgar por el beso de por la noche, existía cierta chispa entre los dos adultos. Pero el sexo y los sentimientos eran dos cosas distintas.

Sin embargo, la mirada ansiosa de Andrew le había impedido rechazar su petición; ¡cómo le iba a echar de menos cuando volviera a Seattle!

Sabiendo que mantener esa tensión durante el resto de la semana iba a ser algo insoportable, decidió hacer caso al chico.

—De acuerdo, cariño. Lo voy a intentar. Andy se lanzó contra la cintura de su amiga, para abrazarla.

—Gracias, Megan.

—Esperemos que tu padre esté comunicativo. Mientras yo voy al taller, ¿por qué no vas regando las gardenias y los pensamientos que planté ayer?

—Estupendo —contestó sonriendo el niño.

La escritora tomó las galletas y salió por la puerta trasera, preguntándose si aquellos dulces podrían domesticar a una fiera salvaje como Kane.

El ruido potente de una sierra eléctrica estaba sonando en el cobertizo. Aquello estuvo a punto de hacer dar media vuelta a Megan, que dudó si el hombre cambiaría de idea, después de haber dejado bien claro que prefería evitarla el resto de la semana.

Miró cómo Andy la observaba con el rabillo del ojo mientras regaba. De pronto, el chico la animó con un gesto y ella supo que ya no podía dar marcha atrás.

Despejándose el pelo con la mano, respiró profundamente para calmar los nervios y se metió en el taller, que estaba fresco. Se quedó fascinada

observando a Kane. El hombre, que no la había oído llegar, estaba tan a gusto, como pez en el agua.

Había tomado una cinta métrica de su mesa y estaba midiendo una tabla de pino que acababa de cortar. Hizo unas marcas con un lápiz, y poniéndose las gafas protectoras de plástico, se puso a cortar los bordes que sobran. El aroma a madera impregnó el ambiente, mezclándose con otros olores fuertes y seductores. Una nube de serrín se posó sobre los hombros y la espalda de Kane.

Cómo estaba ligeramente encorvado, sus pantalones desgastados ponían en evidencia sus muslos firmes y su trasero. El hombre tenía un cuerpo magnífico, increíblemente potente y esbelto. Megan notó cómo se le aceleraba el pulso al verlo tan sexy.

Cuando Kane apagó la sierra y la depositó sobre la mesa, ella se decidió a saludarlo.

—Hola. ¿Qué estás haciendo? Las manos hábiles que estaban palpando las partes más ásperas se sobresaltaron. Sin embargo, él no se volvió para mirarla.

—El cabecero de una cama —respondió, parcamente.

A la escritora la molestó su tono desganado. Decidida a no perder más tiempo, y a derribar las barreras que Kane erigía en cuanto la veía, se puso frente a él y le dijo:

—¿Es para ti?

—No. Es para el cumpleaños de mi hermana, que es en julio —comentó Kane, quitándose las gafas transparentes.

—Se llama Diane, ¿no?

—Sí —siguió diciendo él, sin mirarla.

—¿Estáis muy unidos?

—Lo normal —repuso bruscamente, tomando una hoja de papel de lija.

No parecía estar muy conversador, pensó Megan. Sacarle algo de información era tan difícil como obligar a una tortuga a asomar la cabeza.

—¿Y ve muy a menudo a Andy? —insistió ella.

El padre del chico empezó a lijar la plancha, concentrándose en su trabajo. Se quedó callado durante unos segundos. Megan pensó que, o no

la había oído, o no iba a contestar jamás. Pero, finalmente, contestó comprendiendo que ella no iba a darse por vencida fácilmente.

—No lo ha visto desde que murió Cathy, pero suele llamar a menudo.

La escritora se puso contenta de que Andy tuviera por lo menos una tía con la que se llevase bien.

Él continuó trabajando, ajeno a su compañía. Decepcionada, Megan suspiró sin perder del todo la esperanza. Miró con curiosidad la pieza de pino que lo tenía ocupado. El diseño de la pieza estaba hecho con un gusto exquisito. Acordándose de que Andy le había dicho que la mayoría de sus juguetes y los muebles de la casa los había construido él, se le ocurrió decirle:

—¿Has pensado alguna vez en vender los muebles que haces?

El cuerpo de Kane se tensó.

—No.

—Pues deberías pensarlo con calma. Por cierto, te traigo unas galletas...

El paró de lijar la madera, y la miró finalmente, con cierta expresión de burla.

—Me imagino que habrá sido una idea de Andy.

—Sí —admitió Megan, asombrada por la intensa mirada de Kane.

Estaba claro que, emocionalmente, el hombre mantenía las distancias perfectamente. Pero no podía evitar sentir una fuerte atracción física por ella.

—Pero quería hablar contigo de todas maneras —siguió diciendo Megan.

Kane tomó una galleta y le dio un mordisco.

—Hablar puede resultar muy problemático. Acuérdate de cómo terminamos ayer por la noche...

Ella se sonrojó ligeramente, dándose cuenta de que su acompañante le estaba mirando la boca, lleno de deseo.

—¿Eso es todo lo que piensas de nuestro beso?, ¿que fue un problema?

—No, creo que fue un error.

«¡Mentiroso!» pensó Megan, recordando la necesidad de calor humano que había adivinado en el padre de Andrew.

Leyéndole el pensamiento, el hombre replicó:

—Si fueses inteligente, te olvidarías de ese beso.

Me resulta imposible teniendo en cuenta que me llegó directamente al corazón, pensó Megan. Pero concentrándose de nuevo en su propósito, ella le dijo:

—¿Piensas evitarme hasta el día que me vaya?

—Esa es mi intención —repuso Kane, tomando otra galleta del plato.

La escritora no sabía si enfadarse o reír por aquel empeño en guardar las distancias.

—¿Qué ocurriría si insisto y no te hago caso? —replicó ella.

—¿Acaso tienes alguna opción?

—¿Y tú?

Ambos estaban muy cerca. Megan podía oler perfectamente el aroma a hombre y a madera que caldeaba el ambiente. Los verdes ojos de Kane expresaban una pasión sin límites. Sabiendo de sobra lo rápido que podía encenderse de nuevo la chispa entre los dos, el corazón de Megan se aceleró desordenadamente.

—Kane, ¿no crees que deberíamos ser civilizados hasta el día que me marche? Andrew está preocupado porque apenas me hablas.

La mirada circunspecta del hombre hizo que ella deseara calmar su alma atormentada.

—Sé que te molesta que te hable de esto pero... —siguió diciendo la escritora.

—Megan, no sabes nada de mí —la interrumpió Kane, dejando una de las herramientas sobre la mesa.

Sin embargo, ella no lo iba a dejar marchar de esa manera y cuando hizo un ademán de marcharse, lo retuvo por el antebrazo. El le lanzó una mirada de hielo pero ella no se desanimó.

—Te conozco lo suficiente para saber que eres un hombre especial.

—Sí, tan especial como para tener una hilera de mujeres disputándose una de mis citas en la entrada —replicó Kane, amargamente.

—Puede que así fuera si derribases tus defensas y dejases de ser un tipo duro. Puedes seguir haciéndolo, pero a mí no me engañas.

Kane dejó caer un martillo en una caja de metal y dijo:

—No te hagas ilusiones, Megan. Lo que ves es lo que hay.

—No, lo que veo es un hombre herido y traicionado. Conozco ese sentimiento de sobra.

—¿En serio? —repuso Kane con una risa burlona.

—Pues, sí.

El hombre cambió de semblante con una expresión atormentada. Se empeñaba en levantar murallas que lo protegieran contra todo tipo de emociones profundas. Pero Megan estaba dispuesta a derribarlas costara lo que costara. Lo que había comenzado como una petición de Andy, se había convertido en una cuestión personal.

—¿Has tenido alguna vez la sensación de estar plena—mente en lo cierto y de conocer a alguien mejor que a ti mismo? —arguyó Megan.

—No —contestó él, tensando la mandíbula. —Bueno, pues eso es lo que siento por ti. —¿Qué es lo que quieres de mí, Megan? —repuso Kane, cuando ella lo desarmó. —No lo sé.

Lo cierto era que la escritora estaba tremendamente asustada. Nunca había percibido unos sentimientos tan profundos hacia un hombre.

La mirada de Kane se tornó taciturna, y Megan, ligeramente asustada, retrocedió hasta la pared del cobertizo. No tenía ni idea de cuáles eran sus intenciones.

Kane apoyó un brazo contra las tablas de la pared, apresándola con la proximidad de su cuerpo.

—Yo sé muy bien lo que quiero de ti —dijo él con voz ronca.

El corazón de la escritora comenzó a latir violentamente, cuando descubrió cierto brillo en los ojos de su acompañante.

—¿El qué?

Kane pasó su pulgar por el cuello de Megan hasta detenerse, presionándole el pulso.

—Quiero que terminemos lo que dejamos sin acabar anoche.

¡Maldita sea! Kane estaba intentando asustarla, pero ella no se lo iba a permitir y levantando la barbilla le espetó desafiantemente:

—Pues, hazlo.

El hombre se quedó sorprendido y, acto seguido, su expresión se tornó salvaje y temeraria. Lentamente, tomó con sus grandes manos el rostro de Megan y presionó sus muslos contra los de ella. La besó en la boca de un modo cada vez más penetrante y sensual. Ella empezó a acariciar el ancho torso masculino mientras que Kane se atrevió a hacer avanzar una de sus piernas deliberadamente. Megan lo dejó hacer, dándole una bienvenida llena de excitación. Ambos se unieron en un beso interminable que los moldeó como si fueran un todo.

—Pero, Megan —exclamó el hombre—, ¿qué es lo que estás haciendo conmigo? Te deseo tanto, que a veces siento incluso dolor por ti.

Los labios de Kane se deslizaron por el cuello nuevamente, seguidos por la sensual evolución de la lengua.

Tomando sus abundantes cabellos con los dedos de la mano, Megan hundió su rostro en el cuello del hombre y, a continuación, lo miró a los ojos. Por una vez, sus defensas se habían desmoronado, permitiendo que el temor diera paso a sentimientos bellos y profundos.

—Pues es lo mismo que yo siento —repuso ella, al cabo de unos instantes.

—No quiero que me ocurra esto —dijo el hombre posando sobre Megan unos dedos temblorosos, que ella besó llena de ternura. El corazón sensible y necesitado de Kane se estaba dejando conocer poco a poco.

—Tampoco quiero que te ocurra a ti —siguió diciendo Kane.

—Pero yo lo deseo, más que nada en el mundo —repuso ella, besándole las puntas de los dedos con dulzura.

—No. No creo que lo nuestro funcione —dijo Kane con voz profunda y desgarrada.

Megan pudo comprobar cómo se debatía entre el deseo y el temor a una nueva relación y quiso abrirle su corazón de par en par.

—Quizá te equivoques.

—Lo más seguro es que acabe haciéndote daño —respondió él, sacudiendo la cabeza desesperadamente.

Ella se mordió el labio inferior distraendo y excitando a la vez a su acompañante.

—Megan...

—No hables, Kane, y bésame.

El la miró a los ojos, yendo en contra de sí mismo, y la besó deleitándose con el labio inferior.

—Bésame otra vez... —susurró la escritora de nuevo. Dejándose llevar, Kane disfrutó junto a Megan del largo beso. Ella se planteó que quizá con el tiempo los dos pudieran construir una relación duradera y dolida. Lo único que hacía falta era que Kane dejara de tenerle miedo a los sentimientos.

El hombre dirigió sus dedos hacia los botones de la blusa de Megan, y comenzó a desabrocharlos lentamente. Los pechos turgentes notaron un poco de aire fresco y, en seguida, los pezones se irguieron contra la tela del sujetador de encaje. Ella estaba tan excitada que se mordió nuevamente el labio para no gritar de placer.

Pero, de pronto, fue consciente de que no era muy aconsejable actuar como lo estaban haciendo. Andrew estaba en el jardín...

—Megan, ¿qué voy a hacer contigo? —dijo Kane apasionadamente, entre beso y beso.

Ella pudo oír cómo se acercaban unos pasos, volviendo a la realidad.

—Kane, para, por favor... —le rogó Megan.

—Esta noche te espero en mi habitación. La escritora intentó deshacerse de los brazos del hombre, pero aquello no hacía más que excitar aún más a Kane.

—Por favor, Kane. Para...

—¡Oh, cielo santo!

La voz de una desconocida consiguió lo que Megan había intentado sin éxito.

La escritora sacudió la cabeza y el pánico se apresó de ella. El deseo ya se había eclipsado de la mente de Kane y se debatía entre la aprehensión y el horror. Con una delicadeza que estuvo a punto de partirle el corazón a Megan, el hombre la cubrió cerrándole la blusa decentemente. Estaba más preocupado por la reputación de la escritora que por la suya.

Se volvió y recuperando el control de la situación, intentó averiguar de quién se trataba.

Abrochándose la blusa a toda velocidad, Megan intentó ver quién era aquella mujer de pelo cano y gruesas gafas. Era de baja estatura y más bien gorda. Llevaba un letrero de identificación en el delantero de la chaqueta... Se trataba de una asistente social.

—¿Qué puedo hacer por usted, señora Henderson —le preguntó Kane, con voz gélida.

—He venido a observar cómo se encuentra Andy, por—que hemos recibido una queja —repuso la rechoncha mujer, depositando su cartera en el suelo—. De hecho, ya veo con mis propios ojos que aquí está ocurriendo algo tremendamente perjudicial para él.

—¿Cómo se atreve? —replicó Kane—. Ésta es mi casa y en ella hago lo que quiero.

—¿Incluso tener relaciones sexuales con mujeres a plena luz del día, mientras su hijo está fuera del cobertizo?

—La envían los Linden, ¿no es así? —dedujo el padre de Andy, comprendiendo lo grave de la situación—. No sería la primera vez que recibo sus quejas.

—Y me da la impresión de que con suficientes motivos —dijo la asistente social.

Kane se puso a maldecir y a frotarse la barbilla con la mano y Megan se sintió extremadamente culpable. Si no hubiera sido por ella todo aquello no habría ocurrido. Sin sus intenciones, no habrían llegado tan lejos, hasta el punto de ser sorprendidos in fraganti. Ya era demasiado tarde. Tenía que pensar algo porque si no, el más perjudicado iba a ser Andy.

Kane estaba furioso con ella, pero sobre todo tenía miedo por su hijo.

—Señora Henderson, la culpa no es de Kane... —empezó a decir la escritora, deseando proteger a los dos seres que más quería en el mundo.

—Pues parecía ser parte activa del asunto, señora... —Sanders. Megan Sanders —respondió la amiga de Andy, viendo cómo la intrusa tomaba notas en un cuaderno—. Esto no es lo que parece.

—¿No me diga? Entonces quizá pueda explicarme qué es lo que estaban haciendo —replicó la asistente social, con tono despectivo.

—Yo...

—Megan, es mejor que nos dejes solos —sugirió Kane, apesadumbrado—. ¿Por qué no vamos a casa y allí hablamos con calma?

—Me parece bien —dijo la señora Henderson, tomando su cartera de nuevo, y saliendo del taller.

Megan fue consciente de que Kane estaba odiándola con toda seguridad. ¿Qué tipo de amonestación recibiría por haberla invitado a pasar una semana de vacaciones? Era tan injusto.

—Ves, Megan, como te decía que iban a chismorrear en el pueblo —le susurró Kane a su acompañante—. La señora Henderson está completamente influenciada por Patricia Linden y le ha dicho que tu visita es algo inconveniente para Andy.

—Oh, Kane. Lo siento mucho —dijo la escritora, dándose cuenta del daño irreparable que se había producido.

—Yo también —repuso Kane, amargamente y sin ánimo de culparla.

Megan lo vio caminar hacia adelante, con ganas de llorar. Pero no había tiempo para lamentarse, con aquella empleada de la Administración, dispuesta a cambiar el destino del chico.

El hombre se dirigió hacia su hijo y le dijo que tenía que tratar unos asuntos con la señora Henderson. Le pidió que se entretuviera fuera de la casa un rato.

Una vez en el cuarto de estar la asistente social se sentó, mirando con desaprobación hacia Megan. Cuando ella se iba a sentar, Kane le rogó que los excusara. Aunque iba a protestar, por sentirse en parte culpable de lo ocurrido, pudo comprobar que el hombre prefería estar solo con la asistente social.

—Voy a la cocina a preparar algo de beber —repuso la escritora, mirando comprensivamente a su anfitrión.

Megan puso limonada en tres vasos y un plato de galletas en una bandeja. Como tenía que esperar un rato para que tuvieran tiempo de hablar, se puso a pasear por el pasillo de la casa. Al pasar por la puerta del cuarto de estar, oyó lo que decía la enviada de la Administración.

—Kane, Andrew necesita un hogar estable y a ser posible con un padre y una madre, en vez de sólo un padre capaz de actuar de modo frívolo e impetuoso. No es bueno que usted esté viviendo con una mujer...

—Pero Megan no está viviendo aquí —repuso Kane, lleno de frustración.

—No obstante, los he pillado en una situación verdaderamente comprometida, que puede afectar al desarrollo mental del niño. Lo siento, Kane, pero voy a considerar seriamente la posibilidad de que los Linden se queden temporalmente con la custodia de Andrew. Por lo menos, hasta que evaluemos la situación con más calma.

—Pues pondré un recurso —gritó, enfadado, el hombre.

—No creo que sirva de mucho, después de la escena que he presenciado hoy —concluyó la asistente social.

Megan emitió un sollozo de desesperación, horrorizándose por lo que había hecho. Por sus mejillas corrieron las lágrimas, hasta que se puso a pensar frenéticamente qué podía hacer para remediar lo ocurrido. No se perdonaría nunca si el padre y el hijo iban a ser separados por culpa de un escándalo tan dañino para Andy como aquél.

De pronto, se le ocurrió la solución: era atrevida pero necesaria para salvar la reputación de Kane con el fin de retener a su hijo.

Sin pensárselo dos veces, Megan entró en el cuarto de estar con la bandeja de los refrescos. Esforzándose en ser hospitalaria, la puso sobre la mesa y se sentó muy cerca de Kane, que dio un respingo al notar su cuerpo.

—¿Le ha contado Kane la gran noticia? —dijo la escritora, con mucho énfasis.

—¿Qué noticia? —preguntó la señora de pelo cano.

—Megan, creo que no es el momento de hablar de eso —sostuvo Kane, indicándole con la mirada que no necesitaba su ayuda.

Pero ella no le hizo caso y siguió hablando mientras distribuía los vasos de limonada.

—Querido, deja de ser tan modesto. Tarde o temprano lo van a saber todos.

—¿A qué se refiere? —preguntó vehementemente la señora Henderson.

La escritora lanzó una rápida mirada a su anfitrión solicitando su confianza, antes de anunciar:

—Kane y yo hemos estado manteniendo una correspondencia durante un año y medio. Acaba de pedirme que me case con él y yo he aceptado.

La señora puso una cara de sorpresa impresionante, aunque su mirada brillaba con cierto escepticismo.

Megan miró a Kane que se quedó unos instantes sin decir nada, lleno de tensión.

—¿No es cierto, cariño? —insistió la escritora, dirigiéndose al padre de Andy.

El hombre trató de sonreír mientras que en ello se decidía si destapaba la mentira o sellaba la unión de ambos. El silencio duró una eternidad. Finalmente, comprendiendo que no tenía otra alternativa para conservar a su hijo en casa, Kane murmuró:

—Sí.

—Bueno. La verdad es que no sé qué decir —dijo la señora Henderson, dulcificando sustancialmente los rasgos de su cara.

Megan agarró del brazo a Kane, que estaba completamente rígido. Sabía que el hombre iba a estar enfadado con ella en cuanto la asistente social se fuera. Pero no le importaba: había impedido que separasen a Andy y a su padre.

Y sonriendo a su prometido con verdadera adoración, le dijo:

—¿Y las felicitaciones?

Capítulo 6

A KANE lo invadió una furia impotente. Le daba la impresión de que le iba a salir humo por las orejas, en cualquier momento. Necesitaba golpear el puño contra alguna superficie sólida para descargar toda su agresividad contenida.

Cuando la señora Henderson se marchó, cerró la puerta principal de golpe. Megan estaba viendo la escena por la ventana del cuarto de estar, cruzada de brazos.

—¿Qué diablos crees que has hecho?

—Es lo único que se me ha ocurrido para que no te separaran de Andy —expuso ella, con los ojos más azules que nunca, y sin una pizca de arrepentimiento.

—¡Maldita sea! Nunca te pedí que vinieras y nunca pensé que llegarías a meterte tanto en mi vida —dijo Kane, dirigiéndose amenazadoramente hacia ella. A pesar de su ira, Megan permanecía impasible con la barbilla alzada, lo que no pasó inadvertido al hombre.

Kane necesitaba respirar para recuperar el aliento. Sabía que ella había actuado con buena intención, pero... ¿casarse?

—¡Por Dios, Megan! ¿En qué estabas pensando?

—Pues no ha rellenado el impreso que había sacado de la cartera —repuso ella a la defensiva.

—Claro que no, pero ella cree que vamos a casarnos —dijo con enfado Kane, apuntando con el dedo hacia la puerta por la que había desaparecido la asistente social—. En un par de horas lo sabrá todo el pueblo. ¿Acaso te has parado a pensar lo que vamos a hacer ahora?

—Sí —contestó Megan.

—¿De verdad? —replicó sarcásticamente Kane—. ¿Se puede saber cómo vamos a arreglárnoslas para que no digan que somos unos mentirosos?

Dando un suspiro, la escritora contestó:

—Puede que te parezca una locura, pero podemos intentarlo.

—¿Intentar el qué? —Casarnos —aclaró Megan.

El corazón de Kane se puso a latir a toda prisa: la propia idea del matrimonio le hizo transpirar más de lo normal.

—No sólo es una idea ridícula sino demencial.

—Pues yo no estoy de acuerdo —dijo ella acercándose lentamente a su interlocutor y mirándolo fijamente.

Kane pensó que nunca había conocido a una mujer más desinteresada y generosa... Una mujer que antepusiera el bienestar de su hijo y el suyo al de ella. Ese sacrificio le pareció realmente ejemplar. Después de todo él se había portado como un necio rechazando ese cariño y ese apoyo tan maravillosos. Pero, por otra parte, iba a cometer un error si la dejaba quedarse para siempre con ellos, porque acabaría metiéndose constantemente en sus vidas. Megan querría conocer todos los secretos del hombre y encontrar sus puntos débiles, para herirlo y rechazarlo. Y Kane no quería que la escritora tuviera que mirarlo con resentimiento.

—... Megan, sé cuales son tus intenciones, pero creo que el matrimonio no es una buena solución —repuso finalmente el padre de Andrew.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? A Kane le divertía y le irritaba al mismo tiempo su insistencia.

—Pues porque no tengo intención de casarme, ni voy a hacerlo.

Pero Andrew sí necesitaba una madre y esa idea no hacía más que rondarle la cabeza.

—¿Qué le pasará a Andy si no nos casamos? preguntó Megan, retorciéndose ansiosamente las manos—. ¿Le darán la custodia temporal a los Linden?

«Es lo más probable», pensó Kane, arrebatado por la ira y la amargura.

Se acercó a la ventana y, desde allí, vio a su hijo jugar con un balón de fútbol. Si lo perdiera, su vida dejaría de tener sentido.

Y suspirando profundamente le dijo a Megan

—Cuando te marches, iré a hablar con la señora Henderson para solucionarlo. No tienes por qué preocuparte de nada.

—¿Cómo no voy a preocuparme? Después de todo, lo que ha ocurrido esta tarde ha sido por mi culpa. Si se entabla una batalla legal por la custodia de Andrew, no me lo perdonaré —dijo ella, con lágrimas en los ojos—. Sobre todo si tenemos la posibilidad de evitarlo.

Y con la paciencia de un santo, Kane repuso:

—Megan, el matrimonio no va a solucionar las cosas con los Linden. Tienen demasiado odio y resentimiento contra mí. Al revés, si me caso con otra mujer, tendrán un nuevo motivo para rechazarme.

—Pero podríamos impedir que se quedaran con la custodia del niño.

Kane pensó que ella tenía razón. Además, Andrew se beneficiaría de la influencia de una madre pendiente de él, día a día. Otra ventaja sería contar con la compañía de una mujer en la cama cada noche y dar rienda suelta a esa pasión que existía inequívocamente entre los dos. Podría enterrar su cuerpo en el de Megan hasta el punto de hacer desaparecer todas las diferencias existentes entre ellos.

Pero con el amanecer, las cosas se veían de una manera muy clara. El tenía ganas de mantener sus sentimientos fuera del alcance de Megan.

Ella se iba a sacrificar voluntariamente y él no tenía mucho que ofrecerle a cambio. La vida sencilla del pueblo no podía compararse a la de Seattle.

—Tienes tu vida hecha en Seattle. ¿Cómo estás tan segura de no echarla de menos en el futuro? No hay nada que pueda atraerte aquí.

—Andrew vive aquí —dijo ella simplemente.

La respuesta sorprendió al padre.

—Pero tu vida está en la ciudad.

Ella soltó una carcajada teñida de tristeza.

—Mi vida consiste en un apartamento compartido, unos cuantos amigos y una carrera profesional que puede desarrollarse donde yo quiera.

—Sinceramente, Megan, no lo entiendo. Tengo yo más interés en que nos casemos, sobre todo en lo que respecta a Andrew. Pero, ¿qué es lo que sacas tú con todo esto?

—La oportunidad de criar a un hijo —respondió ella, con el semblante sombrío.

—Pero para eso no necesitas a un marido.

—Desde luego que no. En esta época no hace falta un marido para tener hijos. Pero yo no quiero ser una madre sin esposo, y la inseminación artificial me parece demasiado insatisfactoria. Lo que siempre he querido tener es una familia: y es algo que tú, Andy y yo podemos hacer perfectamente.

—¿Y cómo es que no tuviste hijos con tu marido? —quiso saber Kane.

—Pues porque él no los quería y por eso me divorcié. Phillip estaba más interesado en su carrera profesional como abogado.

A mí lo que más me ilusionaba eran los niños. Me encanta esa relación tan próxima que tengo con Andrew. Te parecerá absurdo pero siempre he andado de orfelinato en orfelinato, fuera de lugar y ahora creo que he encontrado el sitio que me corresponde.

—¿En Linden? —preguntó el hombre sin poder creérselo del todo.

—Nunca me gustó la ciudad, pero es allí donde me crié y donde mi esposo quería vivir. Pero prefiero la belleza, la plenitud y la calma de este lugar.

—Si te quedas aquí para siempre, cambiarás de opinión.

—Me gustaría mucho quedarme.

Ambos coincidieron con la mirada. Kane se preguntó si su vida habría sido distinta si en vez de casarse con Cathy lo hubiera hecho con Megan. Probablemente, ha—bría sido mucho más feliz con su sencillez y su ternura. Y habría tenido un hijo con ella...

—Ahora que te he contado toda mi vida, podrás comprender por qué no he dudado ante la perspectiva de casarme contigo y ser la nueva madre de Andrew. Lo quiero con locura y sabes que tú me importas mucho.

—Lo sé, pero...

Pero Kane se preguntó si aquello era acaso suficiente para dar el gran paso.

—Podemos plantearlo como un matrimonio de conveniencia —dijo ella.

Megan se daba cuenta de su reticencia.

—Además, me ocuparía también de cocinar y llevar la casa. Me puedo instalar en cualquier rincón para seguir escribiendo mis libros. Así estaría mucho tiempo con el chico.

Y mordiéndose el labio inferior y con los ojos brillantes, insistió:

—Quiero que sepas que lo que más me importa en el mundo es el bienestar de Andrew. No quiero que lo separen de ti.

Kane sabía que era sincera con sus propósitos. Pero el hecho de pensar en el matrimonio le hacía recordar a su primera mujer, y la situación le inspiraba temor y recelo.

—No sé, Megan. La verdad es que nunca he pensado en volver a casarme.

—Lo comprendo —repuso ella, con un optimismo que contradecía sus palabras—. Pero, por favor, por el bien de Andy, piensa en ello.

Megan vio regresar a Kane de su taller. Había pasado allí encerrado la última parte del día. El corazón de la escritora se sobresaltó haciendo crujir la cadena del balancín donde estaba sentada. Había estado pensando toda la tarde en las palabras que había tenido con Kane y estaba esperando su respuesta. Megan sabía que estaba enamorada de él, y que su vida con aquel hombre sería excitante y sorprendente, día a día.

Kane subió las escaleras del porche con cara de cansancio y preocupación. Ella sabía que habría tomado la decisión adecuada.

El hombre se sentó a su lado, haciendo crujir la madera del balancín a su vez.

—¿Dónde está Andrew? —preguntó al cabo de unos segundos.

—Está bañándose.

—Bien —respondió Kane gravemente y mirándola a los ojos—. Andy es lo que más me importa en esta vida y no quiero perderlo. No estoy dispuesto a que comience una batalla legal para que sus abuelos consigan la custodia.

—Yo tampoco —repuso Megan, al instante.

—He decidido aceptar tu propuesta.

—¡Estupendo! —exclamó ella, haciendo todo lo posible para no saltarle al cuello y darle un beso de agradeci—miento.

—Sin embargo, antes de que te sacrifiques en el altar, quiero dejar algunas cosas claras.

—De acuerdo —dijo Megan, preparándose para la ofensiva.

—No estoy enamorado de ti y dudo mucho que algún día llegue a estarlo.

La escritora vio cómo Kane construía de nuevo una fortaleza a su alrededor para separarla de sus sentimientos. Y ella se quedó pensando que intentaría por todos los medios convencerlo día a día de lo contrario.

—¿Acaso significo algo para ti? —le preguntó Megan, con curiosidad.

—Claro, pero no confundas eso con el amor.

Ella se quedó tranquila: la respuesta no estaba mal para iniciar una relación de pareja.

—¿Qué más advertencias quieres hacerme? —continuó Megan.

—No soy un buen marido. Ya sabes lo desastroso que fue mi primer matrimonio.

La escritora sonrió. Se había dado cuenta de que Kane en seguida intentaba atemorizarla, en cuanto se sentía vulnerable.

—No te preocupes, yo correré con el riesgo de que eso se reproduzca. Dime más cosas.

—Tengo mala reputación en el pueblo y mis suegros no me soportan.

Con el tiempo, ya se encargaría ella de hacer cambiar de opinión a los Linden.

—Ya me las arreglaré con los chismorreos del pueblo. Y respecto a tus suegros piensa que, afortunadamente, sólo tienes que soportar a un par de ellos. ¿Tienes algo más que decirme?

—Prefiero estar solo —dijo Kane, en tono grave, pero sin la amargura de hacía unos días.

—No me lo creo —repuso Megan.

—De acuerdo. Las noches son frías y solitarias —admitió él con una breve sonrisa—. Y ahora voy con mi última consideración. Un matrimonio de conveniencia queda al margen de mis expectativas.

—¿Qué quieres decir?

Kane deslizó el pulgar sobre la garganta de Megan, hasta llevarlo a la base del cuello. Una vez allí las terminaciones nerviosas de la escritora registraron una excitación extrema y las puntas de sus pechos se pusieron erectas. Él parecía haber advertido la respiración entrecortada de Megan, porque su mirada se tornó oscura y profunda, llena de anhelo.

—¿Qué quieres decir? —insistió ella, con voz trémula.

—Lo que quiero decir es que vas a dormir en mi cama todas las noches y que pienso consumar el matrimonio desde el primer momento.

Los maravillosos dedos de Kane siguieron moviéndose por la garganta de Megan, haciéndola gemir y tiritar de emoción mientras el hombre sonreía.

—Te deseo, y creo que tú sientes lo mismo por mí —repuso él.

Por supuesto que era verdad, y ella apenas podía resistirse a tocarlo teniéndolo tan cerca. No había razón para rechazar algo que deseaba con tanta ansiedad. Al contrario, la idea la excitaba increíblemente.

—¿Estás de acuerdo con mis condiciones?

Ella asintió sin poder articular palabra.

—¿Y tú, tienes algo que decirme?

«Lo único que me gustaría es que confiaras en mí, y que con el tiempo llegues a quererme», pensó la escritora sin atreverse a decirle algo tan directo a su futuro esposo.

Y después de unos segundos, Megan añadió:

—Sólo una cosa, Kane. Quiero que entre nosotros no haya jamás secretos ni mentiras.

El cuerpo del hombre se tensó visiblemente protegiéndose de nuevo en su coraza protectora.

—Todo el mundo tiene secretos —contestó él agriamente, soltando a continuación una carcajada llena de amargura.

—Yo te he contado los míos acerca de mi matrimonio y el divorcio.

—Ya sabes que he matado a mi esposa.

Ella no se molestó en corregirlo.

—Creo que hay algo más.

El frunció el ceño y sus ojos verdes brillaron como nunca. Esbozó una sonrisa feroz que la habría hecho salir corriendo, si no fuera porque Kane le recordó a un animal herido tratando de ahuyentar a su enemigo. Pero ella no era su enemiga, lo que la mantuvo sentada en el asiento.

—La gente los suele llamar secretos porque es mejor mantenerlos bajo tierra, Megan.

—Y a veces es mejor confiárselos a alguien. Si lo tienes en cuenta en el futuro, ya verás cómo nos vamos a llevar de maravilla.

De pronto, Kane se levantó y dijo a toda prisa:

—Entonces, si te parece bien, voy a pedir una cita con el juez. Nos podemos casar el viernes.

Ella lo miró abrumada. Desde luego, no se trataba de una declaración romántica como la de su primer marido. Aunque, al fin y al cabo, tampoco había resultado ser el príncipe de sus sueños.

—De acuerdo. Voy a empezar a organizar mis cosas de Seattle.

Kane asintió y abrió la puerta de la casa, pero antes de entrar dio media vuelta y dijo:

—Piensa bien lo que vas a hacer, Megan, porque el divorcio no entra dentro de mis planes.

Se metió en casa, dejándola sola con una sensación de frialdad e indiferencia que no consiguió hacerla arrepentirse del cambio que iba a dar su vida.

—No puedo creer que me hayas metido en este lío —murmuró Kane, mientras se dirigían hacia la casa victoriana de dos pisos de los Linden.

Megan esbozó una sonrisa. Aunque no lo admitiría nunca, el hombre estaba nervioso porque iba a asistir a la fiesta de cumpleaños que anualmente celebraban los abuelos para Andy.

El único problema era que los Linden no sabían que la nueva pareja se iba a presentar en su casa.

—Si vamos a ser una familia, es necesario que seamos coherentes con nuestros propósitos —repuso Megan, tomando del brazo a Kane y sujetando con el otro el regalo de Andrew—. O sea, que es mejor que sonrías y procures que todo salga bien.

A medida que se acercaban a la casa, Kane iba teniendo más recelo, sobre todo pensando que podría encontrarse en cualquier otro lugar, de no ser por Megan.

Pero el hombre no sabía todavía que cuando a ella se le metía una idea en la cabeza, cualquier argumento en contra era inútil. Y lo que ella quería por encima de todo era que Kane y los Linden olvidaran el pasado y se reconciliaran.

—Mira lo contento que se ha puesto Andrew al verte —exclamó la escritora, al llegar al jardín de la casa.

La expresión de Kane se suavizó al observar la alegría de su hijo. Cuando se había enterado de los planes de boda de los dos adultos, había dado un salto, lleno de alegría, diciendo que se trataba del mejor regalo de cumpleaños de su vida.

El corazón de Megan se había encogido de emoción, y la tierna mirada que le había dedicado Kane la había hecho pensar que podría llegar a quererla de verdad.

—Vamos, Megan, papá. Entrad deprisa —les increpó el chico.

—Tranquilo, Andrew. La fiesta no va a empezar sin ti —le dijo la escritora, sonriendo.

Cuando traspasaron el umbral de la casa, el niño gritó delante de todos:

—¿A que no adivináis una cosa?

Megan sujetó a Kane por el brazo para que no pudiese huir en el último momento. La estancia estaba llena de niños y adultos y había globos inflados y guirnaldas por todas partes. En la habitación contigua, un payaso amenizaba la presencia de los más pequeños haciendo trucos de magia.

Patricia Linden sonrió a Andy, ignorando a los recién llegados.

Pero el niño, dejando a un lado a su abuela, dijo bien alto:

—Megan y mi padre se van a casar.

La escritora se estremeció y Kane puso tensos los músculos de su brazo. El anuncio de Andrew causó un murmullo en el salón. Los adultos que estaban presentes dejaron de hablar para mirarlos. No parecían sorprendidos sino únicamente mostraban su curiosidad, lo que confirmaba que la señora Henderson se había encargado de difundir la noticia.

Patricia miró finalmente detrás de su nieto y observando a la pareja, dijo:

—Eso habíamos oído.

A pesar de la hostilidad latente, Megan comenzó a andar sonriendo, con Kane del brazo. Se le ocurrió pensar que la manera de ganarse a Patricia consistiría en ser más educada que ella. Cómo Kane no decía palabra, le tocó a ella romper el hielo y presentarse.

—Hola, Patricia —y dándole el regalo del nieto a la señora Linden, Megan hizo un gesto para indicar que pensaban quedarse a la fiesta—. Tiene usted una casa preciosa.

—Gracias —respondió ella fríamente—. Vamos, Andy, te esperan tus invitados.

Ningún asistente se acercó a saludarlos. Harold la miró a los ojos y sonrió pero no se atrevió a saludarlos. Pero Kane tampoco hizo nada para aliviar la tirantez del momento.

Era como si Patricia hubiese marcado la pauta a seguir por sus invitados respecto a la nueva pareja.

Frustrada por el frío recibimiento, Megan dejó a Kane hablando con Gus, un capataz del aserradero que parecía ser el único dispuesto a enfrentarse a la voluntad de Patricia.

«¡Que gente tan testaruda!», pensó Megan, dándose cuenta de lo difícil que iba a ser que aceptaran de nuevo a su futuro marido.

En el jardín había una mesa puesta con cosas de comer y de beber. La escritora se sirvió un vaso de ponche, mientras Andrew y sus amigos giraban alrededor de una piñata llena de regalos.

De pronto, apareció Joyce.

—Menuda novedad —exclamó ella, con su voz empalagosa.

—¿A qué te refieres? —dijo Megan, viendo en ella a una aliada, aunque a sus espaldas fuese una buena fuente de información para todo el pueblo.

—Es la primera vez que Kane asiste al cumpleaños de Andrew. Debes de tener mucha influencia sobre él.

—Fue él quien quiso venir —repuso la escritora.

Megan anotó mentalmente en su cerebro que Andy dejase las clases particulares inmediatamente después de la boda.

—Por cierto, felicidades —dijo Joyce, después de haber mordisqueado un aperitivo.

Lo más probable era que la señora Henderson hubiese publicado la noticia del enlace en el periódico local...

—Gracias. Kane y yo vamos a casarnos mañana.

En ese momento, Corey, el amigo de Andy consiguió romper la piñata y todos los niños comenzaron a gritar. Todo tipo de chucherías cayeron de

lo alto. Megan observó la escena pensando que el siguiente cumpleaños se celebraría en su casa, y que los Linden asistirían como invitados. Al menos, ése sería su objetivo...

Kane se acercó a las dos mujeres, sin mostrar demasiado afecto en su rostro. Megan le sonrió y él le devolvió la sonrisa. Sin embargo, a Joyce la saludó fríamente.

—Hola, Joyce.

—Hola, Kane. Bueno, os deseo buena suerte —y acto seguido se marchó para hablar con un joven apuesto y rubio.

—¿Qué te estaba contando? —preguntó Kane a su pareja.

—Sólo quería felicitarnos por la boda —contestó ella, dando el último trago de ponche.

—¡Qué simpática! —exclamó el hombre con aire burlón.

—Escucha, Kane. Si vas a continuar poniendo barreras entre tú y los demás, lo más normal es que todos sigan sin hablarte.

Megan recostó su cabeza sobre el pecho de su prometido, para dar sensación de intimidad entre la pareja. El pulso del hombre se aceleró al sentir el contacto de su cuerpo y ella sonrió con cierta picardía.

—Sé que no eres tal y como ellos piensan, pero tienes que demostrárselo —le susurró ella al oído.

Y a continuación, Kane puso una mano sobre la de Megan, acariciándola suavemente. Esa sensación produjo una espiral de calor en el cuerpo de la escritora que se oponía a la fría mirada de Kane.

—No necesito demostrarle nada a nadie.

El orgullo podía más que la necesidad de ser amado. Con un suspiro Megan dejó el tema.

En ese momento, Patricia anunció que iban a partir la tarta y a entregarle los regalos a Andy. Megan tomó a Kane del brazo y se acercaron hacia el círculo que se había formado alrededor del homenajeado. Estaban a la vista de todo el mundo.

Después de que le cantaran Cumpleaños feliz al niño, Andrew les dedicó una amplia sonrisa, haciendo aparecer su hoyuelo. Minutos más tarde, su padre había desaparecido. No había querido ponerse a la cola junto a Megan para obtener un trozo de tarta.

La escritora le dio un gran abrazo a Andy y tomó dos platos de pastel para encaminarse hacia donde estaba su prometido. Por el camino, vio que Patricia estaba sola y se acercó a ella.

—Patricia...

Cuando la anciana divisó a Megan, puso un semblante hostil y le dijo:

—Creo que no tenemos nada de qué hablar.

—Puede que usted no, pero yo quiero agradecerle la maravillosa fiesta que le ha ofrecido a Andrew —repuso Megan, sin perder el aplomo.

Patricia se irguió y la miró de arriba a abajo.

—Es mi nieto, mi único nieto, y por él sería capaz de cualquier cosa.

—Pero Kane es un buen padre y Andy no carece de nada —repuso Megan sujetando los dos platos de cartón, nerviosamente.

—Excepto de su propia madre —dijo Patricia, con mirada glacial.

Sin duda, estaba culpando de su muerte a su yerno.

Megan trató de contenerse: su enfado no haría más que aumentar las diferencias entre las dos familias.

—Patricia, siento la pérdida de su hija, pero me gustaría que llegásemos a ser amigas. Sobre todo ahora que voy a ser parte de la familia.

—¿Parte de la familia? —dijo la anciana, mirándola con condescendencia—. Si piensa que va a remplazar a Cafhy...

—No tengo la intención de remplazarla —la interrumpió Megan, asombrada de que alguien pudiera pensar eso de ella.

Pero vio el dolor que todavía sentía Patricia por la muerte de su hija y no insistió más. Sin duda, tenía miedo de que ella intentase eclipsar los recuerdos que Andrew conservaba de su madre. Por eso decidió reconfortarla en vez de desarmarla.

—Siento un gran cariño por Andrew, y aunque me gustaría ser su nueva madre, nunca permitiré que olvide quién era su auténtica madre.

—Ya me encargaré yo de eso —repuso la anciana, y con la frente bien alta se alejó de Megan.

Sintiéndose abatida, la escritora se dirigió hacia donde estaba Kane, que no había sido testigo de la escena. Sin la intención de emponzoñarlo más aún, simplemente le dijo:

—Te he traído un trozo de tarta.

Tomándose el pastel de crema miró el reloj y comentó:

—No crees que hemos estado demasiado tiempo en la fiesta.

Pero Megan no quiso darse por vencida, después de la frustrante conversación con Patricia.

—No. Andy está abriendo los regalos. Nos quedaremos una hora más.

Kane murmuró una protesta por lo bajo.

—¡Megan! —exclamó el chico, acercándose a su amiga—. Gracias por regalarme tu nuevo libro.

Ella sonrió.

—Me alegro de que te guste. Quizá podamos conven—cer a tu padre para que te lo lea. Después de todo la idea del Ratoncito Pérez partió de una historia que me contó él.

El semblante de Kane se llenó de pánico y balbuceó:

—Bueno, no creo que...

—Papá dice que soy demasiado mayor para que me lean los libros —repuso Andrew—. Pero a él no le importa que yo se los lea a él, para comprobar mi nivel de lectura.

Megan se preguntó por qué era tan importante para el padre que el niño leyera bien. Pero, ya se lo preguntaría en otro momento.

—Está bien. Entonces nos leerás la novela en voz alta a los dos —sugirió Megan.

Sonriendo satisfecho, el niño le preguntó a su padre, delante de los invitados:

—¿Lo estás pasando bien, papá?

Y obedeciendo a la voluntad de Megan, que le había dado disimuladamente un codazo, respondió:

—Sí, hijo. Lo estoy pasando estupendamente.

—¿Estás loca? Te vas a casar...

La escritora despegó el teléfono de la oreja para oír de lejos la voz indignada de su amiga.

—Judi, estoy en mi sano juicio.

—Pero Megan,... apenas conoces a ese tipo.

La escritora recordó que a Phillip creía haberlo conocido y, sin embargo, su relación con él había fracasado.

—Kane es una buena persona y ya sabes lo que siento por Andrew.

—Sí, es verdad —dijo Judi, comprensivamente.

Megan le contó cómo los había sorprendido la señora Henderson y el peligro que existía de que separaran a Andy de su padre.

—Quiero a... Kane. Y estoy segura de que le importo en cierto modo. Me ha dado la oportunidad de cuidar a un niño al que adoro.

—Megan —repuso Judi, exasperada—. Estás haciendo una...

—¿Cosa que siempre he deseado?

—Iba a decir una locura.

Megan rió.

—Por primera vez en mi vida creo que he encontrado mi sitio en el mundo. Me gusta Linden: es tranquilo, no hay aglomeraciones y me gusta la sencillez que se respira en él. Además voy a tener mi propia familia.

—Entonces, sólo te puedo decir que me alegro —respondió Judi—. ¿Qué quieres que haga con tus cosas?

Megan iba a echar de menos a su amiga; habían pasado juntas tantos momentos de la vida. Pero precisamente por eso, permanecerían siéndolo a pesar de la distancia.

—Puedes quedarte con mis muebles y enviarme lo más rápidamente posible mis objetos personales.

En efecto, la escritora no tenía intención de conservar los muebles de su anterior matrimonio. Prefería los que había construido Kane con sus propias manos.

—De acuerdo. Mañana te lo mandaré todo.

Siguieron hablando otra media hora sobre el pasado y futuro de cada una. Cuando colgó, Megan no pudo evitar derramar unas lágrimas por su amiga.

«Espero que estés bien segura de lo que haces», le había dicho Judi. Siempre le había dado muy buenos consejos para protegerla del desamor. Y Megan no había estado nunca tan convencida de su decisión.

Capítulo 7

YO OS declaro marido y mujer —dijo el juez Griffen, en la pequeña sala donde se encontraban reunidos unos cuantos invitados—. Puede besar a la novia.

Kane se quedó mirando a la mujer que estaba a su lado. Era su esposa. Sintió una sensación de posesión que no le disgustó en absoluto.

Megan estaba radiante, vestida con un traje de chaqueta de color crema y con el pelo cobrizo recogido en un sencillo moño. Sus ojos estaban más azules que nunca, con un brillo que daba claro testimonio de la felicidad que sentía. Había un no se qué en su expresión que Kane no pudo analizar pero que le llegó al alma. El ramo de pequeñas rosas y diminutas flores blancas que llevaba se lo había regalado Andy.

La alianza que el esposo había puesto en el dedo de Megan era la de su madre. No se trataba de un anillo de diamantes o de algo sofisticado. Kane quería ser consejero—cuenta con el tipo de matrimonio que iban a llevar.

—Papá, ha dicho que puedes besarla —le susurró Andrew, con voz exasperada.

Jeff, que había sido el padrino de la boda, lo animó:

—Vamos, Fielding, estamos todos esperando.

Megan rió nerviosamente y Kane les lanzó una mirada asesina, antes de acercar su boca a la de su esposa. Aunque la expectación que vio en el rostro de Megan le hizo dudar un segundo, la besó rápidamente, a modo de aperitivo. Más tarde saciaría el apetito de ambos a conciencia.

—¡Muy bien, papá! —exclamó Andy, chocando la mano con Corey y Tanner. Les dio un abrazo a sus padres y se puso a danzar alrededor de la sala cantando:

—¡Tengo una nueva madre! ¡Tengo una nueva madre!

Sonriendo con entusiasmo, Megan firmó el acta de matrimonio y luego le pasó la pluma a Kane. Después de una breve vacilación, escribió su nombre junto al de su esposa y firmó con la rúbrica ilegible que siempre había empleado.

—Enhorabuena, Kane —dijo Jeff, dándole una palmada en la espalda—. Nunca pensé que volvieses a insistir.

«Ni yo tampoco», se quedó pensando él, mientras le daba la mano.

Karen le dio un beso en la mejilla a Kane y dijo:

—Ya sabía yo que entre vosotros dos había algo —y volviéndose hacia Megan, le dio un abrazo para felicitarla—. Parecéis ser muy felices.

Kane se dio cuenta de que era feliz y no pensaba rechazar aquella sensación maravillosa el día de su boda. ¿Qué podía haber de malo en hacer feliz a Andy, reunirse con sus íntimos amigos y notar la mirada de respeto de su esposa?

La verdad era que nunca se había sentido tan venerado en toda su vida.

—Escuchadme todos —anunció Jeff—, La cena para celebrarlo corre de mi cuenta.

Al cabo de una hora los invitados estaban sentados en una larga mesa de Callahan, el mejor restaurante de Linden. Cuando todos hubieron pedido, Jeff mandó llevar una botella de vino caro y refrescos para los niños.

—Quisiera hacer un brindis —propuso el jefe de Kane, sirviendo vino a todos los adultos—. Por Kane y Megan, para que su amor dure eternamente, en los buenos y en los malos momentos.

Los mayores empezaron a brindar y los pequeños empezaron a reír y a imitarlos.

Después de la cena, Jeff y Karen se llevaron a Andy a pasar el fin de semana con ellos, diciéndole que sus padres necesitaban cierto tiempo para conocerse mejor. Sin la charla incesante del chico, el camino de vuelta a casa se les hizo increíblemente tranquilo. Aunque, en el fondo, estaban lo suficientemente ocupados el uno con el otro: esa noche iba a comenzar su luna de miel.

Jeff había insistido para que Kane se tomara una semana de vacaciones, pero él había rechazado su generosa propuesta. Tenía miedo de lo que podía ocurrir estando a solas con su esposa. Sin embargo, si se quedaba en casa, podría huir a su taller en cuanto le agobiara cualquier cosa.

Cuando llegaron a casa, Kane aparcó el coche y los dos se encaminaron hacia el porche.

Sobre una mesa, la luna hizo brillar un cubo metálico de hielo con una botella de champán.

—Parece que se ha corrido la voz —dijo Kane en tono áspero.

A continuación, Kane abrió la puerta principal y encendió la luz del porche. En ese momento, una ráfaga de viento le trajo el aroma floral del perfume de Megan. Estuvo a punto de enterrar su rostro en el hueco de sus hombros, olvidándose del regalo. Pero Megan comentó:

—Tiene una tarjeta. Vamos a ver de quién es.

Él la había visto pero no había hecho ningún intento de acercarse por ella. Sin embargo, su curiosidad fue más fuerte.

—No tienes por qué estar tan ansioso de conocer a su autor —dijo seductoramente Megan, rasgando el sobre con una uña perfectamente pintada.

Kane se aflojó el nudo de la corbata y dijo:

—No sé quién puede felicitarnos en este pueblo, que no haya estado con nosotros en la cena de esta noche.

Ella leyó la tarjeta en silencio y se la pasó a su marido.

—Se trata de una felicitación anónima.

Kane puso cara de pánico al ver el sobre adornado en una esquina con un par de campanas, y de pronto susurró:

—He tenido una pesadilla horrible esta noche. Por cierto, qué pone en la tarjeta.

—Felicidades por vuestro enlace. Firmado: un amigo. Has ganado un adepto con tu presencia en la fiesta de los Linden.

Pero en vez de reír, frustradamente, tomó a Megan por la muñeca y presionó su pulgar en las venas del pulso, haciéndola vibrar.

—Sea quien sea el que nos lo ha traído, pienso disfrutar del champán.

—Me parece estupendo —repuso Megan con voz sensual.

Kane tomó la botella con una mano y con la otra hizo entrar a su mujer dentro de la casa. Se sentaron en el sofá mientras él se quitaba la chaqueta y la corbata. Megan puso música lenta, después de que Kane hubo descorchado el champán.

Era la noche de bodas y aunque los dos sabían cómo iba a terminar, no pensaban escatimar ningún tipo de preliminares. Tenían toda la noche y todo el fin de semana por delante para disfrutar de su dulce presencia.

Aunque no había copas de champán, Kane puso el vino espumoso en dos vasos de cristal y le extendió uno a su esposa. Ambos brindaron en silencio. Sin poder apartar sus manos de Megan, el recién casado se acordó del tradicional baile de todas las bodas. No es que fuera Fred Astaire, pero sentía la necesidad de tocar y de sentir el aromático calor de la piel de Megan. En otras palabras, quería perder la cabeza, y bailar con ella era una buena forma de iniciar el camino lento y vibrante que culminaría con el consabido desenlace.

—No ha sido una boda muy tradicional —comentó Megan, dejándose llevar, flotando entre los brazos de su marido.

—Depende de a qué tradición te refieras.

Ella rió y se juntó aún más contra Kane.

—Podemos intentar cumplir bien con los preceptos del matrimonio.

—Por supuesto —repuso Kane, con ganas de soltarle la gruesa masa de cabellos cobrizos—. Aunque tenemos toda la vida por delante para esmerarnos día a día.

La sonrisa de Megan se esfumó y sus pestañas cayeron con la intención de ocultar su emoción.

Pero de pronto, él se acordó de los secretos que temía revelar a su esposa. Podía ofrecerle a ella lo que fuera con tal de que no fuese la verdad. Una revelación inoportuna podría romper el lazo invisible pero palpable que los unía felizmente en aquellos momentos. Puede que fuese un cobarde, pero no iba a cometer el mismo error dos veces.

Queriendo hacerla pensar en cualquier cosa excepto en eso, Kane puso una mano en la espalda de su mujer y la otra en la base de la cintura, estrechándola dulcemente. La respiración de Megan se hizo más rápida y sus ojos se llenaron de excitación. Su garganta emitió un breve murmullo de deseo. En un segundo, Kane estaba lleno de impaciencia por unirse a Megan.

Con la punta del pulgar y del índice tomó su barbilla, agachó la cabeza y posó su boca sobre la de ella. Ambos se besaron entreabriendo los labios e invadiendo el cuerpo del otro, saciándose dulcemente con la lengua. Kane la tomó por la nuca y Megan se colgó de él, que a duras penas pudo contenerse para no perder el control. Con un gran suspiro, él la separó de su cuerpo y la soltó.

—Si no paramos ahora nos quedaremos medio desnudos en el sofá —logró decir finalmente Kane.

Ella humedeció el labio inferior y susurró:

—Es mejor que vaya a cambiarme.

La invitación era claramente tentadora, pero Kane, en vez de seguirla al piso de arriba, se quedó un rato en el cuarto de estar para darle tiempo a prepararse para esa noche tan especial.

Al cabo de media hora y después de haberse bebido dos copas de champán entró en su habitación. La luz estaba apagada pero Megan había encendido varias velas que daban un ambiente muy romántico. El aroma de vainilla que despedían proporcionaba el efecto de un potente afrodisíaco.

Las sábanas de la cama estaban abiertas. Aquella atmósfera tan acogedora y receptiva no era una fantasía. Megan era una mujer de carne y hueso, sexy y tentadora. Llevaba una camisola de seda de color melocotón, larga hasta los muslos, cuyo borde se bamboleaba a medida que ella movía sus pies descalzos. Kane deslizó su mirada hacia el valle oscuro de entre sus muslos para descubrir la presencia de unas bragas de encaje.

LLevaba el pelo suelto sobre los hombros y el color cobrizo de la melena brillaba aún más a la luz de las velas. El estuvo a punto de gemir ante la dulce promesa de su mirada azul. En ese momento Kane, de un modo egoísta, quería tomar todo lo que ella le pudiera ofrecer, y se odió unos instantes por no tener nada que darle a cambio. Su corazón estaba vacío, y su alma, sin ánimo de ser aliviada, llena de oscuros secretos.

Pero esa noche, él no quería decepcionarla. Quería serlo todo para ella, aunque fuese sólo por unas horas.

—Ven —murmuró, finalmente, el marido.

Ella se acercó con cierta expresión de vulnerabilidad.

—Estaba empezando a pensar que habías cambiado de opinión —dijo Megan.

—Ni lo sueñes. Pienso tomarme muy en serio los votos matrimoniales y mantengo lo que dije respecto al divorcio. Estaremos casados hasta que la muerte nos separe.

Ella sacudió la cabeza y repuso:

—Me refería a un matrimonio de conveniencia.

El rió estentóreamente y la abrazó fuertemente.

—Soy un hombre, Megan. Y como tal te deseo como mujer.

Y tomándola por los hombros, la hizo ponerse de espaldas, de modo que ella pudiese verlos a los dos reflejados en el espejo de la cómoda.

—¿Estás nerviosa? —le susurró al oído.

—Un poco —contestó ella dejando reposar la cabeza sobre su hombro, sobresaltándose cuando Kane le acarició la suave piel del vientre. Las cálidas manos masculinas subieron hasta los senos, separándose por las costillas.

La respiración de Megan se aceleró.

—Hace tanto tiempo...

—Sí, a mí me pasa lo mismo —repuso Kane, palpando con su mano todas las zonas del cuerpo de Megan, excepto aquellas que querían ser tocadas con urgencia.

—No soy virgen, pero es como si fuera la primera vez —dijo ella, mirándose en el espejo.

—Es tu primera vez, conmigo —asintió él.

Y tomándole la mano, Megan le dio un beso húmedo en la palma, y se la subió hasta la garganta. Su mirada implorante estuvo a punto de hacer estallar a Kane.

A continuación, ella puso las manos del hombre en su pecho y él lo palpó placenteramente, hasta que los pezones se pusieron duros.

—Soy tuya, Kane —y su mirada se volvió de terciopelo con la luz de las velas—. Para siempre.

—Eso es toda una invitación.

Megan lo miró a los ojos y dijo:

—Puesto que soy tu esposa, estoy dispuesta a hacer lo que quieras para que seas feliz.

Y soltándole el pecho, él puso su dedo pulgar en el labio inferior de su esposa.

—¿Cualquier cosa?

La amplia gama de posibilidades que se imaginaba ante sí le hicieron excitarse aún más.

Una combinación de confianza y deseo surgía del fondo de la mirada azul de Megan.

—Sí —asintió ella.

—Quítate el camisón lentamente.

El espectáculo que él deseaba ver no llegó a materializarse. Su mujer le replicó:

—Me lo he puesto yo para que seas tú el que me lo quites.

Kane rió estrepitosamente. Estaba claro que Megan no era una mujer dócil y sumisa que obedecía todas las órdenes de su marido.

Al contrario, ella era dulce pero tenía carácter y resultaba tremendamente sexy. Por eso estaban casados. A veces, incluso llegaba a asustarlo. Pero en ese momento, en la cama, lo volvía loco de deseo.

Kane tomó las manos de su mujer y las puso en su pecho masculino. Ella con su tacto le hizo vibrar a pesar de que todavía llevaba su camisa de algodón. Megan lo miró sin disimular la pasión que sentía por él.

Sabiendo que una vez que pusiera las manos sobre aquel camisón, no podría parar, Kane le pidió a su mujer que le desabrochase los botones de la camisa.

—Te quitaré el camisón cuando me hayas desnudado a mí primero —replicó él.

Megan sonrió seductoramente a su esposo y no lo dudó un segundo más.

Pero entonces fue cuando Kane comprendió lo que iba a ocurrir. Si se dejaba quitar la camisa y le besaba intensamente el lóbulo de la oreja, ella querría sacarle los pantalones. Luego le desabrocharía el cinturón y le bajaría la cremallera. En unos segundos estaría completamente desnudo delante de su mujer.

Siendo plenamente consciente de sus actos, Kane le susurró a Megan:

—Es tu turno.

—Esto era lo que yo estaba esperando —dijo ella sonriendo.

—Eres una ninfa —exclamó él con una carcajada.

—¿Acaso te estás quejando? —le preguntó ella medio en serio medio en broma.

Kane pasó el dorso de la mano por la mejilla de su mujer.

—Nunca me ha gustado hacer el amor en silencio, de modo predecible. Pero tú eres de todo menos predecible, querida.

Tomando el borde del sedoso camisón se lo quitó lentamente, y dándole un largo beso la guió hasta la cama, depositándola sobre el mullido colchón. Ambos se tumbaron y él se posó sobre ella una vez que tuvo los muslos abiertos. Acariciándole el pelo, Kane le dedicó una larga mirada a su mujer, que lo envolvió en llamaradas de deseo.

Megan sentía una mezcla de sensaciones que iban desde el mareo hasta la urgencia. Quería acariciar la espalda de su marido e incitarle a que consumara el acto sexual. En su garganta notaba brotar un lamento de frustración y de deseo.

Los ojos de Kane estaban brillando como un par de esmeraldas a la luz de las velas.

—¿Harías cualquier cosa por mí, Megan?

Ella estaba dispuesta a darle toda su alma y su corazón. Pero eso no era lo que buscaba Kane: él quería su total rendición antes de la entrega. Al comprenderlo, su mujer contestó:

—Cualquier cosa.

—Pon tus piernas alrededor de mi cintura. Lo más fuerte que puedas.

Ella lo hizo y así comenzó la consumación del matrimonio, un ritual tan viejo y sagrado como la eternidad del universo.

Él la tomó con una fortaleza y ternura que la llegó al corazón y la hizo sentir más placer del que era capaz de disfrutar. Cuando llegó la calma después de la tempestad, Kane la besó tan dulcemente que Megan estuvo a punto de sollozar. Su coloso y feroz guerrero, con todas sus heridas sin cicatrizar, se había revelado como el hombre más sensible y generoso que había conocido nunca.

Pero él nunca lo admitiría.

Y envolviéndola con su cuerpo, Kane le susurró al oído:

—Señora Fielding, creo que voy a acostumbrarme rápidamente a usted.

«Eso espero», pensó ella, plena de amor y esperanza.

Megan amaneció sola en la cama. Ella había barajado la posibilidad de que su esposo reaccionase de esa manera después de la boda, pero de todas formas la molestó. Ella esperaba que el matrimonio les hiciese tener una

relación más cercana, que uniera sus dos mundos en uno solo. Y después de aquella noche, Megan pensaba que lo había conseguido.

Su marido estaba tan acostumbrado a poner barreras que el día siguiente de la noche de bodas no pudo actuar de otro modo.

Suspirando, Megan puso su mano sobre la almohada de Kane. Se quedó mirando el anillo de boda que le había puesto su esposo el día anterior. Pensaba tomarse la responsabilidad del matrimonio tan en serio como con todos sus compromisos con la vida. Iba a amar a Kane le gustara o no y esperaba que su amor le curase las heridas y todos los recuerdos dolorosos.

Ya era la señora Fielding, como la había llamado Kane. Además, le gustaba mucho su marido, sobre todo cuando sonreía y reía a mandíbula batiente, aunque esos momentos fuesen escasos y valiosos como un tesoro. Pero ella se encargaría de que se multiplicaran día a día, desde esa misma mañana.

Con la idea de que su marido no huyese al taller para evitarla, Megan se puso una de las camisas de Kane y unas braguitas, y bajó al piso de abajo. Se cepilló el pelo y los dientes, y tomó el regalo de bodas que le había comprado a Kane en la ciudad, dos días antes. A continuación, bajó a la cocina y allí lo encontró, apoyado en la pared contemplando el patio. Llevaba unos vaqueros desgastados que le daban un aspecto muy sexy. Tuvo que tranquilizarse porque el pulso comenzó a arrebatársele de nuevo. Ambos eran buenos amantes en la cama, pero, ¿cómo sería su relación como marido y mujer en la vida diaria? ¿Seguiría siendo Kane esquivo y reservado?

Pero ella no estaba dispuesta a dejarle que actuara de ese modo.

Cuando él la vio, su mirada posesiva y masculina la excitó intensamente y la hizo sonrojarse. Su marido no podía esconder el deseo que ella le inspiraba. Contenta por la respuesta física que se producía en él cada vez que la veía, lo saludó.

—Hola.

—Buenos días —murmuró él, dirigiendo su mirada hacia el regalo que llevaba ella bajo el brazo.

Tras unos segundos de tensión, Megan decidió actuar. Le tomó la mano y le instó a que se sentara en una silla al lado de la mesa, y se sentó en su regazo.

—Tengo un regalo para ti —le susurró, ansiosa por saber si era de su agrado o no.

—Pero mi cumpleaños no es hasta el mes de noviembre.

Dándose cuenta de que no recibía sorpresas frecuentemente, ella le sonrió de modo alentador.

—Lo tendré en cuenta para el futuro, pero esto es mi regalo de boda.

—No tenías por qué haberme comprado nada —dijo en tono seco.

—Lo vi en la ciudad y pensé que te encantaría. Vamos, ábrelo.

Y desenvolviendo el paquete, sacó un libro forrado en piel con grandes letras doradas.

—¿Para qué es esto? —preguntó Kane, agresivamente.

—Ábrelo y averígualo tú mismo —repuso Megan, pensando que le estaba tomando el pelo.

El libro estaba lleno de ilustraciones a todo color de muebles elegantes y sofisticados, con las indicaciones para construirlos. Era el mejor regalo que le podía haber hecho a un experto carpintero como Kane.

—Me imagino que tendrás muchos libros de este tipo, pero ésta es una edición especial y no pude resistirme y te la compré. Kane estaba tensando la mandíbula, Megan se quedó desconcertada.

—¿No te gusta?

Kane tenía un nudo en la garganta. ¿Cómo le iba a gustar algo que le hacía sentirse tan inferior? Ese libro le hacía pensar en el abismo que lo separaba de Megan. Excepto con las ilustraciones, no podría disfrutar de aquel regalo y no sería capaz de reproducir ninguno de esos muebles tan bellos.

—Es muy bonito, pero yo no tengo ningún regalo que ofrecerte —repuso finalmente, sin confesar lo que le producía tanta desazón.

—¿Por eso estabas tan serio? —dijo Megan, contenta porque pensaba que era el débil vínculo entre ellos el que estaba en peligro—. Tú me has dado mucho más de lo que yo habría soñado.

—Te refieres a Andrew —dijo Kane, dejando el libro sobre la mesa y poniendo una mano sobre una de sus rodillas.

Definitivamente, le gustaba cómo le quedaba su camisa a Megan.

—A Andrew y a ti.

—No creas que soy una ganga —repuso él, molesto por el pedestal en el que lo estaba colocando su mujer.

Podía caerse de él con tanta facilidad...

—Sí, sí lo eres —dijo ella esbozando una sonrisa de sirena—. Eres un cielo y me encanta tenerte a mi alrededor.

—¿Acaso me estás usando? —repuso el esposo, sin—tiendo de nuevo el deseo rondarle el alma.

—Por supuesto. ¿Para qué sirve un marido si no es para hacer un buen uso de él? —dijo ella, desabrochándose los botones de la camisa masculina que llevaba, y dejando al descubierto la tersura de su desnudez.

Y así fue cómo Kane se dio cuenta de que su esposa había descubierto una de sus principales debilidades: ella.

Megan acababa de ponerse un traje corto, y corrió a descolgar el teléfono que estaba sonando.

—Dígame —dijo, entrecortadamente.

Una voz femenina contestó sin responder al saludo:

—¿Está Kane?

Su marido todavía estaba en el cuarto de baño, donde apenas hacía unos diez minutos ambos se habían duchado, cosa que la hizo sonrojarse ligeramente.

—Está en la ducha —contestó Megan, pensando de quién se trataría—. ¿Quiere que le deje un mensaje?

—Soy Diana, su hermana. ¿Está Andrew por ahí?

—No, no está en casa.

Y creyendo que era mejor presentarse, antes de que la hermana de su marido sacase conclusiones erróneas, se presentó:

—Soy Megan, la esposa de Kane.

—¿La esposa de Kane? —repuso Diana, sin poder creerlo—. Se ha casado y ni siquiera me ha llamado para decírmelo.

—Todo ha sido muy rápido. Tu hermano y yo estuvimos escribiéndonos durante un año y medio. Luego yo vine aquí y nos hemos casado.

Megan creyó necesario exponerle lo que le habían dicho a la señora Henderson. Más tarde, Kane podía contarle la verdad si quería.

Para finalizar le comunicó a su cuñada:

—Estoy segura de que te iba a llamar para decírtelo.

—Hmmm —murmuró Diana indignada—. Kane es terrible: no llama nunca, y tampoco contesta mis cartas. Pero bueno, quizá ha empleado todo su tiempo mandándote cartas a ti...

A Megan le chocó que su marido no contestara la correspondencia de su hermana.

—Supongo que, tarde o temprano, lo habría descubierto escribiendo a Andrew —siguió diciendo Diana—. Por lo menos, él sí que contesta las cartas.

—Ya me aseguraré de que siga haciéndolo —repuso Megan, sonriendo.

—Estupendo —respondió su cuñada, pareciendo satisfecha—. Megan, cuida de mi hermano. Lo ha pasado muy mal. Me crió a mí cuando mis padres murieron y no tuvo un matrimonio muy feliz con Cathy. Me dio mucha pena marcharme de Linden, pero a mi marido le ofrecieron un empleo mejor y nos fuimos toda la familia. Si no, no podríamos estar ganando el dinero que estamos ganando. Pero añoro mucho a Kane y a Andrew.

Megan estaba segura de que su marido y su hijo también la echaban mucho de menos.

—Tengo que convencer a Kane para que nos lleve a veros en unas vacaciones.

—Oh, sí. ¿Lo harás, de verdad?

Estuvieron hablando algunos minutos más. Cuando su marido salió del cuarto de baño, a Megan le dio la impresión de que entre Diana y ella había comenzado una nueva amistad.

La escritora decidió que le gustaba tener su propia familia, contando con una hermana que nunca tuvo, pero que siempre quiso tener.

Capítulo 8

EL JUEVES por la tarde, Kane llegó del trabajo esperando ver aparcado delante de su casa el coche de Joyce. Pero no estaba allí. Le extrañó que no fuera por su paga semanal, que él mismo le entregaba cada vez que cobraba.

Puede que Megan le pagara después de la clase particular, pensó mientras salía de su coche.

Llevaban casados menos de una semana, pero ya tenía esa sensación de complicidad hogareña que tienen todos los matrimonios. Estaba deseando entrar en casa y encontrársela, sentada en la cocina cenando y comentando el día. Como cualquier familia. Estaba contento porque había tomado una buena decisión para su hijo, quien le había preguntado a Megan si podía llamarla mamá.

Entró en la cocina y dejó su bolsa de la comida sobre una mesa. Luego siguió hasta el cuarto de estar que era donde se encontraban Andy y su esposa. El niño estaba leyendo uno de sus libros de texto, mientras que Megan lo ayudaba a pronunciar las palabras más difíciles.

—¿Dónde está Joyce?

Megan lo miró sorprendida.

Andy dejó de leer y puso una marca en la página por donde iba y cerró el libro.

—Hola, papá. Joyce no está aquí.

—¿No ha aparecido para darte la clase?

Joyce no era irresponsable en absoluto.

—Vino puntualmente —dijo Megan, juntando los papeles de Andy que estaban por la mesa—. La pagué y le dije que se fuera.

Kane se paró en el centro de la habitación.

—¿Se encontraba mal?

—No —contestó ella, desafiándolo ligeramente con la mirada—. Se fue a su casa.

—¿Que qué? —insistió él, alzando la voz.

Pero Megan no vaciló.

—La dejé marchar.

Kane se quedó mudo con su atrevimiento. De pronto, el mundo se derrumbó a sus pies.

—¿La dejaste marchar sin consultarme?

—Pensé que podríamos discutirlo esta noche —repuso ella, razonablemente.

Pero él no estaba nada razonable.

—Quiero que lo discutamos ahora mismo.

Y le oyó decir a su hijo:

—Por favor, mamá, intenta que pueda comprenderlo.

—Lo intentaré, Andrew.

—No tienes derecho a deshacerte de Joyce —dijo finalmente Kane, mirándola indignadamente—. La contraté por una razón.

Ella no se dejó intimidar por su mirada y cruzando los brazos le preguntó:

—¿Se puede saber cuál es?

Kane se quedó helado. Era demasiado tarde, ya había cometido el error. Sus pensamientos eran los siguientes:

Quiero que mi hijo tenga todas las ventajas que yo no he tenido. Quiero que pueda ir a la universidad y que sea un hombre con éxito. Pero no pudo exteriorizarlos porque le daba vergüenza confesar que no había podido aprender nada en la escuela. De pequeño había tenido tantas responsabilidades, que cuando llegaba la hora de estudiar no podía asimilar ningún conocimiento.

Ahora, siendo un adulto tenía que pagar por ese sacrificio cada día de su vida. Se había prometido a sí mismo que su hijo no sabría nunca de la humillación que sentía por no tener una educación elemental. Si ni siquiera sabía leer.

Pero Megan pareció comprender sin sus explicaciones y dijo:

—Sé que quieres lo mejor para Andrew, pero estuve hablando con la señorita Graham y me dijo que prácticamente es el primero de la clase. Andy es un chico muy inteligente, y sólo los niños con problemas tienen un profesor particular.

Kane se pasó la mano por los cabellos y se preguntó si no habría herido a su hijo involuntariamente. Su intención no había sido que se sintiera inferior sino todo lo contrario.

—¿Papá? —dijo Andy desde la puerta de la cocina.

—¿Sí?

—No quiero que Joyce me dé clases particulares nunca más.

—Hijo, a veces no tenemos más remedio que hacer cosas que no nos gustan...

Megan puso la mano sobre el brazo de su marido.

—Creo que debes escuchar lo que te quiere decir Andy.

Kane hizo un gesto de desagrado pero miró a su hijo.

—Me gusta Joyce, pero todo lo que me enseña lo sé hacer yo solo.

—Pero te ayuda con los deberes —repuso Kane, aliviado por resolver de ese modo su falta de apoyo al chico.

—Pero mamá me puede ayudar a hacerlos.

—Claro. Como yo voy a estar en casa cuando él vuelva del colegio, lo puedo ayudar perfectamente.

—Por favor, papá —le rogó el niño—. No necesito a Joyce, en la última evaluación tuve A en todas las materias.

—¿Y qué pasará si empiezas a tener malas notas?

—Si ocurre eso, cosa que dudo —repuso Megan—, volveremos a recurrir a Joyce.

Kane notó cómo sus argumentos hicieron agua. No podía proteger a Andrew eternamente y sabía que tenía que otorgarle cierta confianza. De lo contrario, su hijo podría llegar a reprochárselo. Lo que le dejaba tranquilo era que su mujer era la que se iba a encargar de controlar sus progresos.

—¿Trato hecho? —exclamó Andy, antes de que su padre pudiera poner más pegos.

Kane sabía cuando perdía y era capaz de reconocerlo.

—Trato hecho —murmuró sacudiendo la mano de su hijo.

—Andrew, vístete para ir a la iglesia —gritó Kane desde su habitación notando el delicioso aroma a café que llegaba de la cocina.

—Sí, papá —respondió el chico llevándose la ropa del domingo al cuarto de baño.

Kane entró en la cocina. Megan estaba haciendo una lista de cosas que faltaban, para ir a la compra.

—Buenos días —dijo animadamente su marido, mientras abría el frigorífico y veía lo que había.

Ella golpeó la punta del lápiz sobre el bloc y dijo:

—Estás de un humor excelente esta mañana.

El la miró por encima del hombro y respondió:

—¿Acaso hay una razón para no estarlo?

—Supongo que no —diversión y cierto deseo se vieron reflejados en su mirada de color azul—. Sólo tienes tiempo para tomarte unos cereales con leche.

—Entonces no tomaré nada. Ya comeremos después del servicio religioso.

—Habrías tenido tiempo de desayunar si no hubieses pulsado el botón equivocado... —repuso su mujer, mirándolo intensamente.

Él le tiró de la coleta y le tocó la piel suave de su cuello con los dedos.

—¿Para qué servirán los despertadores? —se preguntó en alto Kane.

—No nos hemos dormido.

—Tampoco te he oído quejarte.

Y se acercó a su mujer juntando sus cuerpos.

—Como que tenía la boca lo suficientemente ocupada con la tuya como para poder hablar.

Las caricias de su marido iban en aumento y su respiración se tornó rápida y profunda.

—Kane. Para, por favor.

Ella no tenía ganas de que parase, pero estaba Andrew por allí y tenían que tenerlo en cuenta. Eso fue lo único que mantuvo a su padre con las manos quietas.

Entonces, en vez de acariciarla, le dio un beso en los labios entreabiertos y le dijo:

—Me gusta cuando te sonrojas, Megan.

Y a continuación, viendo que su mujer se había terminado la taza de café, le preguntó que si quería un poco más.

Consultando la hora en su delicado reloj de oro, asintió.

—Con leche y una cucharada de azúcar, por favor.

Ella siguió confeccionando su lista.

—Añade azúcar —sugirió Kane.

—Oh, se me olvidó decirte que he puesto el azúcar, la sal, la harina y el café en unos botes —dijo su mujer.

Kane se quedó frunciendo el ceño. No le gustaban los cambios, prefería ver cada cosa donde la había puesto siempre.

—¿De dónde han salidos esos recipientes de cerámica?

—Son míos. Los he desempaquetado de las cajas que me envió Judi de Seattle.

—¿Cuál es el azúcar? —preguntó Kane al azar.

—Lo pone en la etiqueta. Los puedes leer tú mismo.

Ya le habían pillado. Como ésa, surgirían cientos de situaciones parecidas en las que tendría que encontrar una excusa para ocultar la realidad. Pero no podría hacerlo por mucho tiempo.

Y mirando las etiquetas de los botes sobre la encimera, se juró a sí mismo que no le iban a jugar una mala pasada.

«Acostúmbrate a la decepción, Kane. La vas a ver re—flejada en todos los años de matrimonio que tienes por delante. Además, forma parte de tu vida, desde que eras pequeño», pensó el hombre. Entonces, ¿por qué tenía tanto miedo de decepcionar a Megan? ¿Por qué le hacía sentirse tan mal en esas situaciones?

Kane abrió la tapa de un bote y vio polvo blanco. ¡Bingo! Había acertado. Pero, pensándolo mejor, podía tratarse de sal... Mirando de reojo para asegurarse de que Megan estaba ocupada en sus cosas, metió un dedo y se lo chupó. Era sal.

El segundo bote contenía granos de café y el tercero, de nuevo polvo blanco. Ya no se arriesgó. Metió una cucharada y se la puso a la taza de Megan.

—Está muy rico —comentó ella, cuando su marido le puso delante de ella el café con leche azucarado—. Voy a ir a hacer la compra mañana después de que recoja a Andrew del colegio. He hecho una lista. ¿Por qué

no le echas un vistazo? Me va a costar mucho descubrir qué es lo que os gusta y qué es lo que no. Por eso te agradecería que me ayudases un poco.

Su marido tomó la hoja blanca y la miró unos instantes, hasta que se la devolvió sin hacer ningún comentario.

—Nos gusta todo excepto los frijoles y el hígado.

—Qué rápido. ¿Y vuestro plato favorito?

—Los espaguetis hechos en casa —dijo Kane, con cara de crío.

—Muy bien. Entonces, ¿quieres que añada algo a la lista?

—No, pero todo lo que compres págalo con esto —repuso el marido sacándose una cartera del bolsillo del pantalón—. ¿Serán suficientes veinte dólares?

—Creo que sí —contestó ella, sintiéndose rara al recibir el dinero de su esposo— Si no, yo tengo un poco de dinero en el bolso.

—Yo pagaré todo lo que necesites.

El orgullo de Kane se estaba haciendo presente, pensó Megan, observando su insistencia. Ella lo comprendía después de cómo habían marchado las cosas en su matrimonio con Cathy. Pero, ¿no era mejor que corriesen los dos por igual con los gastos domésticos?

Dando un sorbo de cale. Megan le dijo a Kane:

—Hay algo que te quería preguntar.

—¿De qué se trata?

Un poco preocupada por el tema pero con la confianza de saber que era mejor comunicarle todas sus dudas, Megan comentó:

—¿Qué te parece si abrimos una cuenta corriente compartida?

—No me interesa —respondió en el acto su marido.

—Yo contribuiré con mis fondos. Quiero que sepas que voy a aportar el pago de los derechos de autor de mis no—velas a las cuentas comunes.

—De todas maneras puedes conservar tu propia cuenta corriente si quieres...

—Ni tengo cuenta corriente en el banco ni la quiero. Tan sólo necesito la cuenta de ahorros.

—¿Lo dices en serio? —preguntó su esposa, sorprendida—. ¿Y cómo pagas las cosas?

—Pago al contado.

—¿Pagas todas los recibos al contado?

La mandíbula de Kane se puso tensa.

—¿Te importa mucho?

El tono defensivo de su marido le pareció raro.

—No, es sólo que debe ser mucho más complicado desplazarte a cada lugar para pagar al contado que mandar un cheque por carta.

—Pues si no te gusta mi método, paga tú las facturas.

Dos días después, Megan aparcó en el aparcamiento del Banco Linden, pensando todavía lo extraña que había sido la reacción de Kane respecto a la posible cuenta corriente común. Ella no pensaba gastarse el dinero de su marido. Al contrario, era una ahorradora nata.

Afortunadamente, Andrew había irrumpido en la cocina segundos después, tras lo cual abandonaron la cuestión.

Suspirando profundamente, Megan seguía pensando en lo rara que era la conducta de su marido a veces. Tan pronto se portaba de modo tierno y juguetón, como, instantes después, se mostraba frío y distante, y todo por una estúpida cuenta bancaria.

Ella lo único que quería era simplificar las finanzas domésticas. Era tan poco común pagar con cheques en esta época de alta tecnología, en la que eran tan frecuentes los cajeros automáticos y el uso de la tarjeta de crédito. Pero él se había mostrado tan herido, como si le hubieran amenazado en lo más profundo de su corazón. Pero como no quería hacer un mundo de la cuestión, no volvió a mencionarla.

Esa tarde del domingo, cuando hubieron vuelto de la iglesia solos, puesto que Andy se había quedado con sus abuelos, él la había tomado en sus brazos y la había besado con pasión. Se trataba de su forma de pedir excusas, puesto que su orgullo le impedía decírselo con palabras. Ella lo aceptó llena de ternura y comprensión.

Kane era muy hábil pidiendo perdón... pero de todas formas, el problema se había quedado sin resolver.

Deshaciéndose de sus pensamientos, entró en el banco. La agencia era pequeña, contaba con tres ventanillas de las cuales sólo funcionaban dos.

Una era para abrir nuevas cuentas y para pedir créditos y la otra de atención al cliente.

Al dirigirse al lugar que le correspondía, Megan se encontró con una empleada morena y atractiva llamada Debbie Davis, tal y como decía el letrero prendido en su blusa.

—Bienvenida al Banco Linden. ¿En qué puedo servirla?

Antes de que pudiera contestarla, a la empleada le pasaron una llamada, de forma que Megan se retiró ligeramente para no escuchar la conversación. Así, pudo comprobar que en la agencia había dos despachos cerrados. Uno era del vicepresidente, un tal Jack Hamilton y el otro del presidente, Harold Linden. Cómo Debbie aún estaba ocupada con su cliente del teléfono, se acercó disimuladamente hacia el despacho de Harold y vio que estaba ocupado. Entonces, se acercó a la ventanilla de Debbie con una brillante idea en la mente.

—¿Por dónde íbamos? —dijo la empleada, con una amplia sonrisa, una vez que colgó el aparato.

—Me estaba usted preguntando qué quería. Mi intención era hablar con el señor Linden.

Debbie pareció ligeramente confundida.

—¿Tiene una cita?

—No, pero estoy segura de que querrá recibirme —repuso Megan, deseando contar con la confianza en sí misma que estaba mostrando.

—¿Me dice su nombre? —preguntó la empleada mirándola con cierto escepticismo.

—Megan. Megan Fielding.

Los ojos de Debbie se abrieron como platos, pensando «Ella es la persona de la que todos hablan en Linden».

—Oh, no sé si está en su despacho.

No es que ella quisiera hacer una escena, no era su estilo. Pero tenía la intención de hablar con Harold, si es que la recibía, puesto que parecía más razonable que Patricia. Quería que las diferencias existentes entre las dos familias se resolvieran de manera civilizada, por el bien de Andrew.

A Megan no le importaba que Kane se enfadara luego con ella. Y sonriendo le dijo a la empleada:

—A no ser que sea su gemelo, he visto su sombra a través de la puerta.

Debbie consultó por teléfono a su jefe si la dejaba pasar.

—Ha dicho que pase. Su despacho está en aquella dirección —le indicó Debbie.

Harold salió de la habitación, para recibirla con una sonrisa. Llevaba un traje gris con una corbata muy elegante. Decididamente, aunque era mayor, todavía tenía muy buen aspecto.

—Señora Fielding, ¿cómo está usted?

Al pronunciar su nombre le pareció notar cierta punzada de dolor en el semblante del presidente.

—Bien, gracias, pero llámeme Megan, por favor.

Harold estaba sonriendo amablemente, y su rostro expresaba simpatía.

—Megan, ¿qué puedo hacer por usted?

—Quería abrir una cuenta corriente.

—Debbie estaría encantada de ayudarla.

A pesar de sus claras intenciones, ella empezó hablando de las cuestiones puramente bancadas.

—Tengo cierta suma de dinero y quería hacer una transferencia. Me da más confianza pedirselo a usted en persona.

Sonriendo ligeramente, Harold Linden le contestó:

—Ya sé que mi condición de presidente puede ser deslumbrante, pero, en realidad, el banco funciona gracias a la eficacia de mis empleados y puedo confiar en la de Debbie perfectamente.

—De acuerdo, se lo consultaré a ella. Pero de todas formas, quiero hablar con usted de Kane y de Andrew.

Harold no pareció sorprendido ni molesto.

—¿Por qué no se sienta? —le dijo a Megan, ocupando su sitio del otro lado de su mesa, llena de informes y papeles.

—Gracias.

Y cerró la puerta ante el asombro de todos los empleados.

En aquella habitación olía a cuero y a tabaco de pipa.

Harold rompió el hielo.

—Enhorabuena, por su boda con Kane.

Su sincera felicitación la sorprendió.

—¿No le molesta que nos hayamos casado?

—Tengo que admitir que al principio me resultó bastante chocante, como a todos en el pueblo, pero Andrew tiene muy buen concepto de usted y está más contento que nunca. Su bienestar es lo que más me importa.

Megan dejó su bolso en la silla de al lado, dándose cuenta de que le estaba resultando mucho más fácil hablar con Harold Linden de lo que había pensado.

—¿Y Patricia piensa igual?

—Por supuesto —contestó Harold, frunciendo el ceño.

—Entonces por qué sigue empeñada en mantener esa actitud hostil hacia Kane, que es tan perjudicial para Andy.

—No actuamos de ese modo. Queremos mucho a Andrew y no le haríamos pasar ningún mal rato.

—Pero lo están haciendo, consciente o inconscientemente —repuso Megan, sin querer herirlo pero con la firme intención de que la hostilidad entre las dos familias terminase—. Tratando a Kane como un extraño están poniendo a Andrew en el centro del ring. Él se lleva la peor parte, porque aunque es pequeño y obedece a todos, es la única experiencia emotiva que tiene. Le harían un gran daño si tuviese que elegir entre estar con ustedes o con Kane.

—Lo sé —dijo Harold con pesar.

—¿Entonces por qué no terminan de una vez por todas con las disensiones entre las dos partes, hablando amistosamente?

El señor Linden, lleno de tristeza, se fue hacia la ventana.

—Porque mi esposa nunca podrá perdonar a Kane por lo que le hizo a nuestra hija.

Megan se quedó realmente decepcionada.

—Pero lo que hizo Kane fue asumir su responsabilidad y casarse con la mujer a la que había dejado embarazada.

Visiblemente sorprendido por el hecho de que Kane le hubiera contado todo sobre su relación con Cathy, Harold le preguntó:

—¿El se lo contó?

—Sí, y también me dijo que estaba muy enamorado de ella.

—Y usted debe quererlo también mucho para venir aquí a hablar conmigo.

Ella sonrió, resultándole imposible disimular su felicidad.

—Quiero a Kane y a Andrew con locura y no pienso dejar que algo que tiene arreglo siga perjudicándolos.

—Megan, sé que Kane no es mala persona...

—Entonces, ¿cómo pueden dejar que la gente piense que él mató a su hija?

Nervioso y visiblemente sonrojado, Harold repuso:

—Nadie cree realmente que él la matara.

—Lo que es peor aún. Él se siente emocionalmente responsable del estado en que se encontraba Cathy cuando murió. Y los rumores acerca de la autoría de su muerte no han hecho más que hacerle sentirse el verdadero culpable.

—No lo sabía —contestó Harold, taciturno.

—Cuando alguien oye algo malo de sí mismo tantas veces, acaba por asumirlo. ¿Cómo pueden dejar que circule una mentira tan horrorosa?

—Yo no lo hice intencionadamente. Solamente pensé que para Patricia sería mejor culpar a Kane que enfrentarse a la realidad.

—¿Y cuál es la verdad? —preguntó Megan, cruzada de brazos.

Tomando una foto de su hija, que estaba sobre la mesa de caoba, Harold contestó:

—Que la habíamos mimado demasiado y que tenía demasiadas expectativas respecto a Kane.

Ésa era la conclusión a la que había llegado Megan cuando Kane le contó la historia de su matrimonio, pero oírsele decir al propio Harold la llenó de alivio.

—Kane hizo todo lo posible para mantener a su familia —arguyó Megan.

—Lo sé, pero yo nunca pude negarle nada a Cathy, nuestra hija única. Cuando me pidió que le diera un empleo a Kane en el banco, me pareció una buena idea. Tanto para ofrecerle un buen puesto como para asegurar la

sucesión de la familia en el negocio. Pero la mayoría de los hombres son muy orgullosos.

—Y Kane está lleno de orgullo —repuso amargamente Megan.

Dejando el marco con la foto de Cathy en su sitio, Harold continuó:

—Tom, el padre de Kane, era igual: increíblemente tozudo pero un gran trabajador. Respeto mucho eso en Kane, pero me habría gustado que hubiese aceptado el empleo en el banco, para quedarme tranquilo después de la jubilación.

—Me da la impresión de que a Kane no le iba ese tipo de trabajo.

—Creo que a mí tampoco.

Y con expresión pensativa, siguió diciendo:

—Kane tuvo una vida muy difícil. Perdió a sus padres siendo un muchacho y sacó adelante a su hermana completamente solo. Nunca quiso nada que fuese más allá de lo corriente, y estaba satisfecho con su trabajo en el aserradero. Cathy quiso transformarlo en otro tipo de hombre. Cuando él rechazó esa posibilidad, el matrimonio se resintió enormemente. Ella fue muy desgraciada porque su marido no fue capaz de darle lo que ella añoraba.

Megan se pasó la mano por el pelo, pensando lo distintos que eran los dos puntos de vista de la situación.

Y Harold siguió hablando.

—Patricia y yo hablamos de nuestra hija. Mi esposa pensaba que Cathy debía dejar a su marido y yo le dije que teníamos que mantenernos al margen de la cuestión. Era el problema del matrimonio, y no el nuestro. Pensé que se trataba de una buena oportunidad para mi hija de vivir en la realidad. Tenía su propia familia y debía aprender que a veces es necesario hacer ciertos sacrificios en un matrimonio. Pero Cathy era joven y una niña mimada. Hizo todo lo posible para decirle a la gente lo desgraciada que era con Kane, por no haber aceptado el puesto en el banco. Y cuando murió, Patricia se desmoronó. Para ella lo más fácil era culpar a Kane.

Megan se dio cuenta de cuánto dolor había en las dos partes, pero no podían seguir culpando a su marido puesto que no había sido responsable directo de aquella tragedia. Olvidar el pasado no era posible, pero sí construir un nuevo futuro

—Esto tiene que terminar —anunció la escritora.

Y secándose furtivamente una lágrima, Harold dijo:

—Hace tanto tiempo que estamos en esta situación, que no creo que sepamos dar el primer paso para reconciliar a la familia.

—Lo primero que tenemos que hacer —repuso Megan, llena de entusiasmo—, es reunir a Patricia y a Kane para que hablen y lleguen a la misma conclusión que nosotros. Lo malo es que Kane es increíblemente orgulloso.

—Y Patricia demasiado testaruda.

—Entonces, somos nosotros los que tenemos que organizarlo. ¿Qué le parece si quedamos para cenar dentro de dos semanas? Durante ese tiempo podrán reflexionar sobre el asunto.

—Creo que sería mejor no decírselo para que no tengan tiempo de buscar excusas —sugirió Harold, con cierto brillo en la mirada—. Megan, tampoco espere mucho de este encuentro. Patricia necesitará un tiempo antes de aceptarlos a Kane y a usted como parte de la familia.

—Lo sé, pero vale la pena intentarlo por el bien de Andrew.

Bajo el resentimiento de Patricia, tendría que encontrarse toda la comprensión del mundo para darle a Andy la familia que se merecía.

—Muchas gracias por su visita —concluyó Harold—. Realmente, mi nieto tiene mucha suerte teniéndola a usted como madrastra.

—La afortunada soy yo por poder vivir con él. Es un chico excelente y sólo deseo lo mejor par él —repuso Megan estrechándole la mano—. Ya nos llamaremos, Harold.

—Espero que les gustase el champán.

La escritora, que estaba abriendo la puerta, lo miró por encima del hombro llena de sorpresa.

—¿Perdón?

—He dicho que tenga usted un buen día.

«Sí, nos gustó mucho», quiso responder Megan. Pero finalmente le deseó:

—Que tenga usted un buen día.

Capítulo 9

KANE se sentó en el sofá del cuarto de estar para mirar el libro que le acababa de regalar Megan. Eran las dos de la mañana pero no podía dormir. Su cuerpo estaba relajado y satisfecho porque ambos habían estado haciendo el amor. Sin embargo, emocional—mente se sentía intranquilo y alterado. Había vagado por la casa a oscuras hasta que tomó el lujoso libro de carpintería. Cómo estaba solo y no podía importunarle nadie para que lo leyera y comentara, se puso a analizar cada uno de los muebles. Estaba dispuesto a construir alguna pieza sin seguir las instrucciones, es decir, haciéndolo por sus propios medios.

Se trataba de un desafío más en aquella vida llena de frustraciones que le había tocado vivir.

Tras observar las ilustraciones unos instantes, su pensamiento fue absorbido por el recuerdo de su esposa que estaba aún durmiendo en la cama. Aquella mujer le estaba llegando al alma, a pesar de todos sus esfuerzos por ignorar la pasión que existía entre los dos. Con una mirada o una caricia, le hacía sentirse querido, y eso le resultaba muy extraño, después de estar tantos años sin pareja.

Había pasado aproximadamente una semana desde la discusión acerca de la cuenta corriente. Kane sabía que se había portado como un imbécil, pero afortunadamente a Megan se le había pasado el enfado con unos besos y unas cuantas caricias. Le encantaba ese aspecto de su carácter, tanto como las sonrisas y la manera que tenía de pronunciar su nombre cuando estaban haciendo el amor. Lo que Kane deseaba a toda costa era colmar las expectativas de su mujer.

Pero lo que aborrecía era los cambios que estaba llevando a cabo ella. Había ordenado el cuarto de baño retirando las medicinas, para poner sus propios productos de higiene y belleza. Los armarios y cajones habían sido limpiados y ordenados. Ya no podía reconocer cada cosa a simple vista. Por eso se puso a abrir cada pertenencia para distinguir su olor y recordar su naturaleza.

Como si Megan hubiese reconocido sus pensamientos, apareció por detrás, vestida con la camisa que se había puesto su esposo el día anterior. Ambos se miraron a los ojos y entre los dos se produjo una intimidad

exquisita, que iba más allá del puro deseo sexual. Aquella emoción tan profunda le llegó a Kane a lo más recóndito de su alma.

Cerrando el libro de golpe, el hombre le preguntó:

—¿Qué haces levantada a estas horas?

Ella sonrió con expresión somnolienta.

—Yo podría hacerte la misma pregunta, pero la res—puesta es obvia.

—¿Realmente crees que es tan evidente? —preguntó Kane, dándose cuenta de lo ajena que estaba ella a sus miedos y a sus preocupaciones.

—Sí, está claro que ninguno de los dos podemos dormir —repuso Megan, acurrucándose en el sofá al lado de su marido—. Me alegro de que estés mirando el libro, por—que pensé que no te había gustado.

—¿Acaso no te di las gracias convenientemente? —dijo Kane, acariciándole el pelo.

—Claro, pero me dio la impresión de que...

—Es el mejor regalo que me han hecho en toda mi vida.

—Me alegro, porque te lo mereces —añadió ella.

El hombre puso el libro sobre la mesa. Experimentaba el secreto deseo de decirle que no se merecía algo que no era capaz de leer, ni su cariño y atención. Pero por pura cobardía, no llegó a expresar sus pensamientos.

Aunque los dos estaban cuerpo con cuerpo, Kane preguntó:

—¿Tienes frío, Megan?

—Sí, un poco.

—¿Quieres volver a la cama o prefieres que encienda el fuego en la chimenea?

Y mirándolo intensamente, la escritora respondió:

—Es un asunto complicado, teniendo en cuenta que podemos ir a la cama después de que hayas hecho el fuego...

—¿Y por qué vamos a tener que volver a nuestra habitación, estando tan cómodos en este sofá? —preguntó Kane, levantándose para hacer el fuego.

—¿Has hecho tú este aparador?

El hombre no se había dado cuenta de que Megan se había levantado también y se había dirigido al mueble donde normalmente se guardaba la porcelana.

—¿Se nota que está hecho a mano?

—No. Pero desde luego tampoco parece que lo hayan construido en serie en alguna fábrica.

La respuesta acarició el ego de Kane.

—Lo hice para celebrar el primer aniversario de mi boda con Cathy.

—¿Y cómo es que está vacío?

El hombre añadió otro tronco a las llamas que ya habían prendido.

—Cathy quería un comedor completo, a juego con el aparador.

Pero su primera mujer le había exigido que todos los muebles de la habitación fuesen del mismo estilo, y Kane, ante tanta expectación, había perdido la inspiración.

—La pieza en sí es una maravilla. No necesita ser coordinada con ningún otro elemento.

Sólo una mujer tan maravillosa como Megan podía hacer un comentario tan delicado. ¿Se mostraría tan impresionada por su talento si le confesaba que no sabía ni leer ni escribir?

—Tengo unos cuantos platos de porcelana y algunas copas de cristal sin desempaquetar. ¿Te parece bien que los coloque dentro de la vitrina?

—Si quieres... —respondió lacónicamente el hombre.

—Claro que quiero —exclamó Megan, sentándose junto a él—. Kane, deja de ser tan modesto.

Él se arrellanó en el sofá, pensando que la modestia no tenía nada que ver con aquello.

—Probablemente preferirás algo más caro y elegante.

La escritora acercó su rostro al de su marido mientras la luz de las llamas hacía brillar sus cabellos rojizos y sus bellos ojos verdes.

—El aparador es perfecto. Es sencillo y elegante —re—puso Megan, arrodillándose a su lado—. No me gusta lo selecto.

Ella lo rodeó con sus brazos.

—A todas las mujeres les gustan las cosas bonitas.

—Depende del concepto que tengas de lo bonito —dijo ella, acariciándole las caderas y el vientre e inclinándose hacia su boca—. Esto es algo bonito.

Abrazándola y acariciándole el pelo, Kane no pudo evitar emitir un murmullo de placer, mientras a ambos les latía el corazón al unísono.

—Sí —dijo él finalmente—, esto es algo realmente bonito.

Kane la besó suave y lentamente, tomándose todo el tiempo del mundo y compartiendo una intimidad completa. Cuando levantó la cabeza, pudo comprobar la ex—presión emocionada de Megan.

Ella se había sentado sobre su regazo, mientras que él la envolvía en sus brazos notando el calor de las llamas.

Al cabo de unos segundos, Megan le interrogó:

—¿Has probado alguna vez a vender lo que haces?

Por supuesto que sí, pero eso sería complicarse la vida con papeleos y números, pensó Kane.

—¿Quién lo iba a comprar?

—Yo misma —repuso la escritora con entusiasmo.

Tanto apoyo había estado a punto de hacerle creer en sí mismo.

Cerrando los ojos, el hombre enterró su cabeza sobre el cuello de Megan y se quedó inmóvil sintiendo toda la ternura que le daba ella.

—Eres mi esposa. Se supone que tienes que tener confianza en mí.

—Estoy segura de que si lo intentas vas a tener éxito en alguna tienda de la ciudad. Podrías vender los muebles y los juguetes de madera constantemente.

Pero Kane rechazó la idea con la cabeza. La venta de su producción requeriría mucho papeleo, del que no se podría encargar.

—No creo que sea posible.

—¿Por qué no? Podrías vivir holgadamente haciendo lo que más te gusta. Y tienes talento de sobra para crear objetos bellos y valiosos.

Tanta confianza le puso a Kane un nudo en el estómago. ¡Megan era tan honesta y directa con él! Y él, al fin y al cabo, no había hecho más que ocultarle cosas sin atreverse a decirle la verdad. Su mujer no se merecía esa actitud.

Estrechándola más aún en sus brazos, el hombre dijo:

—Pero, Megan, si no es más que un *hobby*.

—¿Sabes una cosa? Para mí, escribir novelas empezó siendo un *hobby*.

Y aprovechando el cambio de tema, Kane le preguntó:

—¿Has hecho otras cosas antes de escribir?

—Sí... Aunque siempre colaboré con mis artículos en un periódico. Trabajé como secretaria legal hasta que me divorcié. Entonces fue cuando empecé mi carrera como escritora: ver publicadas mis novelas ha sido siempre un sueño para mí. Tenía tantas ganas de crear relatos para niños que al final conseguí mi objetivo. Me costó mucho ver publicadas mis narraciones. Pero, al final, tuve la oportunidad de llevar a cabo el proyecto de la serie. Y estoy encantada de haber luchado tanto para conseguir lo que hago ahora. Yo creo en ti, Kane, pero tienes que tener fe en ti mismo antes de hacerlo con tu trabajo.

—Lo dices como si fuera tan fácil.

Y en el fondo, el hombre estaba deseando que fuera de ese modo.

—Es que lo es. Yo confío en tu talento y tu destreza.

Kane pensó que ya habían hablado suficientemente del tema.

—Sí, bueno, pero no soy de los que les gusta arriesgarse.

—Tú te arriesgaste conmigo, Kane.

Y dispuesto a terminar con el asunto, el hombre dijo:

—Es que usted, señora Fielding, siempre ha sido un valor seguro.

Finalmente, Kane besó dulcemente en los labios a su esposa.

—Kane, me gustaría hablar contigo en mi despacho.

La orden de Jeff hizo que Fielding se pusiera en guardia de inmediato. Era la primera vez que el jefe lo llamaba a su despacho desde que era el responsable del funcionamiento del aserradero. Estaba nervioso preguntándose por el motivo del encuentro.

—De acuerdo, jefe. Ahora mismo voy —respondió Kane, dejando una tabla recién cortada sobre una pila de tablones y sus guantes de piel en un bolsillo trasero de sus vaqueros.

Cuando llegó al despacho, Jeff le dijo:

—Siéntate, por favor.

Nervioso, intentó relajar sus músculos.

—¿Hay algún problema?

—Sí. Aunque sólo me he ocupado del aserradero desde que murió mi padre, hace dos años, he observado que nunca te has subido el sueldo.

—Estoy satisfecho con lo que gano —respondió Kane, tensando la mandíbula.

—Pero has desaprovechado varias posibilidades de as—censo.

—Estoy contento con mi puesto.

Jeff se quedó mirándolo con extrañeza.

—Roy Petters se marcha a California dentro de dos semanas. Tengo que cubrir su puesto y he pensado en ti. Tu perfil es el más idóneo para reemplazarlo. ¿Te interesa?

—No —exclamó Kane, instintivamente.

—Supondría un aumento importante de tu salario.

—No.

—El trabajo es perfecto para ti. Conoces el aserradero como la palma de tu mano...

Kane se sintió lleno de furia: le daba la impresión de estar reviviendo algo del pasado. ¿Qué pensaría Megan cuando le contara que había rechazado el ascenso y el aumento de sueldo? Inmediatamente, se acordó de cómo lo había rechazado Cathy, años atrás. Con Megan, no sería capaz de soportarlo de nuevo.

Pero tampoco podría aceptar el puesto.

Respirando profundamente, le respondió a su jefe.

—Gracias por la oferta pero no voy a aceptarla.

Arrellanándose en su sillón, Jeff le preguntó:

—Me gustaría saber por qué has tomado esa decisión.

Kane se quedó mirando a su jefe, preguntándose qué diría si supiera la verdad: si aceptase el puesto, estaría completamente perdido entre números y papeles.

Jeff suspiró impacientemente.

—Necesito escribir en tu informe la razón por la cual estás rechazando el ascenso.

—Por motivos personales.

Kane pensó que estaba perdiendo el control de su vida.

Se estaba rascando la barbilla malhumoradamente mientras conducía de vuelta a casa en su camioneta. Sentía cómo le invadía la frustración y no encontraba ni una pizca de la autoestima a la que se había referido Megan el día anterior. Si no era capaz de ascender en un empleo meramente industrial, ¿cómo iba a poder llevar su propio negocio?

Aparcó el vehículo frente a la casa, con el alma llena de amargura. Además, cada vez le resultaba más difícil dominar su entorno, teniendo en cuenta que Megan lo estaba limpiando y ordenando todo a la vez. Kane se sentía al borde del abismo cada dos por tres.

Al entrar por la puerta de la cocina, saludó a Andrew y vio cómo había nuevos cambios. Las cortinas de color amarillo, nuevos utensilios de cocina, y una vajilla completa que reemplazaba a los cuatro platos descascarillados de antes.

Había también paños nuevos, y la comida estaba guardada en lugares completamente distintos. Para colmo, los alimentos que compraba Megan eran de otra marca, por lo que también era difícil para él reconocerlos.

Alterado, dio un portazo a uno de los armarios.

—¿Kane?

Estaba tan saturado de estrés y de miedo a que descubrieran su ignorancia, que contestó con verdadera furia.

—¡Ya no encuentro nada en esta casa! ¿Crees que podré conservar alguna de mis cosas en su sitio? —gritó exasperado a su mujer, que se quedó helada por su mal humor.

Megan se quedó con los ojos exorbitados y dio un paso atrás, aturdida y confusa.

Kane se puso contento de que ella retrocediera, pero al mismo tiempo se sintió fatal por hierirla. Estaba claro que había perdido el control.

—Pensé que podría poner algunas cosas más en la casa. Pero si te molestan...

Sus palabras se fueron desvaneciendo a medida que el hombre se daba cuenta de lo que tenía Megan en sus brazos: la taja con las cartas sin abrir de su hermana. Kane se puso lívido y las piernas le temblaron mientras experimentaba un auténtico ataque de pánico.

Se lanzó hacia Megan y le arrebató la caja que contenía la correspondencia de Diana.

—¿De dónde has sacado esto?

Pero ni siquiera le interesaba la respuesta puesto que se imaginaba cómo las había encontrado, e incluso la conclusión a la que había llegado su mujer.

Kane se empezó a encontrar verdaderamente mal.

Megan lo observó escudriñando los ojos, con la intención de poder analizar su conducta. A su marido no le gustó aquella mirada penetrante, lo que aumentó su despecho.

Al cabo de unos segundos la escritora respondió.

—Las he encontrado en nuestra habitación.

En efecto, estaban en lo alto del armario, enterradas entre otras cajas y varias pilas de jerseys viejos.

Maldiciendo, Kane pasó delante de ella y se dirigió hacia el cuarto de estar. Sobre la mesa estaba desparramada más correspondencia sin abrir, los certificados de defunción de sus padres y varios cuadernos de primer curso de Andrew.

A Kane le daba vueltas la cabeza. Estaba recordando cómo había intentado por las noches aprender a descifrar los cuadernos de su hijo sin éxito.

Se sentía agredido en lo más íntimo, y tan vulnerable... Tenía verdadero pánico a la reacción de Megan.

—¿Se puede saber por qué te has dedicado a cotillear en mis objetos personales? —le increpó a su mujer.

Ella respondió con una expresión llena de irritación.

—Encontré la caja mientras estaba haciendo la limpieza.

—No tenías derecho a hacerme esto —respondió Kane, volviendo a llenar la caja con los documentos y los cuadernos de Andrew. Detestaba esa situación que le hacía sentirse tan carente de conocimientos necesarios para acceder a un ascenso, o para tener su propio negocio de ebanistería.

Ésa era la razón por la cual no podía conseguir un puesto de trabajo menos monótono o con más responsabilidad.

—Tengo todo el derecho del mundo —replicó Megan, sin enfadarse.

Sus ojos mostraban comprensión y cariño, lo que desarmó a Kane. Una vez más, aquella mujer con su ternura había descompuesto su sistema de defensa.

—Kane, soy tu mujer, y si no confías en mí, nuestro matrimonio no tiene ningún valor.

Pero sin decir palabra, el hombre se dedicó a recoger de nuevo todos los sobres y papeles y los puso otra vez en la caja.

A Megan se le saltaron las lágrimas, pero siguió ha—blando.

—Esas cartas son de tu hermana. ¿Por qué no las has abierto?

—Eso no es de tu incumbencia —respondió él, recuperando las cartas de Diane que sostenía Megan.

—Por supuesto que es de mi incumbencia. ¿Recuerdas las normas de nuestro matrimonio? Nada de secretos ni de mentiras...

Pero él guardaba un gran secreto y las mentiras eran la única manera con que contaba para ocultarlo.

—Pues te repito lo mismo: no te metas en mis asuntos—dijo Kane, tomando la dichosa caja—. ¿Acaso uno no tiene derecho a un poco de intimidad?

De nuevo, la estaba evitando. Megan estaba sentada en el balancín del porche, cubierta con la cazadora de borrego de su marido. Sin embargo, tenía el frío metido en los huesos. Habían pasado tres días desde que había discutido con Kane, y desde entonces, él no la había tocado ni le había dicho más que lo indispensable para convivir civilizadamente.

Desde donde se encontraba podía ver el resplandor de la luz del taller en el que se había encerrado su marido las tres últimas tardes.

La escritora estaba dolida, no por el rechazo sino porque quizá Kane ya se había arrepentido de su enlace con ella. Puede que ella se hubiese precipitado con tanto cambio, teniendo en cuenta que su marido había vivido sin una esposa durante tanto tiempo. Nunca se había parado a pensar que el contacto directo con ella pudiese imponerle de ese modo. Analizando de nuevo la situación, Megan se apoyó en la cadena del

balancín, añorando el calor de los brazos de Kane. Lo que más la fastidiaba era cómo podía ser reservado y frío en algunas ocasiones, cuando en otras era tan tierno y generoso. Lo que le pasase a su marido tendría que ser resuelto desde su propia iniciativa. Si a Megan se le ocurría ir a verlo, sin duda, él la rechazaría. Por lo tanto no tenía más remedio que esperar a que él abriese sus defensas. Como ella misma había dicho, sin confianza el matrimonio no tenía valor.

Una noche más, Megan se metió en la cama sola y muerta de frío, mientras su marido se entretenía hasta la madrugada en el taller.

Megan se sentó en su mesa de trabajo que había instalado en una esquina del dormitorio. Dejando a un lado el borrador de su nueva novela, tomó el libro que había creado Andrew para el día de puertas abiertas. Se trataba de su versión de *Esta es mi familia* y estaba lleno de ilustraciones hechas con rotuladores de todos los colores. Lo único que faltaba en sus dibujos era la sonrisa de sus abuelos.

Megan esperaba que aquello cambiase después de la cena con los Linden. Estaba preocupada porque no sabía cómo iba a reaccionar Kane esa noche. De nuevo, no sabía qué era lo que podía esperar de él.

Con un suspiro, puso el libro de Andrew enfrente de ella para tenerlo bien a la vista. Se aseguró que lo que estaba preparando para la cena estaba en su punto y se dispuso a sumergirse en su nueva novela con un vaso de té helado. De esa manera, olvidaría sus problemas matrimoniales durante unas horas.

Al cabo de un tiempo, Kane volvió del aserradero y apareció en la habitación. No se saludaron, y el hombre se quitó las botas con un ruido sordo. Megan estaba horrorizada: ésa era la situación a la que habían llegado. Eran un par de extraños y lo único que los unía era Andrew.

¡Maldita sea! Tenía que romper esa tensión antes de que Kane se internara en el cobertizo hasta la hora de la cena.

—¿Qué tal el trabajo? —le interrogó ella.

—Igual que ayer —respondió él, de modo distante.

Sonriendo, Megan continuó hablando.

—He empezado un nuevo libro. Se llama *El padre de Andy se casa otra vez*.

Pero el tema del relato, aunque fuese paralelo a la vida de su hijo, no pareció interesarle demasiado.

—Estupendo.

A Megan le dio la impresión de que estaban hablando del tiempo. Para hacer aflorar a la superficie sus sentimientos más profundos, la escritora tuvo ganas de tirarle algo a la cabeza.

Kane se quitó la camisa y Megan se quedó sin aliento ante la vista de aquel cuerpo tan seductor.

—¿Te gustaría leer el primer borrador de mi próximo libro?

Al hombre se le puso una mirada turbia y la tez pálida.

—¿Kane? —preguntó ella intentando comprender su repentino cambio de humor—. ¿Qué te ocurre?

—Nada —respondió él en tono áspero.

Kane se levantó de la cama, pero Megan no le iba a dejar escapar esa vez. La escritora lo empujó contra el colchón y se sentó en su regazo, tomándole la cara con las manos atrevidamente. Pero él la sujetó por las caderas e intentó incorporarse. Entonces se entabló una batalla campal entre los dos esposos.

—¡Maldita sea, Kane! No me mientas. Dime lo que te pasa para poder ayudarte.

La expresión del hombre se hizo más sombría y Megan siguió hablando.

—Tu silencio y tu ausencia no me ayudan a comprenderte.

«Te echo de menos, te deseo y me importas mucho. ¿Cómo es posible que a veces estemos tan bien y otras tan distantes?», se quedó pensando Megan.

«Lo siento, no quise hacerte daño», le quiso decir su marido, comunicándose únicamente con la mirada.

«Lo sé, pero debes contarme qué es lo que te preocupa», le pudo responder Megan.

Pero, de pronto, la mirada de Kane se llenó de angustia, como diciendo:

«No puedo... ¡Cielo santo, no puedo! No quiero perderte».

«Jamás dejaré de estar a tu lado, te lo prometo», le contestó con la mirada la escritora, que finalmente susurró:

—Te quiero.

Las palabras no pudieron sonar mejor.

Él cerró los ojos.

—No —murmuró, sacudiendo la cabeza.

—Mírame —repuso Megan.

Su petición fue como una invocación.

—Te quiero, Kane, más de lo que pensaba. Y no voy a permitir que te quedes sin saberlo —siguió diciendo ella.

—No me lo merezco —dijo el hombre, con voz atormentada.

—Por supuesto que sí. Te mereces el amor de una buena mujer, y eso es lo que voy a hacer yo, quieras o no.

El cuerpo de Kane temblaba de emoción, y su mujer le estaba dando todo el amor que necesitaba para que le contara lo que lo atormentaba.

Megan le tomó el rostro entre sus manos y posó los labios sobre su boca. El beso fue largo y sensual, de modo que ambos dejaron acariciarse la lengua. Ella quería consolarlo de la única manera que él iba a aceptar.

Sus bocas seguían selladas y Kane puso sus manos sobre los muslos de su esposa, para llevarlas a continuación a lo largo de su espalda. Estaban tan unidos en el abrazo que la ropa era el último obstáculo erigido entre los dos. Megan estrechó ardientemente los brazos alrededor del cuerpo de su marido. Quería quitarse la ropa y tocarle la piel desnuda, para que le contara cuál era su pena. Quería todo su amor.

Separándose del cuerpo de su esposo con las palmas de las manos, Megan notó los latidos arrebatados de su corazón. A continuación se quitó el camisón y lo dejó caer al suelo.

La escritora puso las palmas de las manos masculinas sobre sus pechos, diciéndole:

—Hazme el amor, Kane.

Los pulgares del hombre se posaron sobre los pezones de su mujer.

—No puedo resistirme a tu encanto —repuso él, con voz ronca.

—Adelante, pues.

Ambos se tumbaron en la cama, y Megan le dio todo su amor a su esposo, con el deseo de llenarlo de confianza.

Después de hacer el amor, Kane se quedó observando a su mujer que estaba durmiendo la siesta plácenteramente. Aquella mujer era la persona que le había llegado más al corazón. Le inspiraba confianza aunque sus temores estaban en guerra con la rotundidad del amor que le demostraba Megan.

La cubrió con la sábana, mientras se planteó la posibilidad de contarle su secreto. Puede que lo comprendiera y no se enfadase, ni lo rechazara.

Pero no, el miedo a ser despreciado por ella era superior a sus fuerzas.

Megan se estaba despertando y Kane no pudo evitar sonreírle a pesar de sus miedos. Si la vida transcurriese entre esas cuatro paredes, no tendría por qué preocuparse por nada.

—¿Por qué sonríes? —le preguntó ella a su marido.

—Porque estás conmigo...

Y siendo consciente de nuevo de la hora que era, Megan dijo:

—Tenemos que levantarnos.

—¿Por qué? —preguntó Kane, perezosamente.

—Primero, porque Andrew está a punto de llegar del colegio, y segundo, porque esta noche vienen a cenar los Linden.

Capítulo 10

KANE retrocedió y se quedó mirando a Megan, viendo cómo la dulzura de después del amor se había eclipsado por completo.

—¿Qué es lo que has hecho? —repitió el hombre, incrédulamente.

—He dicho que he invitado a Harold y Patricia Linden a cenar —expuso Megan, como el que propone una sugerencia, en vez de romper con un hito histórico.

—Sí, eso es lo que me ha parecido oír —respondió Kane irritadamente, mientras se ponía los pantalones.

—¿Acaso te molesta? —preguntó ella, arreglándose el pelo revuelto con un cepillo.

—¿Que si me molesta? Pues aparte de que me odian y piensan que he matado a su hija, no sé por qué me va a molestar compartir una velada con ellos. Megan, no entiendo cómo se te ha ocurrido pensar en una cosa así.

—Creo que tus suegros y tú necesitáis reconciliaros, y eso no va a ocurrir hasta que no os decidáis a reuniros como personas civilizadas.

—Lo dudo mucho. Después de la muerte de Cathy intenté hablar con Patricia pero fue inútil. ¿Por qué iban a cambiar las cosas cinco años después? Ya verás como va a ser algo bochornoso.

Megan se levantó de la cama y se puso un vestido corto de seda y se abrochó el cinturón.

—Será algo bochornoso si te comportas como un estúpido.

—Megan, ¿cuándo pensabas decirme lo de la invitación?

—Minutos antes de que vinieran.

—Me parece estupendo —dijo Kane con voz ridícula, mientras se ponía una camiseta.

—Mírate qué nervioso te has puesto. Ves como era inútil decírtelo antes de que vinieran.

—¿Sabes lo que va a pasar cuando entren por esa puerta? Nos vamos a lanzar miles de insultos y acusaciones.

—Pensé que quizá podríamos tener una conversación como personas normales —repuso Megan.

—Pero ya viste lo incómodo que resultó asistir al cumpleaños de Andrew.

La escritora se puso frente a su esposo y le acarició la mejilla, diciendo:

—Por favor, Kane, dales una oportunidad.

Pero con un gesto brusco se deshizo de la mano de su mujer. Estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por ella, excepto eso.

—No se puede cambiar el pasado —dijo él.

—Estoy de acuerdo, pero sí puedes cambiar el futuro si accedes a hablar con Harold y Patricia...

—No —insistió Kane.

—Está bien. Si no lo quieres hacer por ti, hazlo al menos por Andrew.

Andrew, siempre Andrew, pensó el hombre. ¿Cómo negarle a su mujer algo beneficioso para el niño? De acuerdo, era una madre excelente, pero no pensaba dejar que se metiera tanto en su vida.

—Andrew se ha adaptado a la situación perfectamente.

Megan se puso de brazos cruzados delante de Kane.

—Me parece increíblemente egoísta hacer que el crío se adapte a un conflicto que los adultos pueden hacer desaparecer con cierta voluntad de diálogo.

—No es tan simple como parece, Megan.

Y poniéndose las botas, el hombre se encaminó hacia la puerta de la casa, para alejarse de su mujer y sus planes de reconciliación.

—Kane, estás huyendo de nuevo —murmuró la escritora, con un tono de voz que paralizó a su marido.

El hombre se quedó mirándola fríamente, construyendo la barrera que mejor lo protegía cuando lo herían en su orgullo.

—Sí. ¿Pasa algo?

—Me gustaría saber de qué es de lo que huyes —dijo ella, con suavidad.

—No te va a gustar la respuesta.

—¿Por qué no me dejas que sea yo la que lo juzgue?

«Porque la respuesta es lo que destrozó mi primer matrimonio y lo que se interpuso entre los Linden y yo», se quedó pensando el hombre.

—Kane, ¿dónde vas?

Con la mano en el picaporte, su marido se dio media vuelta y dijo:

—Voy a salir. Si insistes en hacer una reunión familiar con los Linden, tendrás que hacerla sin mi presencia.

—¿Por qué no viene papá con nosotros a la iglesia? —preguntó Andrew.

Mientras conducía el coche, Megan miró al chico con el rabillo del ojo.

—Tiene cosas que hacer en casa.

La escritora no tenía el valor de decirle a Andrew que estaban enfadados de nuevo.

—¿Qué cosas?

—Pues... —empezó a decir Megan, sin encontrar una buena excusa, teniendo en cuenta que el padre y el hijo habían asistido al servicio dominical desde siempre—. Creo que, simplemente, quería estar solo.

En efecto, a causa de la discusión del viernes, Kane se había protegido una vez más tras su escudo emocional. En cuanto su marido salió de casa a toda prisa, Megan se encargó de cancelar la cena con los Linden. Harold estuvo comprensivo, pero visiblemente decepcionado. Se había pasado las dos últimas semanas intentando preparar el terreno para que Patricia, si no conseguía olvidar, por lo menos aceptase una reconciliación.

—Puede que sea mejor que no vaya hoy con los abuelos —dijo Andrew seriamente—. Si me quedo en casa podríamos hacer galletas o un pastel para papá.

Megan sonrió a pesar de sus preocupaciones.

—Es una buena idea, cariño, pero sabes que el do—mingo es un día muy especial para ellos.

La escritora no estaba dispuesta a impedir que los Linden disfrutaran de la compañía de su nieto.

—Me gustaría que pudiésemos vernos todos juntos. Corey me ha dicho que sus abuelos entran y salen constantemente de su casa. ¿Por qué no podemos visitarnos como ellos?

«Porque tu padre es terco como una muía», pensó Megan dando un suspiro e intentando darle alguna respuesta al niño.

—Andrew, a veces en las familias hay desacuerdos. Y eso es lo que pasa con tu padre y tus abuelos. Estoy intentando que se reconcilien, pero quizá eso tome su tiempo.

—Sabía que lo harías —repuso Andrew, mostrando su hoyuelo risueño.

—¿Que haría el qué? —musitó su madre, mientras intentaba encontrar un hueco vacío en el aparcamiento de la iglesia.

—Hacer las paces entre las dos familias —dijo el niño, con satisfacción—. Además, creo que al abuelo le caes bien.

Ella lo sabía perfectamente, y apagando el motor del coche, dijo:

—¿Ya Patricia?

—No habla mucho de ti, pero eso no quiere decir que no seas de su agrado.

—Está bien. Acuérdate de decirles de mi parte que son unos abuelos estupendos.

—De acuerdo —contestó Andrew con los ojos brillantes.

Salieron del coche y se adentraron en el templo. El chico le dio la mano a su madre y le preguntó, con cierta ansiedad:

—¿Estás segura de que papá se encontrará bien en casa?

—Por supuesto —mintió Megan, para tranquilizarlo.

—¿Le vas a hacer galletas mientras yo esté con la abuela? Seguro que eso le hará sentirse mejor.

—No te preocupes, ya me encargaré yo de que esté contento.

Megan empaquetó el pollo que había sobrado de la cena anterior, junto a unas uvas y un plato de galletas de chocolate que había preparado al volver de la iglesia. Para completar la merienda, había comprado una botella de vino en el camino de vuelta a casa.

Kane se había ido a la ciudad a buscar ciertos materiales, dándole tiempo a organizar la comida al aire libre.

Sabiendo que volvería en cualquier momento, Megan escribió un mensaje y lo puso en una zona bien visible de la cocina. En la nota lo

invitaba a reunirse con ella bajo el viejo roble que estaba junto al lago. Al final le decía un breve e insinuante «Te quiero».

A continuación, empaquetó la comida y una vieja manta y caminó hacia el punto de encuentro acordado.

Cuando llegó al borde del lago, extendió el cubrecama y colocó cada cosa convenientemente. Se desabrochó el primer botón de su vestido para descubrir su bello escote y se tumbó plácidamente, con el borde de la falda por los muslos. En esa pose tan seductora se dejó llevar por el sopor del mediodía primaveral y sin darse cuenta se quedó dormida.

Al cabo de dos horas se despertó, mirando el reloj con sorpresa. Incorporándose, se dio cuenta de que no había ni rastro de Kane. Estaba completamente sola. Su corazón se llenó de dolor y frustración.

Descorazonada, volvió a guardar la merienda tal y como la había llevado. La vuelta a casa se le hizo larguísima, diciéndose que indudablemente debía existir una explicación lógica para ese desplante.

Al llegar a casa, vio que el camión de Kane estaba aparcado frente al cobertizo. ¿Cómo le iba a hacer reaccionar positivamente, demostrándole su amor si él no se dejaba querer?

Enfadada consigo misma por su ingenuidad, y con su marido por su desplante, se dispuso a entrar en el taller. Sobre la mesa de trabajo dejó la bolsa con la merienda sin tocar.

—Aquí tienes la comida. Habría estado fenomenal que la compartiéramos entre los dos, pero ya veo que sigues empeñado en estar solo y distante.

A Kane lo afectó el reproche de su mujer, pero, sin embargo, contestó con indiferencia.

—¿De qué me estás hablando?

—De la nota en la que te invitaba a reunirme conmigo al borde del lago.

Quitándose las gafas de plástico, Kane la miró fijamente.

—No he visto ningún mensaje en la cocina.

—Eso es imposible. Lo has tenido que tener de frente al entrar en la casa.

—Es que no he llegado a entrar —dijo él—. Vine directamente al taller.

La verdad era que Megan no sabía si creerlo o no. Pero como estaba muy dolida le gritó llena de ira.

—Teniendo en cuenta que siempre estás en tu mundo, la próxima vez que te quiera dejar un recado, pondré el papel en el mismísimo banco de carpintero.

Afectado por sus palabras, Kane murmuró:

—Megan...

—Olvídalo, Kane. Olvídalo.

Y la escritora salió corriendo, con los ojos llenos de lágrimas. De nuevo se encontraba con el corazón partido, cuando lo único que había intentado era demostrarle todo su amor. Estaba claro que Kane no necesitaba su amor. ¿Acaso tenía sentido insistir una y otra vez en demostrárselo?

Cuando se dirigió hacia la casa, Megan se encontraba completamente vacía.

A lo lejos, oyó cómo su marido tiró algún objeto contra la pared, mientras lanzaba un juramento en voz alta.

Desesperada, entró en la cocina para buscar el dichoso papel, pero no lo encontró ni en la mesa ni en el suelo.

La nota había desaparecido.

Megan estaba preparando la ropa para meterla en la lavadora. Estaba metiendo la mano sistemáticamente en los bolsillos de los pantalones sucios de Andy y Kane.

Se encontraba tan inundada por la tristeza como cuando se divorció de su primer marido. Intentó reprimir el llanto, teniendo en cuenta que se había pasado dos días enteros llorando, y que Andrew estaba haciendo los deberes en el cuarto de al lado.

Mordiéndose el labio, siguió buscando monedas, y otros objetos en las prendas del niño. No encontró nada. Pero cuando fue a comprobar que no había nada en los vaqueros de Kane, se encontró con la nota hecha una bola entre algunos centavos. Durante unos segundos no pudo reaccionar. Pero no cabía duda: tenía la prueba de que él la había mentado.

Su corazón comenzó a latir a toda prisa y empezó a hacerse todo tipo de preguntas, con las manos temblando.

¿Por qué no se había dignado Kane a leer el papel? ¿Por qué había negado haberlo visto?

De pronto, Megan empezó a hilar los acontecimientos de las dos últimas semanas. Como en una película de vídeo acelerada, recorrió todos los instantes en que su marido había reaccionado distantemente. El pánico en su mirada cuando ella le pasó la lista de la compra, el hecho de no tener una cuenta corriente y pagar únicamente al contado, su empeño en que Andy contara con una profesora particular, y el no haber leído las cartas de su hermana...

La conclusión era lógica y le produjo una especie de convulsión. El papel cayó entre sus dedos al suelo.

—¡Cielo Santo! —exclamó Megan a duras penas.

Kane supo que algo iba mal en cuanto entró en la cocina y se encontró a Megan sentada a la mesa.

Se notaba que había estado llorando porque tenía los ojos y la nariz rojos y estaba muy pálida. Su marido se sintió mal por ella. De pronto, ella le mostró el papel arrugado que había puesto sobre la mesa.

La mirada de Kane se clavó en la de su esposa. Instintivamente, comprendió que ella había descubierto la verdad. Poniendo bien altas sus defensas, hizo como si no le afectara en absoluto y tomó una cerveza del frigorífico, pensando en lo que iba a decir a continuación.

Había sido un error quedarse con la nota y metérsela en el bolsillo, pero le había irritado tanto no poder leerla que no había sido consciente de lo que hacía. Ya no podía decir más mentiras que pudiesen ser coherentes.

Una vez más, estaba pagando el precio de su estupidez. Quizá le costaría el final de su nuevo matrimonio. Y no podía soportar la idea de perder a Megan. La amaba más de lo que había pensado en un primer momento. El estómago se le retorció ante tal idea y tuvo que beber un trago de cerveza para despejar el nudo que se le había puesto en el estómago.

Se apoyó contra la mesa y preguntó con voz ronca:

—¿Dónde está Andrew?

—Está ordenando su cuarto —contestó Megan con voz pausada—. Quiero que me digas por qué me has mentado con lo de la nota.

Como respuesta a Kane sólo se le ocurrió urdir más mentiras, cosa que había estado haciendo toda su vida.

Dando un suspiro, murmuró:

—No he querido hacerte daño.

Pero eso era precisamente lo que había hecho con su mujer y se odió a sí mismo por ello.

—Lo que me hiere es que no tengas confianza para contarme la verdad.

Aunque sabía que negarlo era inútil, Kane dijo:

—No sé de qué me estás hablando.

Y terminando la cerveza, se dispuso a salir por la puerta hacia el cobertizo.

Pero Megan saltó de su asiento y se interpuso en su camino, con expresión de furia.

—Por supuesto que lo sabes, y no te voy a dejar marchar hasta que hablemos del tema.

Kane la miró fijamente a los ojos, y sintió unas ganas irreprimibles de tomarla entre sus brazos para impedir que se marchara. Tenía miedo del efecto que podía producir la verdad en su mujer. Detestaba tener que decepcionarla y que ella lo rechazara.

—¿Qué quieres de mí, Megan?

—Quiero que confíes en mí.

«Quiero que me quieras», pensó la escritora, acariciándole la mejilla con la mano, lo que lo emocionó en lo más profundo de su alma.

—Quiero saber la verdad de lo que nos está haciendo tanto daño —continuó diciendo Megan, sabiendo de ante—mano que no iba a serle nada fácil.

—¿Quieres saber la verdad? —exclamó Kane lleno de ira y deshaciéndose de la mano de su esposa—. La verdad es que no sé leer.

El hombre se quedó esperando la desaprobación de Megan, pesadilla con la que había soñado todas las noches desde el día de la boda.

Sin embargo, la expresión de Megan se llenó de comprensión y dulzura.

—Oh, Kane, ¿por qué no me lo habías dicho antes?

—¿Qué hubieses querido que te dijera? Por cierto, cariño, no sé leer. Por eso nunca podré tener un buen trabajo...

—Para, por favor —le rogó Megan vehementemente.

—Es verdad, dejé de ir a la escuela cuando estaba en segundo curso. En aquella época murió mi madre y tuve que ocuparme de mi hermana mientras mi padre trabajaba para mantenernos.

Kane siguió hablando de cómo no le reprochaba a su padre el hecho de no haberles educado con más atención.

Precisamente por eso, cuando el viejo murió, Kane fue perfectamente capaz de sacar adelante a su hermana y a él. Los sacrificios para sobrevivir tuvieron la culpa de que no pudiera recibir una educación elemental.

Cuando terminó de hablar, Kane se dejó caer en una silla, cubriéndose la cabeza con las dos manos y esperando el desprecio de su mujer.

Pero Megan no se iba a dar por vencida.

Su delicado aroma femenino envolvió al hombre, cuando le puso una mano en la espalda. Kane se sobresaltó, y ella empezó a acariciarlo. Pero estaba demasiado tenso.

—Puedes aprender a leer —repuso la escritora.

—Acaso crees que no lo he intentado —exclamó él, lleno de desprecio.

—¿Tú solo?

—Sí, y ha sido una experiencia de lo más frustrante.

—¿Por qué no has pedido ayuda a alguien? —sugirió su esposa.

—Porque no quería que el pueblo entero supiese que soy un analfabeto —dijo él, tras soltar una risotada amarga—. No quería verme humillado por segunda vez.

—¿Por segunda vez? —preguntó la escritora, frunciendo el ceño.

—Sólo le he contado a una persona que soy analfabeto, lo que supuso la humillación más grande de toda mi vida.

—¿Se lo dijiste a Cathy?

—Sí. El no saber leer hizo que no pudiera acceder al puesto que me ofrecía su padre en el banco. Mi matrimonio se desmoronó haciendo desgraciada a mi esposa, hasta que me pidió el divorcio.

Megan se quedó con la boca abierta.

—Entonces, por eso no aceptaste el empleo que te ofreció Harold...

—Es evidente: no habría podido seguir la correspondencia, ni escribir informes ni contratos —arguyó Kane, lleno de amargura.

Su mujer sacudió la cabeza, llena de confusión.

—Pero Harold no sabe que eres analfabeto.

—Eso es porque su hija se avergonzaba tanto de un estúpido como yo, que no se lo dijo. Afortunadamente, se llevó mi secreto a la tumba.

—No eres ningún estúpido —replicó Megan, furiosamente.

Desesperadamente, Kane prosiguió diciendo:

—Es muy doloroso no ser capaz de leer una nota como la tuya, escrita en un papel cualquiera.

Su mujer se levantó y lo abrazó con los ojos llenos de lágrimas. Ella lo comprendía, y quería ayudarlo y amarlo, pero necesitaba su colaboración.

—Eso puede cambiar.

Pero Kane tensó la mandíbula.

—¡Maldita sea, Megan! No necesito tu compasión.

—No lloro porque me esté compadeciendo de ti, tonto. Lloro por tu dolor.

El nombre estuvo a punto de tocar el suave cabello de su esposa y despertar de esa horrible pesadilla envolviéndola entre sus brazos, pero no lo hizo. Ella no se merecía pasarlo mal por su culpa.

—Mira, Kane, me casé contigo con pocas expectativas —repuso Megan suave pero firmemente—. Quería ser la madre de Andrew y tu mujer. Pensé que con el tiempo llegaríamos a ser algo más el uno para el otro. Creí que podríamos compartir nuestros secretos, nuestros deseos y nuestros miedos. Yo te quiero, Kane. ¿Acaso eso significa algo para ti?

El lo entendía perfectamente. Era algo con lo que siempre había soñado pero que nunca le había sido con—cedido. Su experiencia le había hecho concluir que el amor no era suficiente en un matrimonio.

Megan siguió hablando:

—Kane, esto no tiene por qué ser el final. Al contrario, debe ser el principio de una nueva etapa en tu vida.

—Eso está claro —comentó el hombre, secamente.

—Muy bien —concluyó la escritora, quitándose el anillo de casada y poniéndolo sobre la nota arrugada.

Levantando la cabeza con determinación, a pesar del temblor de su barbilla, Megan siguió diciendo:

—Cuando estés dispuesto a afrontar tu analfabetismo y seas capaz de confiar en mí, entonces podremos ser de nuevo un matrimonio y una auténtica familia.

Esa vez, fue ella la que salió de la habitación ante la sorpresa de su marido.

Capítulo 11

PAPÁ, ¿qué quiere decir analfabeto? Kane sostuvo a mitad de camino el tenedor lleno de huevos revueltos. Menos mal que Megan estaba tomando una ducha.

El padre se puso completamente colorado.

—¿Por qué me preguntas eso? —preguntó Kane, con cierta agresividad.

—Os he oído discutir a mamá y a ti porque tú eras un... —y concentrándose arrugando la nariz, Andrew continuó—... un analfabeto.

El hombre de repente se sintió fatal, pero no iba a mentir a su hijo. Ya había habido demasiadas mentiras en su hogar.

—No me gusta que discutáis, papá —repuso el niño, antes de que su padre le contestase.

—A mí tampoco me gusta, hijo.

Megan llevaba tres días sin hablarle y eso le había hecho comprender lo mal que lo había pasado ella cuando él había levantado sus murallas.

Después de haber disfrutado del buen humor y la ternura que repartía habitualmente su mujer, aquel silencio lo estaba matando.

Llevaba el anillo de Megan en el bolsillo y cada vez que lo veía se acordaba del momento en que su mujer se había quitado la alianza, rechazándolo con rotundidad. Tenía miedo de que fuese demasiado tarde para pedirle perdón, o de no tener la suficiente delicadeza para volver a conquistarla. En cualquier caso, lo que ella quería no era una simple disculpa.

—Creo que mamá no se encuentra bien —dijo Andrew, mordisqueando una tostada con excesivo detenimiento—. Ya no sonrío como antes y, además, está siempre triste y llorosa.

Kane bebió un buen trago de café y se quedó pensando lo que debería decirle a su hijo.

«Sí, Andy, yo soy el que está haciendo desgraciada a tu madre, porque tengo más orgullo que sentido común».

El caso era que Megan, tras descubrir el dichoso secreto, no lo había ridiculizado, ni lo había rechazado. Había estado maravillosa, llena de comprensión y generosidad. No obstante, le había puesto las cosas claras.

—Entonces, ¿qué quiere decir analfabeto? —insistió Andrew.

Respirando profundamente, el padre contestó.

—Quiere decir que no sé leer, hijo.

Kane esperaba que el niño se riese, o lo mirara con desprecio disimulado.

Andrew miró a su padre seriamente.

—Yo podría enseñarte.

El apoyo incondicional del chico le llegó al alma.

—De acuerdo, me lo pensaré.

La reacción generosa de su hijo y la de Megan debería haberle proporcionado una buena dosis de autoestima para enfrentarse al mundo. Sin embargo, el recuerdo de su primera esposa seguía rondándole la cabeza. Pero, afortunadamente, Megan era totalmente distinta a Cathy, con tanta comprensión y fe en él.

—Espero que os reconciliéis pronto —expuso Andrew haciéndole volver al hilo de la conversación—. Quiero volver a ver su sonrisa y la tuya, y que no os portéis tan fríamente, como con los Linden.

Estaba claro que él era el orgulloso y egoísta responsable de tanta discordia a su alrededor. Había usado su analfabetismo como excusa para no afrontar el pasado y las disensiones familiares.

De pronto, sonó la bocina del autobús escolar y Andrew desapareció después de haberse despedido de su padre a toda prisa.

Suspirando profundamente, Kane se dispuso a recoger el desayuno, pensando la falta que le hacía la compañía de su esposa. Se había dado cuenta de lo vacía y solitaria que había estado su vida antes de casarse con ella.

Estaba claro que estaba enamorado de Megan y debía hacer todo lo posible para que su matrimonio funcionase convenientemente. Debía hacer honor a toda la confianza y la generosidad que le había brindado desde el principio.

Aunque su primer matrimonio fue un fracaso, tenía la oportunidad de empezar de nuevo, no sólo por Andrew, sino también por Megan. Porque

no estaba dispuesto a perder lo mejor que les había deparado la vida a su hijo y a él.

Megan observó con el rabillo del ojo a Kane: había estado actuando de modo extraño toda la mañana. Habían dejado a Andy con Jeff, Karen y sus hijos durante el fin de semana. Se había enterado por Karen que recogerían a Andy antes del servicio religioso del domingo. Por lo tanto disponían de veinticuatro horas para estar a solas.

En una situación normal habrían disfrutado de la intimidad para jugar y hacer el amor todo el rato. Pero en aquellos momentos, el matrimonio no era más que una unión por conveniencia, y ella detestaba aquello de todo corazón.

Kane no le había dirigido la palabra en toda la mañana y la escritora se preguntaba qué era lo que le rondaría por la cabeza para estar tan inquieto. Sin duda, no se trataría de algo divertido o romántico.

—¿No tienes la intención de decirme dónde vamos? —preguntó Megan, fríamente.

—Ya lo sabrás cuando lleguemos.

Ella guardó silencio y, hasta que Kane paró el coche delante de la casa de los Linden, no supo lo que iba a ocurrir.

Sentía curiosidad pero también cierto reparo.

—¿Qué estamos haciendo aquí, Kane?

Ambos se miraron a los ojos, y la vulnerabilidad del hombre le llegó a la escritora a lo más profundo de su alma.

—Es hora de tener una conversación civilizada entre mis suegros y yo, ¿no te parece? —sugirió Kane con aplomo.

—Ya sabes cuál es mi opinión al respecto —repuso Megan, llena de esperanza pero temerosa de la reacción de los Linden—. ¿Estás seguro de que quieres que esté con—tigo?

Los ojos de Kane expresaban una gran sinceridad.

—Necesito todo tu apoyo para tener valor y enfrentarme a esta situación.

—Ya sé que es algo realmente importante. ¿Lo estás haciendo por mí? —quiso saber Megan.

—Lo hago por mí: quiero enterrar el pasado. Pero también lo hago por todos nosotros, para que seamos una auténtica familia.

El malestar que había invadido a Megan durante la última semana se desvaneció definitivamente. Kane le estaba probando que le estaba dando una gran importancia al reciente matrimonio.

Cuando se encontraron ante la puerta de la casa victo—nana, llamaron a la puerta. Ella tomó la mano de su marido, para darle todo su apoyo y su cariño, preguntándole:

—¿Estás nervioso?

La respuesta era evidente, pero Megan quería distraerlo con sus palabras para que no diese marcha atrás.

—Sí, un poco —admitió su marido—. En realidad, estoy esperando que Patricia me dé con la puerta en las narices.

Afortunadamente, fue Harold el que abrió la puerta. Su sorpresa se convirtió en preocupación, preguntando por su nieto.

—Andrew está bien —dijo Megan, teniendo en cuenta que su marido se había quedado mudo.

«Por favor, Kane, no me falles precisamente ahora», pensó la escritora.

A lo lejos se oyó una voz de mujer.

—¿Quién es, cariño? —preguntó Patricia acercándose a la puerta y abriendo los ojos de par en par, ante la visita inesperada.

Tan sólo acertó a decir:

—¡Oh!

Kane retrocedió un paso, pero su mujer lo retuvo apretándole la mano. El hombre respiró profundamente y se dirigió a su suegra.

—Patricia, ¿podemos entrar? Quisiera hablar contigo y con Harold un momento.

Juguetear con su collar de perlas, Patricia respondió secamente:

—Sea lo que sea lo que nos tengas que decir, lo puedes hacer aquí.

Entonces, Megan le lanzó una mirada de súplica a Harold, que rápidamente reaccionó.

—Dale una oportunidad, Patty. Entrad en casa, por favor.

Y tomando a su esposa por el brazo, Harold los hizo pasar al salón donde se sentaron unos enfrente de otros.

Todos estaban nerviosos y no sabían cómo empezar la conversación. En la habitación se palpaba una gran tensión.

Megan le dio un ligero codazo a su marido para animarlo a hablar.

Kane se aclaró la voz, tocándose los muslos nerviosamente con manos sudorosas.

—Hay algo que me gustaría deciros —dijo finalmente, con voz decidida—. Se trata de algo que debería haberos contado hace muchos años... Soy analfabeto.

Se hizo el silencio y los Linden se miraron mutuamente, sin dar crédito a sus oídos.

—¡Santo cielo! —exclamó finalmente Harold, más disgustado que sorprendido por aquella declaración.

—¿No sabes leer? —preguntó Patricia, horrorizada.

Megan estaba decidida a defender a su marido, pero fue Kane el que reaccionó.

—En efecto. No sé leer —dijo él, pausadamente.

—No estás hablando en serio —repuso Patricia, jugando de nuevo con su collar de perlas.

—Lo digo en serio —afirmó Kane, tomando aire para seguir hablando—. Es la razón por la cual no acepté el empleo en el banco.

Patricia se quedó con la boca abierta.

—Pero... Cathy nunca nos lo dijo. Nos hizo pensar que no estabas dispuesto a aceptar una limosna. Y no se trataba de una limosna, de verdad, Kane.

—Lo sé —añadió él—. Cathy nunca os dijo la verdad porque se sentía humillada por mi analfabetismo y mi incapacidad para desempeñar el trabajo en el banco. Ella no quería que nadie supiese que no sabía leer.

—¿Y por qué nos lo estás contando aquí ahora? —preguntó Harold, con curiosidad.

Kane miró a Megan, quien le devolvió la mirada, llena de amor y confianza.

—Porque creo que ha llegado el momento de hacer las paces y empezar nuestra relación desde cero.

—¿No crees que te has retrasado cinco años en contarnos la verdad? —dijo Patricia, con lágrimas en los ojos—. Esto no nos devolverá a Cathy.

—Siento lo que le ocurrió a Cathy —adujo Kane con compasión—. Pero yo no soy el responsable de su muerte. La amaba cuando estábamos casados, pero se ha marchado y ninguno de nosotros puede hacer ya nada al respecto.

—Pero Cathy era todo lo que teníamos —estalló Patricia entre sollozos de angustia y de desesperación.

—Lo sé, pero tenemos lo que ella nos dejó: a Andrew. Y él nos quiere a todos. Podríamos hacer las paces o por lo menos portarnos civilizadamente, por su bien.

Harold tomó la mano de su esposa.

—Creo que deberíamos intentarlo —le dijo a Patricia

—Yo estoy de acuerdo —repuso Megan.

Patricia se refugió en los brazos de su esposo, diciendo:

—Quiero a ese niño más que a nadie en el mundo.

—Entonces, es mejor que olvidemos el resentimiento y que seamos una verdadera familia —propuso la escritora.

—¿Una familia? —repitió Patricia, con incertidumbre.

—Sí, una familia —dijo Kane, tomando la mano de Megan—. Ella es mi mujer y también es parte de la vida de Andrew. Estamos todos en el mismo paquete.

—De acuerdo —concluyó Harold, antes de que su esposa pusiera más objeciones—. Nuestras diferencias han llegado demasiado lejos, y ya es hora de eliminarlas por completo.

Y sorprendiéndolos a todos, Patricia asintió diciendo temblorosamente:

—Eso es, tienen que terminar.

Tan pronto como entraron en el cuarto de estar, Megan se colgó del cuello de su marido, expresando todo su amor y adoración con la mirada.

—Estoy muy orgullosa de ti.

Las manos de Kane se deslizaron por la espalda de Megan, uniendo los cuerpos de ambos al unísono. Los ojos del hombre ya no ponían barreras entre los dos.

—¿De verdad? —susurró él.

Ella asintió acariciando la suave nuca de su marido.

—Estuviste fenomenal.

—¿Realmente? —insistió Kane, concentrándose en la boca de su mujer.

A Megan le gustaba ese nuevo Kane, sin reservas de ninguna clase.

—Lo suficiente para tener ganas de volver a besarte —dijo la escritora sintiendo una sensación placentera en su interior.

—Pues, adelante, hazlo.

Era un sinvergüenza, pero lo quería con locura y no iba a desperdiciar la ocasión de demostrárselo.

Megan acercó su boca a la de su marido, e introdujo la lengua entre los labios sedosos. Notó una corriente eléctrica por su espina dorsal, que terminaba en las manos, unidas a las de él.

En aquel beso había algo más que placer: era una sensación de bienestar que no habían percibido anteriormente. Ya no había soledad o dolor que vencer. Ya no había urgencia en unir sus cuerpos en un todo. Tenían la vida por delante para amarse y desearse.

Kane separó su boca de la de su mujer, pero a ella no le importó, porque sabía que habría muchos más besos, en el momento que ella quisiera. Entonces, Megan deslizó su mano por el pecho de Kane y la presionó para sentir el poderoso latido de su corazón. Inmediatamente pudo comprobar que el ritmo del suyo iba al unísono.

El hombre reposó su frente junto a la de ella, y se quedaron unos instantes así, siguiendo la misma respiración, sin ninguna prisa por tomar sus cuerpos. Tenían toda la tarde y la mañana del día siguiente para estar solos.

—Hay una cosa que quiero pedirte —dijo Kane.

—Lo que tú quieras, mi amor.

—¿Querrás enseñarme a leer?

—Me habría sentido molesta si no me lo hubieras pedido —respondió Megan, como si estuviera indignada.

Aliviado, Kane relajó el semblante.

—Hay tantas cosas que quiero hacer, y que me he perdido por ser analfabeto... Quiero vivir todo tipo de experiencias nuevas, contigo.

—Y yo contigo, cariño —repuso ella, sonriendo—. Me he estado preguntando cómo diablos te las has podido arreglar todo este tiempo sin saber leer.

—He desarrollado otros talentos —repuso el hombre sin saber muy bien como explicar su situación—. No es que esté especialmente orgulloso, pero he sabido siempre cuáles eran mis limitaciones y he intentado salir adelante. Me fijaba en etiquetas, símbolos y ese tipo de cosas.

Megan encontró ese aspecto de su marido fascinante.

—Pero, afortunadamente, ya no tendrás que depender de esas cosas.

—Sí...

A continuación, Kane volvió a besar a su esposa en los labios, y luego siguió diciendo:

—Hay otra cosa que quiero contarte.

—¿Tienes más secretos? —preguntó Megan alarmada.

—Sí, todo el amor que siento por ti —repuso él.

La escritora lo miró a los ojos fijamente.

—¿Qué me estás diciendo?

—Que te quiero, Megan Fielding —dijo Kane, declarándole su amor por primera vez.

—Yo también te quiero —asintió ella, con los ojos llenos de lágrimas.

—Y hay más aún.

Esa vez Megan no tuvo miedo. Soltándola, Kane sacó de su bolsillo un anillo... pero no el anillo de su madre, sino uno lleno de pequeños brillantes, que refulgían a la luz del sol.

El regalo le pareció excesivo pero maravilloso.

—Es precioso, pero no tenías por qué haberte gastado tanto dinero. No me gusta lo lujoso: el anillo de boda era más que suficiente.

—Quería regalarte algo especial —la interrumpió su marido—. Te lo mereces, y además dejemos de ser tan prácticos.

—¿A qué te refieres?

—Me dije a mí mismo que nuestro matrimonio iba a suponer ir a lo práctico, pero ha sido todo lo contrario.

—Sí, realmente tampoco ha sido muy predecible que digamos.

—Tienes razón —repuso Kane. Ahora somos auténticos socios.

—Me gusta cómo suena eso —exclamó Megan.

El hombre tomó la mano izquierda de la escritora y le puso el anillo en el dedo anular.

—En la joyería me dijeron que se llamaba el anillo de la eternidad. Teniendo en cuenta que vas a estar a mi lado hasta la eternidad, pensé que era el más apropiado para la ocasión.

—Tú lo has dicho.

Y a continuación, Megan rió y abrazó a su marido besándolo ardientemente.

Cuando tomaron aire de nuevo, Kane le confesó con voz apasionada:

—No sabes lo solo y vacío que me encontraba antes de conocerte. Te quiero y te necesito. Pero en este momento, sobre todo te deseo.

Ella lo miró entornando los ojos.

—¿Cuánto me deseas?

—Más que el aire que respiro.

Entonces, Megan le robó la respiración con un beso que prometía una eternidad de amor, de risas y de buenos momentos.

Andrew apenas podía creer lo que veían sus ojos. Su padre y su madre estaban hablando con el abuelo y la abuela Linden. ¡Y estaban todos sonriendo!

Las campanas de la iglesia estaban sonando, anunciando el servicio religioso del domingo. Los fieles estaban entrando poco a poco en el edificio blanco. Megan miró hacia el patio y vio a Andrew junto a Corey y Tanner. Le hizo señas para que se acercara a la familia. Apareció dando saltos de alegría.

¡Por fin tenía una familia unida! Ya sabía él que tarde o temprano su padre se enamoraría de Megan, a pesar de su tozudez.

Andrew le dio la mano a Megan sonriéndole. Tenía una madre a la que adoraba. Su padre tenía una mujer que le hacía reír y ser feliz. Por la

noche, cuando ambos creían que estaba dormido, podía oír sus risas y sus palabras a media voz desde la cama. Había conseguido a la mejor persona para los dos. Y, además, sus abuelos ya no estaban enfadados con su padre.

Estaba claro: había conseguido a la mejor persona para toda la familia.

Ya sólo faltaba otra cosa. Miró a Megan y dijo:

—¿Cuándo voy a tener un hermano o una hermana?

Su madre se sonrojó y su padre soltó una risotada. Al abuelo le brillaron los ojos y la abuela esbozó una sonrisa.

Sus padres intercambiaron una mirada llena de complicidad.

—Haremos todo lo posible para darte un hermanito, hijo —le prometió finalmente Kane.

Andrew sonrió. Apenas podía esperar a que llegara la cigüeña.

Epílogo

ANDY tiene una hermana».

Kane leyó el título del nuevo libro de Megan a sus dos oyentes. Las palabras eran pronunciadas lentamente, pero con voz fuerte y segura. Abrió la tapa del cuento y, antes de leerlo, les enseñó las ilustraciones a todo color a sus dos hijos, que estaban sentados cada uno a un lado.

Megan estaba apoyada en la puerta de la habitación de Andrew y sonreía viendo la hogareña imagen familiar, llena de ternura. Acababa de recibir el libro de la editorial esa misma tarde, y estaba contenta de cómo habían quedado los dibujos que daban vida a Andrew y a su hermana Emily, de dos años y medio.

Mientras Kane leía el relato, Andrew intercalaba explicaciones para que la pequeña comprendiera mejor la narración. Cuando fuese mayor, le prestaría su colección completa de *Las aventuras de Andy*. E incluso la llevaría consigo en busca de aventuras para que su madre escribiera más novelas con su presencia.

Emily tenía los ojos azules y el pelo negro azabache. Estaba mirando a su padre y a su hermano alternativamente, pero sin soltar el oso de peluche que le había regalado Andrew el día de su nacimiento.

Aunque, de momento, los dos niños dormían en la misma habitación, los padres habían pensado ampliar la casa con dos cuartos más: uno para Andrew y otro para el despacho de Megan. El rincón del dormitorio se le había quedado pequeño, ya que la editorial le había propuesto escribir una nueva serie llamada *Las aventuras de Emily*.

Eran felices. Los tres últimos años habían sido duros, con momentos frustrantes y fuertes discusiones, teniendo en cuenta lo testarudo que podía llegar a ser Kane. Pero, gracias al amor que se tenían entre todos, habían logrado superar esos momentos de crisis.

Kane terminó de leer el cuento y dirigió su mirada hacia Megan, esbozando una sonrisa que la hizo vibrar de emoción.

—Está bien, niños, a dormir —dijo finalmente el padre—. Mañana hay que ir a la iglesia.

Andrew saltó de la cama de su hermana a la suya. Su madre lo besó deseándole buenas noches, mientras Kane hacía lo mismo con Emily. A continuación, los padres repitieron lo mismo intercambiándose los críos.

Megan arropó a su hija y la besó en la frente.

—Mamá, ¿vamos a ver al abuelo y a la abuela mañana en la iglesia?
—balbuceó la pequeña.

Sonriendo, la escritora respondió:

—Sí, mi amor.

Los Linden habían adoptado a Emily como una nieta más. No sólo veían a los niños los domingos, sino que les hacían varias visitas durante el resto de la semana. A Patricia le había costado un poco llegar a actuar de ese modo, pero al final se llegó a encontrar muy bien en la casa de Kane. Solía aparecer por casualidad cerca de la casa y siempre llevaba algún regalo consigo para los críos.

—Buenas noches —se despidió Megan.

Y le contestaron dos voces somnolientas. Apagó la luz y dejó la puerta entornada. Se dirigía hacia el cuarto de estar, pero a mitad de camino, Kane le tomó la mano y la llevó en dirección opuesta, hacia su dormitorio. Megan no protestó.

Una vez en la habitación, comentó:

—Emily está creciendo tan deprisa...

—Y además es tan guapa como su madre —repuso el hombre, cerrando la puerta con una sonrisa sexy.

Megan recibió el impacto de esa sonrisa con el pulso acelerado.

—¿Estás preparada para otra incursión? —le preguntó Kane, desabrochándole la blusa y haciendo brillar el sujetador de seda de color champán que llevaba.

La ropa de Megan se fue amontonando en el suelo. Ella sonrió y volcó la cabeza hacia atrás, para que su marido pudiera gozar más de aquel momento.

—Para una más, antes de que tu tienda esté más consolidada.

Kane había sucumbido al deseo de dedicarse a lo que más le gustaba. El hecho de aprender a leer le había inspirado mucha confianza, por lo que había montado su propio negocio de ebanistería, pidiéndole un préstamo al banco Linden. La empresa iba funcionando estupendamente.

Además, dos veces a la semana, Kane asistía a unas clases para adultos, y pensaba incluso sacar el título de bachiller.

—Mmm —contestó el hombre, dándole pequeños besos en el cuello a su mujer y haciéndola temblar de excitación—. La señora Scheibe me ha pedido que le haga el mobiliario a la medida para la casa de su hija. Y Billy Telman quiere que lo ayude a construir una mesa de trabajo y varios armarios en su garaje.

Y tomándole la cabeza por el cabello, Megan replicó riendo:

—¿Y cuándo vas a encontrar tiempo para mí?

—Siempre tengo tiempo para ti —contestó su marido con voz profunda y sexy.

Con una sonrisa, la escritora le sacó a Kane la camisa por la cabeza y se dispuso a quitarle los pantalones. En menos de diez segundos lo había desnudado completamente, dejando su ropa en el suelo.

—¿Qué te parece si aprendemos una nueva lección esta noche? —le sugirió Megan.

Las preguntas se habían convertido en la clave de sus diálogos amorosos, puesto que las lecciones nocturnas habían terminado casi siempre en la culminación del acto sexual. Así, cada día habían ido descubriendo nuevos placeres en la cama.

—Si quieres podemos dedicarnos a deletrear objetos —susurró Kane, después de soltar una risotada.

—Es cierto, hace tiempo que no mejoramos tu ortografía.

Megan había inventado un juego divertido para que su marido se acostumbrase a escribir sin faltas. Cuando ella le mostraba una parte de su cuerpo, él tenía que identificarla, deletreándola correctamente. Había aprendido mucho de ese modo, puesto que era un alumno aventajado. Tres años atrás, le había costado mucho, pero ya se trataba de un juego muy divertido.

—Lo he echado de menos —repuso el hombre, bajándole los vaqueros y las braguitas a su mujer.

Acariciándole las pantorrillas, se dispuso a deletrear la zona del cuerpo.

—Muy bien —aseguró la escritora, a punto de perder el aliento.

Kane tenía unas manos prodigiosas. Finalmente le quitó el sujetador, la última prenda que llevaba puesta, y le acarició los pechos hasta que los pezones se pusieron erectos.

—Pechos —dijo el hombre, pronunciando las letras una a una, y acariciando con su lengua las puntas excitadas.

—Maravilloso... —exclamó Megan tratando de no perder el control.

Entonces, él la besó profundamente con pasión y la hizo caminar hasta la cama. Una vez sobre el colchón acomodó su cuerpo masculino sobre el de ella, fundiéndose los dos en un solo cuerpo. Pero en vez de abrazarla y besarla de nuevo, se apoyó con los codos sobre el edredón y empezó a jugar con los mechones que enmarcaban su rostro.

Ella se quedó mirándolo con curiosidad, recibiendo a su vez la mirada verde musgo de su marido.

—T-e-q-u-i-r —fue deletreando Kane, son una sonrisa pícara.

—Creo que tenemos que insistir un poco más en esas palabras.

—Eso es lo que esperaba que dijeras —rió traviesamente él, dejando claro que el error no era más que una broma.

El juego le robó el corazón y el alma a Megan por enésima vez.

—¿Por qué no te enseño una vez más lo mucho que te quiero, mi amor?

Fin.